Editado en
http://bibliotecapacourondo.blogspot.com

Antes de que la Junta tomara el poder, Argentina tenía menos pobres que Francia o Estados Unidos —solo un 6 % de la población— y una tasa de desempleo de sólo el 4,2 %.

Este es un libro que no deja tranquilo, nos conmueve permanentemente y convoca la rebelión ante la injusticia inimaginable

Leerán página tras página, pormenorizadamente, documentadamente la criminal historia de la ejecución fría, calculada, inmisericorde

de aquello que Rodolfo Wallsh conceptualizara como

MISERIA PLANIFICADA

Klein, Naomi.

***La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre*.**

Paidós, 1ra. Ed. Argentina. 2008.

pp. 23-46.

Introducción

LA NADA ES BELLA

Tres décadas borrando y rehaciendo el mundo

> *La Tierra estaba toda corrompida ante Dios y llena toda de violencia. Viendo, pues, Dios que todo en la Tierra era corrupción, pues toda carne había corrompido su camino sobre la Tierra, dijo Dios a Noé: «El fin de toda carne ha llegado a mi presencia, pues está llena la Tierra de violencia a causa de los hombres, y voy a exterminarlos de la*

Tierra».

Génesis 6,11

Del shock y de !a conmoción surgen miedos, peligros y destrucciones inaprensibles para la mayor parte de la gente, para elementos y sectores específicos de la sociedad de la amenaza, o para los dirigentes. La naturaleza, bajo la forma de tornados, huracanes, terremotos, inundaciones, incendios descontrolados, hambrunas y epidemias también puede generar estados de shock y de conmoción.

Shock and Awe: Achieving Rapid Dominance,
extraído de la doctrina militar de la guerra contra Irak[1]

Conocí a Jamar Perry en septiembre de 2005, en el gran refugio jue la Cruz Roja había organizado en Baton Rouge, Luisiana. Un grupo de jóvenes miembros de la cienciología repartían, sonrientes, la cena entre la gente que esperaba en fila, y él era uno de ellos. Me acababan de llamar la atención por hablar con los evacuados sin un periodista a mi lado y me estaba esforzando por disimular y mezclarme con el gentío, una canadiense blanca en medio de un mar de afroamericanos sureños. Me escabullí hasta la fila, detrás de Perry, y le pedí que hablara conmigo como si fuéramos amigos de toda la vida, y se avino amablemente.

Nacido y criado en Nueva Orleans, había pasado una semana fuera de la ciudad inundada. Aparentaba unos diecisiete años, pero me dijo que tenía veintitrés. Él y su familia habían esperado a los autobuses de rescate hasta el último momento. A falta de una evacuación organizada, se habían lanzado al exterior, bajo un sol abrasador. Finalmente habían terminado allí, en un inmenso centro de congresos, en donde habitualmente se celebraban las ferias de la industria farmacéutica y espectáculos de lucha libre como *Capital City Carnage: The Ultímate in Steel Cage Fighting** Ahora, en el centro se apretujaban más de dos mil

camillas y una muchedumbre de gente exhausta y enfadada bajo la vigilancia de los soldados de la Guardia Nacional, tensos y con los nervios a flor de piel, recién llegados de Irak.

<!--[if !supportLists]-->* <!--[endif]-->«Carnicería de la capital: lo último en combates entre rejas». *(N. de la T.)*

Ese día corría la voz en el refugio de que Richard Baker, un destacado congresista republicano de Nueva Orleans, le había dicho a un grupo de presión: «Por fin hemos limpiado Nueva Orleans de los pisos de protección oficial. Nosotros no podíamos hacerlo, pero Dios sí».[2] Joseph Canizaro, uno de los constructores más ricos de Nueva Orleans, también había expresado una opinión parecida: «Creo que podemos empezar de nuevo, pasando página. Y en esa página blanca tenemos grandes oportunidades».[3] Durante toda la semana, por el parlamento estatal de Luisiana en Baton Rouge habían desfilado grupos de presión, y gente de toda ralea con influencias y ganas de aprovechar esas grandes oportunidades: menos impuestos, menos regulaciones, trabajadores con salarios más bajos y «una ciudad más pequeña y más segura», lo que en la práctica equivalía a eliminar los proyectos de pisos a precios asequibles y sustituirlos por promociones urbanísticas. Al escuchar frases y expresiones como «empezar de nuevo» y «pasar página», casi se le olvidaba a uno el hedor nocivo de los escombros, las mareas químicas y los restos humanos que se amontonaban a unos pocos kilómetros, en la autopista.

En el refugio, Jamar no podía pensar en otra cosa: «Para mí no tiene nada que ver con limpiar la ciudad. Lo que yo veo es un montón de gente del centro que ha muerto. Personas que no deberían estar muertas».

Hablaba en voz baja, pero un hombre mayor que estaba en la cola, delante de nosotros, le oyó y se dio la vuelta como si le hubieran dado un latigazo: «¿Qué les pasa a esos

tipejos de Baton Rouge? Esto no es una oportunidad. Es una maldita tragedia. ¿Están ciegos o qué?».

Una madre con dos niños intervino: «No, no están ciegos. Son malvados. Tienen la vista perfectamente sana».

Milton Friedman fue uno de los que vio oportunidades en las aguas que inundaban Nueva Orleans. Gran gurú del movimiento en favor del capitalismo de libre mercado fue el responsable de crear la hoja de ruta de la economía global, contemporánea e hipermóvil en la que hoy vivimos. A sus noventa y tres años, y a pesar de su delicado estado de salud, el «tío Miltie», como le llamaban sus seguidores, tuvo fuerzas para escribir un artículo de opinión en *The Wall Street Journal* tres meses después de que los diques se rompieran: «La mayor parte de las escuelas de Nueva Orleans están en ruinas —observó Friedman—, al igual que los hogares de los alumnos que asistían a clase. Los niños se ven obligados a ir a escuelas de otras zonas, y esto es una tragedia. También es una oportunidad para emprender una reforma radical del sistema educativo».[4]

La idea radical de Friedman consistía en que, en lugar de gastar una parte de los miles de millones de dólares destinados a la reconstrucción y la mejora del sistema de educación pública de Nueva Orleans, el gobierno entregase cheques escolares a las familias, para que éstas pudieran dirigirse a las escuelas privadas, muchas de las cuales ya obtenían beneficios, y dichas instituciones recibieran subsidios estatales a cambio de aceptar a los niños en su alumnado. Era esencial, según indicaba Friedman en su artículo, que este cambio fundamental no fuera un mero parche sino una «reforma permanente».[5]

Una red de *think tanks* y grupos estratégicos de derechas se abalanzaron sobre la propuesta de Friedman y cayeron sobre la ciudad después de la tormenta. La administración de George W. Bush apoyó sus planes con decenas de millones de dólares con el propósito de convertir las escuelas de Nueva Orleans en «escuelas chárter», es decir,

escuelas originalmente creadas y construidas por el Estado que pasarían a ser gestionadas por instituciones privadas según sus propias reglas. Hay un gran debate en torno a las escuelas chárter en Estados Unidos, pues muchos padres y madres afroamericanos opinan que son un paso atrás en el camino de los derechos civiles, que garantizaba una educación igual para todos los niños. Sin embargo, para Milton Friedman el mismo concepto de sistema de educación pública apestaba a socialismo. Desde su punto de vista, las únicas funciones del Estado consistían en la «protección de nuestras libertades, contra los enemigos del exterior y los del interior: defender la ley y el orden, garantizar los contratos privados y crear el marco para mercados competitivos».[6] En otras palabras, policía y soldados; cualquier cosa más allá, incluyendo una educación gratuita e igualitaria, era una interferencia injusta en las leyes del mercado.

En brutal contraste con el ritmo glacial al que se repararon los diques y la red eléctrica de Nueva Orleans, la subasta del sistema educativo de la ciudad se realizó con precisión y velocidad dignas de un operativo militar. En menos de diecinueve meses, con la mayoría de los ciudadanos pobres aún exiliados de sus hogares, las escuelas públicas de Nueva Orleans fueron sustituidas casi en su totalidad por una red de escuelas chárter de gestión privada. Antes del huracán Katrina, la junta estatal se ocupaba de 123 escuelas públicas; después, sólo quedaban 4. Antes de la tormenta, Nueva Orleans contaba con 7 escuelas chárter, y después, 31.[7] Los maestros de la ciudad solían enorgullecerse de pertenecer a un sindicato fuerte. Tras el desastre, los contratos de los trabajadores quedaron hechos pedazos, y los 4.700 miembros del sindicato fueron despedidos.[8] Algunos de los profesores más jóvenes volvieron a trabajar para las escuelas chárter, con salarios reducidos. La mayoría no recuperaron sus empleos.

Nueva Orleans era, según *The New York Times,* «el principal laboratorio de pruebas de la nación para el

incremento de las escuelas chárter», mientras el American Enterprise Institute, un *think tank* de inspiración friedmaniana, declaraba entusiasmado que «el Katrina logró en un día [...] lo que los reformadores escolares de Luisiana no pudieron lograr tras varios años intentándolo».[9] Mientras, los maestros de escuela, que eran testigos de cómo el dinero destinado a las víctimas de las inundaciones era desviado de su objetivo original y se utilizaba para eliminar un sistema público y sustituirlo por otro privado, tildaban el plan de Friedman de «atraco a la educación».[10]

Estos ataques organizados contra las instituciones y bienes públicos, siempre después de acontecimientos de carácter catastrófico, declarándolos al mismo tiempo atractivas oportunidades de mercado, reciben un nombre en este libro: «capitalismo del desastre».

La columna de opinión de Friedman sobre Nueva Orleans terminó siendo su última recomendación sobre políticas públicas: murió menos de un año después, el 16 de noviembre de 2006, a los noventa y cuatro años. Puede parecer que la privatización del sistema de educación pública de una ciudad norteamericana de tamaño medio fue una preocupación modesta para el hombre considerado el economista más influyente del pasado medio siglo, entre cuyos discípulos se cuentan varios presidentes estadounidenses, primeros ministros británicos, oligarcas rusos, ministros de Finanzas polacos, dictadores del Tercer Mundo, secretarios generales del Partido Comunista chino, directores del Fondo Monetario Internacional y los últimos tres jefes de la Reserva Federal. No obstante, su decidida voluntad de aprovechar la crisis de Nueva Orleáns para instaurar una versión fundamentalista del capitalismo también fue un adiós extrañamente adecuado para el profesor de metro cincuenta y ocho y energía sin límites que, en el apogeo de sus facultades, se describió como «un predicador a la antigua pronunciando el sermón de los domingos».[11]

Durante más de tres décadas, Friedman y sus poderosos

seguidores habían perfeccionado precisamente la misma estrategia: esperar a que se produjera una crisis de primer orden o estado de *shock, y* luego vender al mejor postor los pedazos de la red estatal a los agentes privados mientras los ciudadanos aún se recuperaban del trauma, para rápidamente lograr que las «reformas» fueran permanentes.

En uno de sus ensayos más influyentes, Friedman articuló el núcleo de la panacea táctica del capitalismo contemporáneo, lo que yo denomino doctrina del *shock.* Observó que «sólo una crisis —real o percibida— da lugar a un cambio verdadero. Cuando esa crisis tiene lugar, las acciones que se llevan a cabo dependen de las ideas que flotan en el ambiente. Creo que ésa ha de ser nuestra función básica: desarrollar alternativas a las políticas existentes, para mantenerlas vivas y activas hasta que lo políticamente imposible se vuelve políticamente inevitable».[12] Algunas personas almacenan latas y agua en caso de desastres o terremotos; los discípulos de Friedman almacenan un montón de ideas de libre mercado. Y una vez desatada la crisis, el profesor de la Universidad de Chicago estaba convencido de que era de la mayor importancia actuar con rapidez, para imponer los cambios rápida e irreversiblemente, antes de que la sociedad afectada volviera a instalarse en la «tiranía del *statu quo».* Estimaba que «una nueva administración disfruta de seis a nueve meses para poner en marcha cambios legislativos importantes; si no aprovecha la oportunidad de actuar durante ese período concreto, no volverá a disfrutar de ocasión igual».[13] Es una variación del consejo de Maquiavelo según el cual vale más comunicar de una sola vez «las malas noticias», y supuso uno de los legados estratégicos más duraderos de Friedman.

Milton Friedman aprendió lo importante que era aprovechar una crisis* o estado de *shock* a gran escala durante la década de los setenta, cuando fue asesor del dictador general Augusto Pinochet. Los ciudadanos chilenos no sólo

estaban conmocionados después del violento golpe de Estado de Pinochet, sino que el país también vivía traumatizado por un proceso de hiperinflación muy agudo. Friedman le aconsejó a Pinochet que impusiera un paquete de medidas rápidas para la transformación económica del país: reducciones de impuestos, libre mercado, privatización de los servicios, recortes en el gasto social y una liberalización y desregulación generales. Poco a poco, los chilenos vieron cómo sus escuelas públicas desaparecían para ser reemplazadas por escuelas financiadas mediante el sistema de cheques escolares. Se trataba de la transformación capitalista más extrema que jamás se había llevado a cabo en ningún lugar, y pronto fue conocida como la revolución de la Escuela de Chicago, pues diversos integrantes del equipo económico de Pinochet habían estudiado con Friedman en la Universidad de Chicago. Friedman predijo que la velocidad, la inmediatez y el alcance de los cambios económicos provocarían una serie de reacciones psicológicas en la gente que «facilitarían el proceso de ajuste».[14] Acuñó una fórmula para esta dolorosa táctica: el «tratamiento de choque» económico. Desde hace varias décadas, siempre que los gobiernos han impuesto programas de libre mercado de amplio alcance han optado por el tratamiento de choque que incluía todas las medidas de golpe, también conocido como «terapia de *shock».*

Pinochet también facilitó el proceso de ajuste con sus propios tratamientos de choque, llevados a cabo por las múltiples unidades de tortura del régimen, y demás técnicas de control infligidas en los cuerpos estremecidos de los que se creía iban a obstaculizar el camino de la transformación capitalista. Muchos observadores en Latinoamérica se dieron cuenta de que existía una conexión directa entre los *shocks* económicos que empobrecían a millones de personas y la epidemia de torturas que castigaban a cientos de miles que creían en una sociedad distinta. Como el escritor uruguayo Eduardo Gaicano se preguntaba, «¿cómo se mantiene esa desigualdad, si no es mediante

descargas de *shocks* eléctricos?».[15]

Exactamente treinta años después de que estas tres distintas metodologías de *shock* cayeran sobre el pueblo de Chile, la fórmula resurgió con mayor violencia en Irak. Primero fue la guerra, diseñada, según los autores del documento de doctrina militar *Shock and Awe,* para «controlar la voluntad del adversario, sus percepciones y su comprensión, y literalmente lograr que quede impotente para cualquier acción o reacción».[16] Luego vino la terapia de *shock* económica, radical e impuesta por el delegado de la administración estadounidense, cuando el país aún se encontraba devorado por las llamas. Paul Bremer decretó las medidas de rigor: privatizaciones masivas, liberalización absoluta del mercado, un impuesto de tramo fijo del 15 % y un Estado cuyo papel se vio brutalmente reducido. El ministro de Finanzas provisional de Irak, Alí Abdul-Amir Allawi, declaró entonces que sus conciudadanos estaban «hartos de ser conejillos de Indias. El sistema ha sufrido bastantes golpes por el momento, así que no nos hace ninguna falta una nueva terapia de *shock* económica».[17] Cuando los iraquíes se resistieron, los pusieron contra la pared: terminaron en cárceles, donde sus cuerpos y mentes se enfrentaron a más traumas y *shocks,* algunos mucho menos metafóricos.

Empecé a investigar la dependencia entre el libre mercado y el poder del *shock* hace cuatro años, al principio de la ocupación de Irak. Después de informar desde Bagdad acerca de los fallidos intentos de Washington de seguir con sus planes de terapia de *shock,* viajé a Sri Lanka, meses después del catastrófico *tsunami* del año 2004. Allí presencié otra versión distinta de las mismas maniobras: los inversores extranjeros y los donantes internacionales se habían coordinado para aprovechar la atmósfera de pánico, y habían conseguido que les entregaran toda la costa tropical. Los promotores urbanísticos estaban construyendo grandes centros turísticos a toda velocidad, impidiendo a miles de pescadores autóctonos que

reconstruyeran sus pueblos, antaño situados frente al mar. «En una cruel broma del destino, la naturaleza ha ofrecido a Sri Lanka una oportunidad única: de esta terrible tragedia nacerá un destino turístico de primera clase», anunció el gobierno.[18] Cuando el Katrina destruyó Nueva Orleans, la red de políticos republicanos, *think tanks* y constructores empezaron a hablar de «un nuevo principio» y atractivas oportunidades; estaba claro que se trataba del nuevo método de las multinacionales para lograr sus objetivos: aprovechar momentos de trauma colectivo para dar el pistoletazo de salida a reformas económicas y sociales de corte radical.

La mayoría de las personas que sobreviven a una catástrofe de esas características desean precisamente lo contrario de «un nuevo principio». Quieren salvar todo lo que sea posible y empezar a reconstruir lo que no ha perecido, lo que aún se tiene en pie. Desean reafirmar sus lazos con la tierra y los lugares en los que se han formado. «Cuando ayudo a reconstruir la ciudad, siento que también yo estoy reconstruyéndome», afirmaba Cassandra Andrews, residente en la zona de Lower Ninth Ward, terriblemente asolada durante las inundaciones, mientras seguía limpiando las ruinas después de la tormenta.[19] Pero a los capitalistas del desastre no les interesa en absoluto reconstruir el pasado. En Irak, Sri Lanka y Nueva Orleans, los procesos engañosamente llamados «de reconstrucción» se limitaron a terminar la labor del desastre original, tirando abajo los restos de las obras, comunidades y edificios públicos que aún quedaban en pie para luego reemplazarlos rápidamente con Una especie de Nueva Jerusalén empresarial; todo antes de que las víctimas del conflicto o del desastre natural fueran capaces de reagruparse y reclamar lo que les pertenecía.

Mike Battles supo expresarlo mejor: «Para nosotros, el miedo y el desorden representaban una verdadera promesa».[20] El ex agente de la CIA de treinta y cuatro años se refería al caos posterior a la invasión de Irak, y cómo

gracias a eso su empresa de seguridad privada, Custer Battles, desconocida y sin experiencia en el campo, pudo obtener contratos de servicios otorgados por el gobierno federal por valor de unos 100 millones de dólares.[21] Sus palabras podrían constituir el eslogan del capitalismo contemporáneo: el miedo y el desorden como *catalizadores* de un nuevo salto hacia delante.

Cuando me puse a investigar sobre la relación entre los enormes beneficios de las empresas y las grandes catástrofes, pensé que me hallaba frente a un cambio radical en la forma en que la «liberalización» de mercados se desarrollaba en todo el mundo. Durante mi implicación en el movimiento contra el poder de las empresas que hizo su primera aparición global en Seattle en 1999, ya había sido testigo de políticas parecidas, que favorecían a las grandes multinacionales y se imponían en las cumbres de la Organización Mundial de Comercio, a menudo contra la voluntad de los países desfavorecidos, bajo amenaza de negarles los préstamos del Fondo Monetario Internacional si se oponían a ellas. Las tres grandes medidas habituales —privatización, desregulación gubernamental y recortes en el gasto social— solían ser muy impopulares entre la gente, pero con el establecimiento de acuerdos firmados y una parafernalia oficial, al menos se sostenía el pretexto del consentimiento mutuo entre los gobiernos que negociaban, así como una ilusión de consenso entre los supuestos expertos. Ahora, el mismo programa ideológico se imponía mediante las peores condiciones coercitivas posibles: la ocupación militar de una potencia extranjera después de una invasión, o inmediatamente después de una catástrofe natural de gran magnitud. Al parecer, los atentados del 11 de septiembre le habían otorgado luz verde a Washington, y ya no tenían ni que preguntar al resto del mundo si deseaban la versión estadounidense del «libre mercado y la democracia»: ya podían imponerla mediante el poder militar y su doctrina de *shock y* conmoción.

Sin embargo, a medida que avanzaba en la investigación de

cómo este modelo de mercado se había impuesto en todo el mundo, descubrí que la idea de aprovechar las crisis y los desastres naturales había sido en realidad el *modus operandi* clásico de los seguidores de Milton Friedman desde el principio. Esta forma fundamentalista del capitalismo siempre ha necesitado de catástrofes para avanzar. Sin duda las crisis y las situaciones de desastre eran cada vez mayores y más traumáticas, pero lo que sucedía en Irak y Nueva Orleans no era una invención nueva, derivada de lo sucedido el 11 de septiembre. En verdad, estos audaces experimentos en el campo de la gestión y aprovechamiento de las situaciones de crisis eran el punto culminante de tres décadas de firme seguimiento de la doctrina del *shock.*

A la luz de esta doctrina, los últimos treinta y cinco años adquieren un aspecto singular y muy distinto del que nos han contado. Algunas de las violaciones de derechos humanos más despreciables de este siglo, que hasta ahora se consideraban actos de sadismo fruto de regímenes antidemocráticos, fueron de hecho un intento deliberado de aterrorizar al pueblo, y se articularon activamente para preparar el terreno e introducir las «reformas» radicales que habrían de traer ese ansiado libre mercado. En la Argentina de los años setenta, la sistemática política de «desapariciones» que la Junta llevó a cabo, eliminando a más de treinta mil personas, la mayor parte de los cuales activistas de izquierdas, fue parte esencial de la reforma de la economía que sufrió el país, con la imposición de las recetas de la Escuela de Chicago; lo mismo sucedió en Chile, donde el terror fue el cómplice del mismo tipo de metamorfosis económica. En la China de 1989, la masacre de la plaza de Tiananmen fue el *shock* que desató oleadas de detenciones, más de decenas de miles, las cuales permitieron al Partido Comunista convertir el país en una zona de exportación al por mayor, bien surtida de trabajadores demasiado aterrorizados como para exigir ningún derecho laboral. En la Rusia de 1993, Boris Yeltsin decidió enviar los tanques al parlamento, y maniobrar para impedir que los líderes de la oposición fueran un obstáculo

para la privatización fulminante que dio lugar a la nueva clase dirigente del país: los famosos oligarcas.

La guerra de las Malvinas, en 1982, permitió a Margaret Thatcher superar la crisis de las huelgas de los mineros. Gracias a la excitación patriótica que recorrió el país como un relámpago, pudo aplastar la revuelta de los mineros y lanzar la primera gran marea privatizadora de una democracia occidental. En 1999, el ataque de la OTAN contra Belgrado permitió que más tarde la antigua Yugoslavia fuera pasto de rápidas privatizaciones, un objetivo anterior a la propia guerra. La economía no fue en absoluto la única motivación que desató estos conflictos, pero en todos y cada uno de los casos, un estado de *shock* colectivo de primer orden fue el marco y la antesala para la terapia de *shock* económica.

Los traumáticos episodios que «prepararon el terreno» no siempre han sido de carácter abiertamente violento. En los años ochenta, en Latinoamérica y África, las crisis a causa de las deudas forzaban a los países a «privatizarse o morir», como dijo un ex funcionario del FMI.[22] Devorados por la hiperinflación, y demasiado endeudados como para negarse a las exigencias que venían de la mano de los préstamos extranjeros, los gobiernos aceptaban los «tratamientos de choque» creyendo en la promesa de que les salvarían de mayores desastres. En Asia, la crisis financiera de 1997 y 1998 —de consecuencias comparables a la Depresión de 1929— bajó los humos de los denominados Tigres de Asia, abriendo sus mercados en lo que el *New York Times* describió como «la mayor liquidación por cierre del mundo».[23] Muchos de estos países eran democrácticos, pero las transformaciones radicales que crearon el «libre mercado» no se instauraron democráticamente. Más bien al contrario: tal y como lo entendía Friedman, la atmósfera de crisis a gran escala ofrecía los pretextos necesarios para desestimar los deseos expresados por los votantes y entregar las riendas del país a los «tecnócratas» económicos.

Por supuesto, ha habido casos en los que la adopción de las políticas económicas de libre mercado se ha producido de forma democrática. Los políticos han presentado propuestas de línea dura, y han ganado las elecciones, siendo la presidencia de Ronald Reagan en Estados Unidos el mejor ejemplo, y la elección en Francia de Nicolás Sarkozy uno más reciente. En estos casos, no obstante, los cruzados del capitalismo se enfrentaron a la presión del público, y tuvieron que suavizar y modificar sus planes radicales, viéndose obligados a aceptar cambios graduales en lugar de una conversión total. En resumen, el modelo económico de Friedman puede imponerse parcialmente en democracia, pero para llevar a cabo su verdadera visión necesita condiciones políticas autoritarias. La doctrina de *shock* económica necesita, para aplicarse sin ningún tipo de restricción —como en el Chile de los años setenta, China a finales de los ochenta, Rusia en los noventa y Estados Unidos tras el 11 de septiembre—, algún tipo de trauma colectivo adicional, que suspenda temporal o permanentemente las reglas del juego democrático. Esta cruzada ideológica nació al calor de los regímenes dictatoriales de América del Sur, y en los nuevos territorios que ha conquistado recientemente, como Rusia y China, coexiste con comodidad, y hasta con provecho, con un liderazgo de puño de hierro.

LA TERAPIA DE *SHOCK* EN CASA

La Escuela de Chicago de Friedman se ha impuesto en todo el mundo desde los años setenta, pero hasta hace poco su visión jamás se había aplicado totalmente en su país de origen. Ciertamente, Reagan fue un pionero, pero Estados Unidos aún cuenta con una red de asistencia y seguridad social, y escuelas públicas a las que los padres se aferran, según las palabras de Friedman, con «un irracional apego a un sistema socialista».[24]

Cuando los republicanos se hicieron con el Congreso en 1995, David Frum, canadiense residente en Estados Unidos y futuro redactor de discursos para George W. Bush, era

uno de los neoconservadores que pedía una revolución económica de terapia de *shock* para el país. «Así es como creo que debería hacerse: en lugar de recortes residuales, un poco por aquí, otro poco por allá, yo eliminaría trescientos programas en un día, este verano, todos los cuales cuestan cada uno mil millones de dólares o menos. Quizá no sean reducciones muy sustanciales, pero vaya si queda claro que las cosas van a cambiar. Y esto se puede hacer ya».[25]

Frum no pudo llevar a cabo sus planes domésticos para la terapia de *shock* en ese entonces, sobre todo porque no hubo ninguna crisis que preparara el terreno. Pero eso cambió en 2001. Cuando se produjeron los atentados del 11 de septiembre, en la Casa Blanca pululaban un buen número de discípulos de Friedman, incluyendo su gran amigo Donald Rumsfeld. El equipo de Bush aprovechó la ocasión, el momento de vértigo colectivo con ávida rapidez. Al contrario de lo que algunos han afirmado, no fue porque la administración hubiera maquinado lo sucedido, sino porque las figuras clave del gobierno, veteranos de los anteriores experimentos del capitalismo del desastre de Latinoamérica y Europa del Este, formaban parte de un movimiento que reza para que se produzcan las crisis igual que los granjeros sedientos rezan para que llueva, como los cristianos apocalípticos rezan para que llegue el Rapto que ha de llevarse a los fieles a la vera de Jesús. Cuando por fin se desata la tragedia, saben inmediatamente que ha llegado su momento.

Durante tres décadas, Friedman y sus discípulos sacaron partido metódicamente de las crisis y los *shocks* que los demás países sufrían, los equivalentes extranjeros del 11 de septiembre: el golpe de Pinochet otro 11 de septiembre, en 1973. Lo que sucedió en el año 2001 fue que una ideología nacida a la sombra de las universidades norteamericanas y fortalecida en las instituciones políticas de Washington por fin podía regresar a casa.

Rápidamente, la administración Bush aprovechó la

oportunidad generada por el miedo a los ataques para lanzar la guerra contra el terror, pero también para garantizar el desarrollo de una industria exclusivamente dedicada a los beneficios, un nuevo sector en crecimiento que insufló renovadas fuerzas en la debilitada economía estadounidense. El término «complejo del capitalismo del desastre» la describe con más precisión; tiene tentáculos más poderosos y llega más lejos que el complejo industrial-militar contra el que Dwight Eisenhower lanzó sus advertencias al final de su mandato. Estamos ante una guerra global cuyos combates se libran en todos los niveles de las empresas privadas cuya participación se subvenciona con dinero público, y cuya misión sin fin es la protección del territorio estadounidense a perpetuidad, al tiempo que debe eliminar todo «mal» exterior. En apenas unos años, el complejo ha extendido su presencia en el mercado bajo distintas y cambiantes formas: desde la lucha contra el terrorismo hasta las misiones de paz internacionales, desde la seguridad municipal hasta la reacción con motivo de los desastres naturales. El objetivo último de las corporaciones que animan el centro de este complejo es implantar un modelo de gobierno exclusivamente orientado a los beneficios (que tan fácilmente avanza en circunstancias extraordinarias) también en el día a día cotidiano del funcionamiento del Estado; esto es, privatizar el gobierno.

La administración Bush empezó por subcontratar, sin ningún tipo de debate público, varias de las funciones más delicadas e intrínsecas del Estado: desde la sanidad para los presos hasta las sesiones de interrogación de los detenidos, pasando por la «cosecha» y recopilación de información sobre los ciudadanos. El papel del gobierno en esta guerra sin fin ya no es el de un gestor que se ocupa de una red de contratistas, sino el de un inversor capitalista de recursos financieros sin límite que proporciona el capital inicial para la creación del complejo empresarial y después se convierte en el principal cliente de sus nuevos servicios. Basta citar tres datos que demuestran el alcance de la transformación: en 2003, el

gobierno estadounidense otorgó 3.512 contratos a empresas privadas en concepto de servicios de seguridad. Durante un período de veintidós meses hasta agosto de 2006, el Departamento de Seguridad Nacional había emitido más de 115.000 contratos similares.[26] La «industria de la seguridad interior» —hasta el año 2001 económicamente insignificante— se había convertido en un sector que facturaba más de 200.000 millones de dólares.[27] En 2006, el gasto del gobierno de Estados Unidos en seguridad interior ascendía a una media de 545 dólares por cada familia.[28]

Y eso si hablamos únicamente del frente nacional de la guerra contra el terror; las fortunas se ganan luchando en el extranjero. Sin contar los fabricantes de armas, cuyos beneficios se han disparado gracias a la guerra en Irak, el mantenimiento del ejército estadounidense es uno de los sectores de servicios que más ha crecido en el mundo entero.[29] «Jamás se ha librado una guerra entre dos países que tengan un McDonald's en su territorio», afirmó sin rubor el columnista Thomas Friedman en el *New York Times* en diciembre de 1996.[30] No solamente se puso de manifiesto su error dos años más tarde, sino que gracias al modelo de beneficios militares, ahora el ejército norteamericano va a la guerra con Burger King y Pizza Hut, puesto que los contrata para hacerse cargo de las franquicias que han de alimentar a los soldados en sus bases militares desde Irak hasta la «miniciudad» de la bahía de Guantánamo.

Luego, el sector de las ayudas humanitarias y la reconstrucción de las zonas declaradas catastróficas. Irak también constituyó una experiencia piloto, y la reconstrucción orientada a los beneficios ya se ha convertido en el nuevo paradigma global, sin importar si la destrucción original procedía de los tanques de una guerra preventiva, como sucedió con los ataques de Israel contra el Líbano en 2006, o de la furia de un huracán. La escasez de recursos y el cambio climático han abierto la puerta a

una avalancha de nuevos desastres naturales, un desfilar permanente de apetitosas oportunidades de negocio: la ayuda humanitaria es un mercado emergente demasiado tentador como para dejarlo en manos de las organizaciones no gubernamentales. ¿Por qué debe ser UNICEF la encargada de la reconstrucción de las escuelas cuando puede hacerlo Bechtel, una de las empresas constructoras más grandes de Estados Unidos? ¿Por qué recolocar a la gente sin hogar del Misisipi en apartamentos vacíos subvencionados por el Estado cuando los pueden alojar en cruceros de las líneas Carnival? ¿Para qué enviar tropas de pacificación de la ONU a Darfur cuando empresas privadas como Blackwater andan a la caza y captura de nuevos clientes? Y ahí radica la diferencia tras el 11 de septiembre: antes, las guerras y los desastres ofrecían oportunidades para una pequeña parte de la economía, como los fabricantes de aviones de combate, por ejemplo, o las empresas constructoras que reparaban los puentes bombardeados. El principal papel económico de las guerras consistía en abrir nuevos mercados que permanecían cerrados y en generar largas épocas de crecimiento durante la posguerra. Ahora, la respuesta y las medidas de reacción frente a guerras y desastres han alcanzado tan alto grado de privatización que constituyen un nuevo mercado en sí mismas: no es necesario esperar a que termine la guerra para que empiece el desarrollo económico. El medio es el mensaje.

Una de las ventajas más claras de este enfoque posmoderno es que, en términos de mercado, no puede fallar. Como decía un analista de mercado acerca de un trimestre con unos resultados financieros excepcionalmente buenos para la empresa de servicios energéticos Halliburton: «Irak fue mejor de lo que esperábamos».[31] Eso fue en octubre de 2006, en aquel entonces el mes más cruento de la guerra, con más de 3.709 bajas de civiles iraquíes.[32] Pero pocos accionistas podían quejarse de una guerra que había generado más de 20.000 millones de dólares de ingresos para una única empresa.[33]

Entre el tráfico de armas, la privatización de los ejércitos, la industria de la reconstrucción humanitaria y la seguridad interior, el resultado de la terapia de *shock* tutelada por la administración Bush después de los atentados es, en realidad, una nueva economía plenamente articulada. Nació en la era Bush, pero existe independientemente de una administración concreta y seguirá funcionando entre los intersticios del sistema hasta que la ideología supremacista y empresarial que la propulsa quede en evidencia, aislada y en entredicho. El complejo empresarial está en manos de multinacionales estadounidenses, pero su naturaleza es global: las compañías británicas aportan su experiencia con una red de ubicuas cámaras de seguridad, las empresas israelíes su pericia en la construcción de vallas y muros de última tecnología, la industria maderera canadiense vende casas prefabricadas que son diez veces más caras que las del mercado local, y así podríamos seguir indefinidamente. «No creo que nadie se haya planteado la industria de la reconstrucción tras los desastres naturales como un mercado inmobiliario hasta ahora», afirmó Ken Baker, presidente de un grupo de industriales madereros de Canadá. «Es una estrategia que nos permitirá diversificarnos a largo plazo».[34]

En cuanto a su escala, el complejo empresarial surgido del capitalismo del desastre está en pie de igualdad con los «mercados emergentes» y el auge de las tecnologías de la información que tuvieron lugar en los años noventa. De hecho, las fuentes consultadas afirman que las cifras barajadas son mucho más altas que entonces, y que la «burbuja de la seguridad» inyectó vida en el mercado cuando el negocio de Internet empezó a flaquear. Junto con los grandes beneficios de la industria de los seguros (se cree que alcanzaron un récord de 60.000 millones de dólares en el año 2006, sólo en Estados Unidos), así como los excelentes resultados de las compañías petrolíferas (que crecen con cada nueva crisis), la economía del desastre quizá haya salvado al mercado mundial de la tremenda recesión que amenazaba con desatarse en la

víspera de los atentados de 2001.[35]

Un problema recurrente se presenta cuando tratamos de relatar la historia de la cruzada ideológica que ha desembocado en la privatización radical de la guerra y del desastre: la ideología cambia continuamente de forma, de nombres y de identidades. Friedman se consideraba un «liberal», pero sus discípulos estadounidenses, que relacionaban el liberalismo con elevados impuestos y *hippies,* tendieron a identificarse como «conservadores», «economistas clásicos», «defensores del libre mercado», y más tarde, seguidores de las *«reaganomics»** o del *«laissez-faire».* En la mayor parte del mundo, son conocidos como neoliberales, pero a menudo se utilizan los términos «libre mercado» o, sencillamente, «globalización». Únicamente desde mediados de los años noventa, este movimiento intelectual dirigido por los *think tanks* de extrema derecha con los que Friedman trabajó durante varios años —como Heritage Foundation, Cato Institute o American Enterprise Institute— empezó a autodenominarse «neoconservador», un enfoque que ha enrolado toda la potencia del ejército y de la maquinaria militar al servicio de los propósitos del conglomerado empresarial.

<!--[if !supportLists]-->* <!--[endif]-->*Reaganomics:* término que combina *economics* (economía) y el nombre del presidente Ronald Reagan. Describe la política económica que éste llevó a cabo durante su mandato. *(N. de la T.)*

Todas estas reencarnaciones comparten un compromiso para con una trinidad política: la eliminación del rol público del Estado, la absoluta libertad de movimientos de las empresas y un gasto social prácticamente nulo. Pero ninguna de las múltiples nomenclaturas que esta ideología ha recibido parece suficientemente adecuada. Friedman declaró que su propuesta era un intento de liberar al mercado de la tenaza estatal, pero el historial de los distintos experimentos económicos que se han llevado a

cabo nos muestra una realización muy distinta de su visión de purista. En todos los países en que se han aplicado las recetas económicas de la Escuela de Chicago durante las tres últimas décadas, se detecta la emergencia de una alianza entre unas pocas multinacionales y una clase política compuesta por miembros enriquecidos; una combinación que acumula un inmenso poder, con líneas divisorias confusas entre ambos grupos. En Rusia, los empresarios multimillonarios que forman parte del juego de alianzas reciben el nombre de «oligarcas»; en China, los «príncipes»; en Chile, «los pirañas»; y en Estados Unidos, los «pioneros» de la campaña Bush-Cheney. En lugar de liberar al mercado del Estado, estas élites políticas y empresariales sencillamente se han fusionado, intercambiando favores para garantizar su derecho a apropiarse de los preciados recursos que anteriormente eran públicos, desde los campos petrolíferos de Rusia, pasando por las tierras colectivas chinas, hasta los contratos de reconstrucción otorgados para Irak.

El término más preciso para definir un sistema que elimina los límites en el gobierno y el sector empresarial no es liberal, conservador o capitalista sino corporativista. Sus principales características consisten en una gran transferencia de riqueza pública hacia la propiedad privada —a menudo acompañada de un creciente endeudamiento—, el incremento de las distancias entre los inmensamente ricos y los pobres descartables, y un nacionalismo agresivo que justifica un cheque en blanco en gastos de defensa y seguridad. Para los que permanecen dentro de la burbuja de extrema riqueza que este sistema crea, no existe una forma de organizar la sociedad que dé más beneficios. Pero dadas las obvias desventajas que se derivan para la gran mayoría de la población que está excluida de los beneficios de la burbuja, una de las características del Estado corporativista es que suele incluir un sistema de vigilancia agresiva (de nuevo, organizado mediante acuerdos y contratos entre el gobierno y las grandes empresas), encarcelamientos en masa, reducción de las libertades civiles y a menudo,

aunque no siempre, tortura.

LA TORTURA COMO METÁFORA

De Chile a Irak, la tortura ha sido el socio silencioso de la cruzada por la libertad de mercado global. Pero la tortura es más que una herramienta empleada para imponer reglas no deseadas a una población rebelde. También es una metáfora de la lógica subyacente en la doctrina del *shock.*

La tortura, o por utilizar el lenguaje de la CIA, los «interrogatorios coercitivos», es un conjunto de técnicas diseñado para colocar al prisionero en un estado de profunda desorientación y *shock,* con el fin de obligarle a hacer concesiones contra su voluntad. La lógica que anima el método se describe en dos manuales de la CIA que fueron desclasificados a finales de los años noventa. En ellos se explica que la forma adecuada para quebrar «las fuentes que se resisten a cooperar» consiste en crear una ruptura violenta entre los prisioneros y su capacidad para explicarse y entender el mundo que les rodea.[36] Primero, se priva de cualquier alimentación de los sentidos (con capuchas, tapones para los oídos, cadenas y aislamiento total), luego el cuerpo es bombardeado con una estimulación arrolladora (luces estroboscópicas, música a toda potencia, palizas y descargas eléctricas). En esta etapa, se «prepara el terreno» y el objetivo es provocar una especie de huracán mental: los prisioneros caen en un estado de regresión y de terror tal que no pueden pensar racionalmente ni proteger sus intereses. En ese estado de *shock,* la mayoría de los prisioneros entregan a sus interrogadores todo lo que éstos desean: información, confesiones de culpabilidad, la renuncia a sus anteriores creencias. Uno de los manuales de la CIA ofrece una explicación particularmente sucinta: «Se produce un intervalo, que puede ser extremadamente breve, de animación suspendida, una especie de *shock* o parálisis psicológica. Esto se debe a una experiencia traumática o subtraumática que hace estallar, por así decirlo, el mundo que al individuo le es familiar, así como su propia imagen

dentro de ese mundo. Los interrogadores experimentados saben reconocer ese momento de ruptura y saben también que en ese intervalo la fuente se mostrará más abierta a las sugerencias, y es más probable que coopere, que durante la etapa anterior al *shock*».[37]

La doctrina del *shock* reproduce este proceso paso a paso, en su intento de lograr a escala masiva lo que la tortura obtiene de un individuo en la sala de interrogatorios. El ejemplo más claro fue el *shock* del 11 de septiembre, día en el cual para millones de personas el «mundo que les era familiar» estalló en mil pedazos, y dio paso a un período de profunda desorientación y regresión que la administración Bush supo explotar con pericia. De repente, nos encontramos viviendo en una especie de Año Cero, en el cual todo lo que sabíamos podía desecharse despectivamente con la etiqueta de «antes del 11-S». Aunque la historia jamás había sido nuestro fuerte, Norteamérica se había convertido en una tabla rasa, una verdadera «página en blanco» sobre la cual se podían «escribir las palabras más nuevas y más hermosas», como Mao le decía a su pueblo.[38] Un nuevo ejército de especialistas se materializó rápidamente para escribir nuevas y hermosas palabras sobre el tapiz receptivo de nuestra conciencia postraumática: «choque de civilizaciones», grabaron. «Eje del mal», «fascismo islámico», «seguridad nacional». Con el mundo preocupado y absorto por las nuevas y mortíferas guerras culturales, la administración Bush pudo lograr lo que antes del 11 de septiembre apenas había soñado: librar guerras privadas en el extranjero y construir un conglomerado empresarial de seguridad en territorio estadounidense.

Así funciona la doctrina del *shock:* el desastre original —llámese golpe, ataque terrorista, colapso del mercado, guerra, *tsunami* o huracán— lleva a la población de un país a un estado de *shock* colectivo. Las bombas, los estallidos de terror, los vientos ululantes preparan el terreno para quebrar la voluntad de las sociedades tanto como la música

a toda potencia y las lluvias de golpes someten a los prisioneros en sus celdas. Como el aterrorizado preso que confiesa los nombres de sus camaradas y reniega de su fe, las sociedades en estado de *shock* a menudo renuncian a valores que de otro modo defenderían con entereza. Jamar Perry y sus compañeros de evacuación en el refugio de Baton Rouge tuvieron que sacrificar los pisos de protección oficial y las escuelas públicas. Después del *tsunami,* los pescadores de Sri Lanka tenían que abandonar su valiosa tierra frente al mar y cederla a los constructores de hoteles. Los iraquíes, si todo iba según lo planeado, tenían que caer en tal estado de *shock* que cederían el control de sus reservas petrolíferas, sus compañías estatales, y toda su soberanía nacional al ejército estadounidense y sus bases militares y zonas verdes.

LA GRAN MENTIRA

En el torrente de artículos escritos en el panegírico de Milton Friedman, apenas se mencionó el papel de los *sbocks* y las crisis que tanto habían contribuido a difundir su modelo económico. En vez de eso, el fallecimiento del economista se convirtió en una ocasión perfecta para reescribir la historia oficial: de cómo su propuesta de capitalismo radical se había convertido en la ortodoxia del gobierno en prácticamente todos los rincones del globo. Es un cuento de hadas, libre de toda violencia e imposición que tan íntimamente ligadas van en esta cruzada, y representa el golpe propagandístico más exitoso de las últimas tres décadas. El cuento empieza así.

Friedman dedicó su vida a una pacífica lucha de ideas contra los que creían que los gobiernos tienen la responsabilidad de intervenir en el mercado para suavizar su dureza. El estaba convencido de que la historia se había «equivocado de vía» cuando los políticos empezaron a prestar atención a John Maynard Keynes, el arquitecto intelectual del New Deal y del moderno Estado del bienestar.[39] El hundimiento del mercado en 1929 había establecido un consenso general: el *laissez-faire* había

fallado y los gobiernos debían intervenir en la economía para redistribuir la riqueza y fijar un marco de regulación empresarial. Durante esa etapa oscura para el libre mercado, cuando el comunismo conquistaba el Este, y mientras Occidente se entregaba al Estado del bienestar y el nacionalismo económico arraigaba en el Sur poscolonial, Friedman y su mentor, Friedrich Hayek, protegían con suma paciencia la llama del capitalismo en estado puro, sin empañarse por los intentos keynesianos para crear riquezas colectivas que fueran la base de una sociedad más justa.

«En mi opinión, el mayor error —escribió Friedman a Pinochet en 1975— consiste en creer que es posible hacer el bien con el dinero de los demás.»[40] Pocos escuchaban; la mayoría de la gente insistía en que sus gobiernos podían y debían hacer el bien. Friedman fue descrito por la revista *Time* en 1969 en términos despectivos: «un duende o un pesado», y era reverenciado como profeta de una selecta minoría.[41]

Por fin, tras décadas exiliado en la jungla intelectual, llegaron los años ochenta y los gobiernos de Margaret Thatcher (que llamó a Friedman un «luchador por la libertad intelectual») y de Ronald Reagan (que fue visto con un ejemplar de *Capitalismo y libertad,* el manifiesto de Friedman, durante su campaña presidencial).[42] Aquellos líderes políticos sí tuvieron el valor de implementar una absoluta liberalización del mercado en el mundo real. Según la historia oficial, después de que Reagan y Thatcher liberaran democrática y pacíficamente sus respectivos mercados, la libertad y la prosperidad subsiguientes fueron tan obviamente deseables que cuando las dictaduras cayeron una tras otra, desde Manila a Berlín, las masas voceaban para que las *reaganomics* se instalaran en sus puertas, junto con sus Big Macs.

Cuando la Unión Soviética por fin se derrumbó, la gente del «imperio del mal» también estaba ansiosa por unirse a la revolución friedmanita, al igual que los comunistas

reconvertidos en capitalistas de China. Eso quería decir que no existía ningún obstáculo para construir un verdadero libre mercado global, en el cual las empresas no sólo gozaran de libertad absoluta en sus países de origen, sino que también pudieran cruzar las fronteras sin burocracias ni impedimentos, desatando la prosperidad allá donde fueran. Existían dos grandes reglas acerca de cómo debían ser las sociedades: había que celebrar elecciones para votar a nuestros políticos, y las economías debían aplicar el modelo de Friedman. Fue, como Francis Fukuyama lo bautizó, «el fin de la historia», «el punto final de la evolución ideológica de la humanidad».[43] La revista *Fortune,* en su tributo a Friedman, escribió que «navegó con la marea de la historia»; se aprobó una resolución en el Congreso alabándolo como «uno de los defensores más destacados de la libertad en todo el mundo, no sólo en el campo de la economía sino en todos los aspectos»; el gobernador de California, Arnold Schwarzenegger, declaró que el 29 de enero de 2007 sería el Día de Milton Friedman en todo el estado, y varias ciudades y pueblos imitaron su gesto. Un titular en *The Wall Street Journal* ofrecía una cápsula de ordenada información: «El hombre de la libertad».[44]

Este libro es un desafío contra la afirmación más apreciada y esencial de la historia oficial: que el triunfo del capitalismo nace de la libertad, que el libre mercado desregulado va de la mano de la democracia. En lugar de eso, demostraré que esta forma fundamentalista del capitalismo ha surgido en un brutal parto cuyas comadronas han sido la violencia y la coerción, infligidas en el cuerpo político colectivo así como en innumerables cuerpos individuales. La historia del libre mercado contemporáneo —el auge del corporativismo, en realidad— ha sido escrita con letras de *shock.*

Hay mucho en juego. La alianza corporativista está cerca de conquistar su última frontera: los mercados y las economías del petróleo del mundo árabe, hasta ahora

cerrados, y sectores de las economías occidentales que llevan tiempo protegidos de la regla de los beneficios, incluyendo la respuesta ante los desastres naturales y los ejércitos. Puesto que ni siquiera se pretende buscar el consenso público para privatizar funciones tan esenciales, ni en el frente doméstico ni en el extranjero, es necesario convocar a los jinetes de la violencia creciente y de catástrofes aún mayores para alcanzar dichos objetivos. Paradójicamente, como el papel decisivo de los *shocks* y las crisis ha sido expurgado tan eficientemente del historial del auge del libre mercado, las tácticas extremas desplegadas en Irak y Nueva Orleans a menudo se tachan de prácticas incompetentes o de amiguismo por parte de la Casa Blanca de Bush. En realidad, las hazañas de Bush son una mera punta del icerberg creado, una diminuta porción de una campaña monstruosamente violenta que lleva en pie de guerra cincuenta años para lograr la absoluta liberalización del mercado.

Cualquier intento de responsabilizar a determinadas ideologías por los crímenes cometidos por sus seguidores debe plantearse con absoluta prudencia. Es demasiado fácil afirmar que la gente con la que no estamos de acuerdo no sólo se equivoca, sino que también son tiranos, fascistas y genocidas. Pero también es cierto que algunas ideologías constituyen un peligro para la sociedad, y que deben ser identificadas como tales. Me refiero a las doctrinas fundamentalistas y reconcentradas, incapaces de coexistir con otros sistemas de creencias. Sus seguidores deploran la diversidad y exigen mano libre para poner en marcha su sistema perfecto. El mundo tal y como es debe ser destruido, para que su pura visión pueda crecer y desarrollarse debidamente. Arraigada en las fantasías bíblicas de grandes inundaciones y fuegos místicos, esta lógica lleva ineludiblemente a la violencia. Las ideologías peligrosas son las que ansían esa tabla rasa imposible, que sólo puede alcanzarse mediante algún tipo de cataclismo.

Generalmente, los sistemas que claman por la eliminación de pueblos y culturas enteros con el fin de satisfacer una visión pura del mundo son aquellos que profesan una extrema religiosidad y que propugnan la segregación racial. Pero desde el colapso de la Unión Soviética, se ha producido un reconocimiento histórico de los grandes crímenes cometidos en nombre del comunismo. Los sótanos de las agencias de información soviéticas han abierto sus puertas a investigadores que se han apresurado a contar el número de muertos en hambrunas, campamentos de trabajos forzados y asesinatos. El proceso ha generado un fuerte debate en todo el mundo respecto al papel de la ideología que había detrás de estas atrocidades, y hasta qué punto ésta es responsable de aquéllas, o bien si la distorsión del sistema se debe a que tuvo líderes como Stalin, Ceaucescu, Mao o Pol Pot.

«Fue el comunismo de carne y hueso el que impuso la represión en masa, que terminó creando un reinado del terror estatal», escribe Stéphane Courtois, coautor del polémico *El libro negro del comunismo.* «¿Podemos decir que la ideología no tiene la culpa?»[45] Por supuesto que no. Pero tampoco se puede deducir que todas las formas de comunismo sean intrínsecamente genocidas, corno se ha dicho con total desparpajo. Ciertamente fueron interpretaciones doctrinales y dictatoriales de la teoría comunista que despreciaban la pluralidad las que llevaron a las ejecuciones masivas de Stalin y a los campos de reeducación de Mao. La dictadura comunista está, como debe ser, por siempre empañada por esos experimentos en sociedades reales.

¿Y qué hay de la cruzada contemporánea en pro de la libertad de los mercados mundiales? Los golpes de Estado, las guerras y las matanzas que han instaurado y apoyado regímenes afines a las empresas jamás han sido tachados de crímenes capitalistas, sino que en lugar de eso se han considerado frutos del excesivo celo de los dictadores,

como sucedió con los frentes abiertos durante la Guerra Fría y la actual guerra contra el terror. Si los adversarios más comprometidos contra el modelo económico corporativista desaparecen sistemáticamente, ya sea en la Argentina de los años setenta o en el Irak de hoy en día, esa labor de supresión se achaca a la guerra sucia contra el comunismo o el terrorismo. Prácticamente jamás se alude a la lucha *para* la instauración del capitalismo en estado puro.

No estoy afirmando que todas las formas de la economía de mercado son violentas de por sí. Es perfectamente posible poseer una economía de mercado que no exija tamaña brutalidad ni pida un nivel tan prístino de ideología pura. Un mercado libre, con una oferta de productos determinada, puede coexistir con un sistema de sanidad pública, escolarización para todos y una gran porción de la economía —como por ejemplo una compañía petrolífera nacionalizada— en manos del Estado. También es posible pedirles a las empresas que paguen sueldos decentes, que respeten el derecho de los trabajadores a formar sindicatos, y solicitar a los gobiernos que actúen como agentes de redistribución de la riqueza mediante los impuestos y las subvenciones, con el fin de reducir al máximo las agudas desigualdades que caracterizan al Estado corporativista. Los mercados no tienen por qué ser fundamentalistas.

Keynes propuso exactamente esta combinación de economía regulada y mixta después de la Gran Depresión, una revolución en las políticas públicas que dio lugar al New Deal y a transformaciones parecidas en todo el mundo. Era exactamente el sistema de compromisos, equilibrios y controles que la contrarrevolución de Friedman se dispuso a desmantelar metódicamente en todo el mundo. Bajo este prisma, la Escuela de Chicago y su modelo de capitalismo tienen algo en común con otras ideologías peligrosas: el deseo básico por alcanzar una pureza ideal, una tabla rasa sobre la que construir una sociedad modélica y recreada para la ocasión.

Esta ansia por los poderes casi divinos de una creación total

explica precisamente la razón por la que los ideólogos del libre mercado se sienten tan atraídos por las crisis y las catástrofes. La realidad no apocalíptica no es muy hospitalaria para con sus ambiciones, sencillamente. Durante más de treinta y cinco años, el motor de la contrarrevolución de Friedman ha sido la singular atracción hacia un tipo de libertad de maniobra y posibilidades que sólo se da en situaciones de cambio cataclísmico. Cuando las personas, con sus tozudas costumbres e insistentes demandas, estallan en mil pedazos; momentos en los que la democracia parece una imposibilidad práctica.

Los creyentes de la doctrina del *shock* están convencidos de que solamente una gran ruptura —como una inundación, una guerra o un ataque terrorista— puede generar el tipo de tapiz en blanco, limpio y amplio que ansían. En esos períodos maleables, cuando no tenemos un norte psicológico y estamos físicamente exiliados de nuestros hogares, los artistas de lo real sumergen sus manos en la materia dócil y dan principio a su labor de remodelación del mundo.

Notas

<!--[if !supportLists]-->1. <!--[endif]-->Bud Edney, «Appendix A: Thoughts on Rapid Dominance», en Harlan K. Ullman y James P. Wade, *Shock and Awe: Achieving Rapid Dominance,* Washington, D.C., NDU Press Book, 1996, pág. 110.

<!--[if !supportLists]-->2.<!--[endif]-->John Harwood, «Washington Wire: A Special Weekly Report from The Wall Street Journal's Capital Bureau», *Wall Street Journal,* 9 de septiembre de 2005.

<!--[if !supportLists]-->3. <!--[endif]-->Gary Rivlin, «A Mogul Who Would Rebuild New Orleans», *New York Times.* 29 de septiembre de 2005.

<!--[if !supportLists]-->4. <!--[endif]-->«The Promise of Vouchers», *Wall Street Journal,* 5 de diciembre de 2005.

<!--[if !supportLists]-->5.<!--[endif]-->Ibídem.

<!--[if !supportLists]-->6. <!--[endif]-->Milton Friedman, *Capitalism and Freedom* (1962), reimpr. Chicago, University of Chicago Press, 1982, pág. 1 (trad. cast.: *Capitalismo y libertad,* Madrid, Rialp, 1966).

<!--[if !supportLists]-->7. <!--[endif]-->Entrevista con Joe DeRose, United Teachers of New Orleans, 18 de septiembre de 2006; Michael Kunzelman, «Post-Katrina, Educators, Students Embrace Charter Schools», Associated Press, 17 de abril de 2007.

<!--[if !supportLists]-->8. <!--[endif]-->Steve Ritea, «N.O. Teachers Union Loses Its Force in Storm's Wake», *Ttmes-Picayune* (Nueva Orleans), 6 de marzo de 2006.

<!--[if !supportLists]-->9. <!--[endif]-->Susan Saulny, «U.S. Gives Charter Schools a Big Push in New Orleans», *New York Times,* 13 de junio de 2006; Veronique de Rugy y Kathryn G. Newmark, «Hope after Katrina?», *Education Next,* 1 de octubre de 2006, .

<!--[if !supportLists]-->10.<!--[endif]-->«Educational Land Grab», *Rethinking Schools,* otoño de 2006.

<!--[if !supportLists]-->11.<!--[endif]-->Milton Friedman, *Inflation: Causes and Consequences,* Nueva York, Asia Publishing House, 1963, pág. 1.

<!--[if !supportLists]-->12.<!--[endif]-->Friedman, *Capitalism and Freedom, op. cit.,* pág. IX.

<!--[if !supportLists]-->13.<!--[endif]-->Milton Friedman y Rose Friedman, *Tyranny of the Status Quo,* San Diego Harcourt Brace Jovanovich, 1984, pág. 3.

<!--[if !supportLists]-->14.<!--[endif]-->Milton Friedman y Rose D. Friedman, *Two Lucky People: Memoirs,* Chicago, University of Chicago Press, 1998, pág. 592.

<!--[if !supportLists]-->15.<!--[endif]-->Eduardo Galeano, *Days and Nights of Love and War,* trad. de Judith Brister, Nueva York, Monthly Review Press, 1983, pág. 130 (ed. original: *Días y noches de amor y de guerra* (1978), Madrid,

Alianza, 1998).

<!--[if !supportLists]-->16.<!--[endif]-->Ullman y Wade, *Shock and Awe, op. cit.,* pág. XXVIII.

<!--[if !supportLists]-->17.<!--[endif]-->Thomas Crampton, «Iraq Official Warns on Fast Economic Shift», *International Herald Tribune* (París), 14 de octubre de 2003.

<!--[if !supportLists]-->18.<!--[endif]-->Alison Rice, *Post-Tsunami Tourism and Reconstruction: A Second Disaster?* Londres, Tourism Concern, octubre de 2005, .

<!--[if !supportLists]-->19.<!--[endif]-->Nicholas Powers, «The Ground below Zero», *Indypendent,* 31 de agosto de 2006, .

<!--[if !supportLists]-->20.<!--[endif]-->Neil King Jr. y Yochi J. Dreazen, «Amid Chaos in Iraq, Tiny Security Firm Found Opportunity», *Wall Street Journal,* 13 de agosto de 2004.

<!--[if !supportLists]-->21.<!--[endif]-->Eric Eckholm, «U.S. Contractor Found Guilty of $3 Million Fraud in Iraq», *New York Times,* 10 de marzo de 2006.

<!--[if !supportLists]-->22.<!--[endif]-->Davison L. Budhoo, *Enough Is Enough: Dear Mr. Camdessus... Open Letter of Resignation to the Managing Director of the International Monetary Fund,* Nueva York, New Horizons Press, 1990, pág. 102.

<!--[if !supportLists]-->23.<!--[endif]-->Michael Lewis, «The World's Biggest Going-Out-of-Business Sale», *The New York Times Magazine,* 31 de mayo de 1998.

<!--[if !supportLists]-->24.<!--[endif]-->Bob Sipchen, «Are Public Schools Worth the Effort?», *Los Angeles Times.* 3 de julio de 2006.

<!--[if !supportLists]-->25.<!--[endif]-->Paul Tough, David Frum, William Kristol *et al.,* «A Revolution or Business as Usual?: A Harper's Forum», *Harper's,* marzo de 1995.

<!--[if !supportLists]-->26.<!--[endif]-->Rachel Monahan y

Elena Herrero Beaumont, «Big Time Security», *Forbes*, 3 de agosto de 2006; Gary Stoller, «Homeland Security Generates Multibillion Dollar Business», *USA Today,* 10 de septiembre de 2006.

<!--[if !supportLists]-->27.<!--[endif]-->Evan Ratliff, «Fear, Inc.», *Wired,* diciembre de 2005.

<!--[if !supportLists]-->28.<!--[endif]-->Veronique de Rugy, American Enterprise Institute, «Facts and Figures about Homeland Security Spending», 14 de diciembre de 2006, .

<!--[if !supportLists]-->29.<!--[endif]-->Bryan Bender, «Economists Say Cost of War Could Top $2 Trillion», *Boston Globe,* 8 de enero de 2006.

<!--[if !supportLists]-->30.<!--[endif]-->Thomas L. Friedman, «Big Mac I», *New York Times,* 8 de diciembre de 1996.

<!--[if !supportLists]-->31.<!--[endif]-->Steve Quinn, «Halliburton's 3Q Earnings Hit $611M», Associated Press, 22 de octubre de 2006.

<!--[if !supportLists]-->32.<!--[endif]-->Steven R. Hurst, «October Deadliest Month Ever in Iraq», Associated Press, *22* de noviembre de 2006.

<!--[if !supportLists]-->33.<!--[endif]-->James Glanz y Floyd Norris, «Report Says Iraq Contractor Is Hiding Data from U.S.», *New York Times,* 28 de octubre de 2006.

<!--[if !supportLists]-->34.<!--[endif]-->Wency Leung, «Success Through Disaster: B.C.-Made Wood Houses Hold Great Potential for Disaster Relief», *Vancouver Sun,* 15 de mayo de 2006.

<!--[if !supportLists]-->35.<!--[endif]-->Joseph B. Treaster, «Earnings for Insurers Are Soaring», *New York Times,* 14 de octubre de 2006.

<!--[if !supportLists]-->36.<!--[endif]-->Central Intelligence Agency, *Kubark Counterintelligence Interrogation,* julio de 1963, págs. 1 y 101. El manual

desclasificado está íntegro en .

<!--[if !supportLists]-->37.<!--[endif]-->Ibídem, pág. 66.

<!--[if !supportLists]-->38.<!--[endif]-->Mao Tse-Tung, «Introducing a Cooperative», *Peking Review,* vol. 1, n° 15, 10 de junio de 1958, pág. 6.

<!--[if !supportLists]-->39.<!--[endif]-->Friedman y Friedman, *Two Lucky People,* pág. 594.

<!--[if !supportLists]-->40.<!--[endif]-->Ibídem.

<!--[if !supportLists]-->41.<!--[endif]-->«The Rising Risk of Recession», *Time,* 19 de diciembre de 1969.

<!--[if !supportLists]-->42.<!--[endif]-->George Jones, «Thatcher Praises Friedman, Her Freedom Fighter», *Daily Telegraph* (Londres), 17 de noviembre de 2006; Friedman y Friedman, *Two Lucky People, op. cit.,* págs. 388-389.

<!--[if !supportLists]-->43.<!--[endif]-->Francis Fukuyama, «The End of History?», *The National Interest,* verano de 1989.

<!--[if !supportLists]-->44.<!--[endif]-->Justin Fox, «The Curious Capitalist», *Fortune,* 16 de noviembre de 2006; Cámara de Representantes, 109° Congreso, 2ª sesión, «H. Res. 1089: Honoring the Life of Milton Friedman», 6 de diciembre de 2006; Jon Ortiz, «State to Honor Friedman», *Sacramento Bee,* 24 de enero de 2007; Thomas Sowell, «Freedom Man», *Wall Street Journal,* 18 de noviembre de 2006.

<!--[if !supportLists]-->45.<!--[endif]-->Stéphane Courtois y otros, *The Black Book of Communism: Crimes, Terror, Repression,* trad. de Jonathan Murphy y Mark Kramer, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1999, pág. 2 (trad. cast.: *El libro negro del comunismo,* Pozuelo de Alarcón, Espasa-Calpe, 1998).

PRIMERA PARTE

LOS DOS INGENIEROS DEL *SHOCK* INVESTIGACIÓN Y DESARROLLO

Os exprimiremos hasta la saciedad, y luego os llenaremos con nuestra propia esencia.

GEORGE ORWELL, *1984*

La Revolución Industrial sólo fue el principio de la revolución más extrema y radical que jamás inflamó la mente de los sectarios, pero los problemas se podían solucionar, con una cantidad ilimitada de bienes materiales.

KARL POLANYI, *La gran transformación*

Capítulo 1

EL LABORATORIO DE LA TORTURA

Ewen Cameron, la CIA y la maníaca obsesión por erradicar y recrear la mente humana

Sus mentes son como tablas rasas sobre las que nosotros podemos escribir.

DOCTOR CYRIL J. C. KENNEDY y DOCTOR DAVID ANCHEL

sobre los beneficios de la terapia de *electroshocks,* 1948[1]

Fui al matadero para observar lo que llamaban «matanza eléctrica» y vi que fijaban grandes tenazas metálicas en las sienes de los cerdos, cuyos extremos estaban conectados a una corriente eléctrica de 125 voltios. En cuanto los cerdos tocaban las tenazas, caían inconscientes, se ponían rígidos y al cabo de unos segundos empezaban a

convulsionarse como hacían nuestros perros cobayas. Durante este período de inconsciencia (coma epiléptico) el carnicero mataba y sangraba a los animales sin dificultad alguna.

UGO CERLETTI, psiquiatra, acerca de su «invención» de la terapia de *electroshock,* en 1954[2]

«Ya no hablo con periodistas», dijo la voz tensa que se oía al otro lado del hilo telefónico. Y luego una diminuta ventana de esperanza: «¿Qué quiere?».

Me doy cuenta de que tengo unos veinte segundos para convencerla, y no será fácil. ¿Cómo puedo explicarle a Gail Kastner lo que quiero de ella, el viaje que me ha llevado a llamar a su puerta?

La verdad suena tan extraña: «Estoy escribiendo un libro sobre el *shock.* Y sobre los países que sufren *shocks:* guerras, atentados terroristas, golpes de Estado y desastres naturales. Luego, de cómo vuelven a ser víctimas del *shock* a manos de las empresas y los políticos que explotan el miedo y la desorientación frutos del primer *shock* para implantar una terapia de *shock* económica. Después, cuando la gente se atreve a resistirse a estas medidas políticas se les aplica un tercer *shock* si es necesario, mediante acciones policiales, intervenciones militares e interrogatorios en prisión. Quiero hablar con usted porque creo que es una de las personas que ha sobrevivido al mayor número de *shocks.* Usted fue víctima de los experimentos clandestinos de la CIA con *electroshocks* y otras "técnicas especiales de interrogatorio". Y por cierto, creo que los frutos de las investigaciones para las cuales usted fue una cobaya humana se están utilizando con los prisioneros de Guantánamo y Abu Ghraib».

No, desde luego que no puedo decirle eso. Así que me limito a contestar: «Hace poco estuve en Irak, y trato de entender el papel que juega allí la tortura. Nos dicen que se trata de obtener información, pero creo que es más que

eso. Estoy convencida de que están intentando construir un Estado modélico, borrando las mentes y los cuerpos de las personas y volviéndolos a crear desde cero».

Hay una larga pausa, y luego el tono de voz de la respuesta es distinto. Tenso aún, pero ¿ligeramente aliviado? «Lo que acaba de decir es exactamente lo mismo que la CIA y Ewen Cameron me hicieron a mí. Trataron de borrarme y volver a crearme. Pero no funcionó».

En menos de veinticuatro horas, estoy frente a la puerta del apartamento de Gail Kastner, en un edificio gris y antiguo en Montreal. «Está abierto», dice con una voz apenas audible. Gail me había advertido que quitaría el cerrojo de la puerta porque le cuesta levantarse. Son las pequeñas fracturas de su espina dorsal, que se vuelven más dolorosas a medida que la artritis se extiende por su cuerpo. El dolor de espalda es sólo uno de los recuerdos de las sesenta y tres veces que descargaron entre 150 y 200 voltios de electricidad en los lóbulos frontales de su cerebro, mientras su cuerpo se convulsionaba violentamente encima de la camilla, causándole diminutas fracturas, roturas de ligamentos, mordeduras en los labios y dientes rotos.

Gail me saluda desde un sillón acolchado de color azul. Tiene más de veinte posiciones, me dice más tarde, y las ajusta continuamente, como un fotógrafo que trata de enfocar la imagen. Pasa los días echada en ese sillón reclinable, buscando la imposible comodidad, esforzándose por no dormirse y caer en lo que ella llama «sus sueños eléctricos». Entonces es cuando vuelve a verle: «él», doctor Ewen Cameron, el psiquiatra fallecido ya que le administraba las descargas, así como otras torturas, hace tantos años. «El Monstruo Eminente me visitó dos veces la noche pasada», anuncia en cuanto entro en el salón. «No quiero que se sienta mal, pero es a causa de su repentina llamada, de sopetón, y todas esas preguntas.»

Me doy cuenta de que mi presencia posiblemente es muy

injusta para ella. Esa sensación se afianza en mi interior cuando echo un vistazo al apartamento y me doy cuenta de que físicamente apenas hay lugar para mí. Toda superficie disponible está repleta de torres y montones de papeles y libros, todos marcados con pequeños pedacitos de papel amarillentos. Gail me indica el único espacio libre de la habitación, una silla de madera que había pasado por alto, pero se pone un poco nerviosa cuando le pregunto dónde puedo depositar la grabadora, un objeto que sólo ocupa unos centímetros. Ni pensar en la mesita al lado de su sillón: veinte paquetes vacíos de cigarrillos, Matinée Regular, están colocados formando una pirámide perfecta. (Gail me había advertido por teléfono acerca de su condición de fumadora empedernida: «Lo siento, pero fumo. Y como fatal. Estoy gorda y fumo. Espero que no le importe».) Parece que Gail ha pintado el interior de las cajetillas de negro, pero al acercarme más me doy cuenta de que se trata de una diminuta y apretada letra manuscrita: nombres, números, miles de palabras.

Durante el día que pasamos juntas, Gail a menudo se inclina hacia delante para garrapatear algo en un trozo de papel o en un paquete de cigarrillos: «Una nota mental —explica—, o jamás me acordaré». Para ella, los montoncitos de papel y cajetillas son algo más que un sistema poco convencional de archivos. Son toda su memoria.

Durante toda su vida adulta, la mente de Gail le ha fallado. Los hechos se evaporan inmediatamente de su cabeza, y los recuerdos, si es que permanecen (muchos no lo hacen), son como instantáneas esparcidas por el suelo. A veces es capaz de recordar un incidente a la perfección —lo llama «fragmento de memoria»— pero cuando le preguntan por una fecha, puede llegar a equivocarse por dos décadas de diferencia. «En 1968», empieza. «No, en 1983.» De modo que hace listas de todo y lo apunta todo. Pruebas de que su vida realmente ha ocurrido. Al principio se disculpa por el desorden. Pero más tarde exclama: «¡El me hizo esto! Este apartamento es parte de su tortura».

Durante varios años, a Gail la desconcertaban mucho sus lagunas memorísticas, así como otros detalles. Por ejemplo, no sabía la razón por la cual un pequeño destello eléctrico de la puerta del garaje le provocaba un ataque de pánico incontrolable. O por qué le temblaban las manos cuando enchufaba el secador de pelo. Sobre todo, no entendía por qué recordaba la mayor parte de su vida adulta pero casi nada antes de los veinte años. Cuando se encontraba con gente que decía haberla conocido en su niñez, decía: «Sé quién eres pero no sé de qué te conozco». «Mentía», dice.

Gail creía que formaba parte de su cuadro médico: una frágil salud mental. Durante su juventud, había sufrido depresiones y adicción a los medicamentos, y a veces tenía crisis nerviosas tan violentas que terminaba hospitalizada y en coma. Estos episodios la alejaron de su familia, y se quedó sola y desesperada. Terminó rebuscando comida en la basura de las tiendas de alimentación.

Había señales de que Gail había sido víctima de algo aún más traumático en el pasado. Antes de que su familia la abandonara, Gail y su hermana gemela solían discutir sobre la época en que Gail había estado gravemente enferma y Zella la había cuidado. «No tienes ni idea de lo que pasé», se quejaba Zella. «Te orinabas encima, en medio del salón, te chupabas el dedo y parloteabas como una cría. ¡Querías el biberón de mi bebé! Eso es lo que tuve que pasar». Gail no sabía qué contestar a las recriminaciones de su gemela. ¿Orinar en el salón? ¿Pedir el biberón de su sobrino? No recordaba ni por asomo haber hecho esas cosas tan extrañas.

Cuando tenía unos cuarenta años, Gail empezó una relación con un hombre llamado Jacob, al que describe como su alma gemela. Jacob era un superviviente del Holocausto, y también le interesaban las cuestiones de memoria y pérdida de identidad. A Jacob, que murió hace más de una década, le preocupaban mucho los años perdidos de Gail. «Tiene que haber una razón», solía decir acerca de los períodos vacíos de su vida. «Tiene que haber una razón.»

En 1992, Gail y Jacob se detuvieron frente a un quiosco que exhibía un titular sensacionalista: «Lavado de cerebro: las víctimas recibirán compensaciones». Kastner empezó a leer el artículo por encima, y varias expresiones le llamaron inmediatamente la atención: «parloteo de bebé», «pérdida de memoria», «incontinencia urinaria». «Vamos a comprar el periódico», dijo Jacob. En un café cercano, la pareja leyó la increíble historia de cómo, en la década de los cincuenta, la CIA había financiado a un médico en Montreal para que realizara extraños experimentos en los pacientes psiquiátricos. Les privaba de sueño y los aislaba durante semanas, y luego les administraba altas dosis de *electroshocks,* así como cócteles de drogas experimentales como el psicodélico LSD y el alucinógeno PCP (fenciclidina), conocido más comúnmente como polvo de ángel. Los experimentos transportaban a los pacientes a estados preverbales e infantiles, y se habían realizado en el Alian Memorial Institute de la Universidad McGill, bajo la supervisión de su director, el doctor Ewen Cameron. La financiación de la CIA se descubrió a finales de los años setenta gracias a una solicitud amparada por la Freedom of Information Act, que dio lugar a varias sesiones en el Senado de los Estados Unidos. Nueve antiguos pacientes de Cameron se unieron y demandaron a la CIA y al gobierno canadiense, que también había aportado dinero para las investigaciones de Cameron. Durante varios juicios, los abogados de los pacientes argumentaron que los experimentos violaban todos los estándares profesionales de ética médica. Los enfermos iban a Cameron en busca de alivio a causa de ligeros trastornos mentales de poca importancia (depresión posparto, ansiedad, incluso terapia de parejas) y fueron utilizados, sin su conocimiento o consentimiento, como cobayas humanas para satisfacer la sed de información de la CIA acerca de las técnicas de control mental. En 1988, la CIA se avino a pagar daños y perjuicios, por la suma de 750.000 dólares para los nueve demandantes. Fue la cifra más alta jamás pagada por la agencia hasta la fecha. Cuatro años después, el gobierno

de Canadá se avino a pagar otros 100.000 dólares a cada demandante que fue objeto de los experimentos ilegales.[3]

Cameron desempeñó un papel clave en el desarrollo de las técnicas de tortura contemporáneas de los Estados Unidos. Sus experimentos también nos ofrecen un claro ejemplo de la lógica subyacente en el capitalismo del desastre. Al igual que los economistas defensores del libre mercado, que están convencidos de que sólo mediante un desastre de enormes proporciones —una gran destrucción— se puede preparar el terreno para sus «reformas», Cameron creía que podía recrear mentes que no funcionaban, y reconstruir personalidades sobre esa ansiada tabla rasa, si infligía dolor y traumatizaba el cerebro de sus pacientes.

Gail conocía vagamente la historia que implicaba a la CIA y a la Universidad McGill, pero jamás le había prestado atención. Ella nunca había tenido nada que ver con el Alian Memorial Institute. Pero ahora, sentada con Jacob en ese café, leyendo las palabras de los otros pacientes —«pérdida de memoria», «regresión»—, no dudó. «Comprendí que esas personas debieron de pasar por lo mismo que yo había pasado.» Dije: «Jacob, ahí está la razón».

EN LA TIENDA DEL *SHOCK*

Kastner escribió al Alian Memorial Institute y solicitó su historial médico. Primero le dijeron que no tenían ninguno. Finalmente lo logró: 138 páginas. El doctor que la había ingresado era Ewen Cameron. Las cartas, notas y cuadros médicos del expediente de Gail cuentan una historia desgarradora: la de una joven de dieciocho años durante los años cincuenta, y sus limitadas opciones, y la de las instituciones públicas y médicos que abusaron de su poder. La documentación empieza con el diagnóstico del doctor Cameron con motivo del ingreso de Gail: estudiante de enfermería en McGill, Gail saca excelentes notas, y Cameron la describe como «hasta ahora, un individuo razonablemente bien equilibrado». Sin embargo, sufre episodios de ansiedad causados, según dictamina

claramente Cameron, por su padre, que la maltrata y que es descrito como un «hombre intensamente perturbador» que la «ataca psicológicamente en repetidas ocasiones».

Gail causó buena impresión entre las enfermeras, según las entradas manuscritas de éstas en el historial, pues compartían vínculos ya que la chica estudiaba enfermería. La describen como «alegre, sociable y simpática». Pero durante los meses que pasó bajo su cuidado, Gail sufrió una transformación radical en su personalidad, meticulosamente documentada en el archivo: al cabo de unas semanas, «mostraba un comportamiento infantil, expresaba ideas extrañas y aparentemente estaba en estado de alucinación *[sic]* y era destructiva». Las notas indican que esta joven de inteligencia normal apenas llegaba a contar hasta seis. Luego se volvió «manipuladora, hostil y muy agresiva». Finalmente, «pasiva y apática», incapaz de reconocer a los miembros de su propia familia. El diagnóstico final es de «esquizofrenia [...] con claros rasgos histéricos», un cuadro mucho más serio que la ligera «ansiedad» que sufría cuando fue ingresada.

Sin duda la metamorfosis tenía algo que ver con los tratamientos que también constan en el expediente médico de Gail Kastner: altas dosis de insulina, que le inducían múltiples comas; extrañas combinaciones de ansiolíticos y antidepresivos; largos períodos en los que permanecía en estado de inconsciencia inducida merced a los calmantes; y una cantidad de *electroshocks* ocho veces superior a la media que se solía administrar en la época. A menudo las enfermeras consignan los intentos de Kastner de escapar de sus médicos: «Trata de huir, [...] afirma que el tratamiento es erróneo y nocivo. [...] Se niega a recibir su electro después de recibir la inyección». Estas quejas invariablemente conllevaban un nuevo viaje hacia lo que los colegas más jóvenes de Cameron llamaban la «tienda del *sbock*».[4]

LA BÚSQUEDA DE LA PUREZA

Después de releer varias veces su historial médico, Gail Kastner se convirtió en una especie de arqueóloga de su propia vida. Leía y estudiaba todo lo que pudiera ser una explicación potencial de lo que le había sucedido en el hospital. Descubrió que Ewen Cameron, un norteamericano de origen escocés, había alcanzado la cúspide de su profesión: la presidencia de la Asociación Americana de Psiquiatría, de la Asociación Canadiense de Psiquiatría y de la Asociación Mundial de la Psiquiatría. En 1945 fue uno de los tres psiquiatras norteamericanos que testificó acerca de la salud mental de Rudolf Hess en los juicios de Nuremberg.[5]

Para cuando Gail empezó a investigar, Cameron llevaba ya un tiempo muerto, pero había dejado un legado de docenas de artículos académicos y conferencias. También se habían publicado una gran cantidad de libros sobre el papel de la CIA en la financiación de los experimentos de control mental, obras que incluían muchos detalles acerca de la relación entre Cameron y la agencia.* Gail se los leyó todos, marcando los pasajes importantes, estableciendo la cronología de los hechos y cruzando las fechas con su documentación. Así llegó a reconstruir lo que había sucedido. A principios de los años cincuenta, Cameron se había apartado del enfoque estándar freudiano, la «terapia conversacional», que se empleaba para deducir las «causas arraigadas» de las enfermedades mentales de los pacientes. Su ambición era recrear la mente de sus pacientes, en lugar de curarles o arreglar lo que fuera disfuncional, y para ello utilizaba un método de su invención, llamado «impulso psíquico».[6]

<!--[if !supportLists]-->* <!--[endif]-->Entre otros *In the Sleep Room,* de Anne Collins; *The Searck for tbe Manchurian Candidate,* de John Marks; *The Mind Manipulators,* de Alan Scheflin y Edward Option Jr.; *Operation Mind Control,* de Walter Bowart; *Journey into Madness,* de Cordón Thomas; y *A Father, a Son and the CIA,* de Harvey Weinstein, escrito por un

psiquiatra, hijo de uno de los pacientes de Cameron.

Según sus publicaciones de la época, Cameron creía que la única forma de enseñar a sus pacientes a comportarse de forma sana y estable era meterse dentro de sus mentes y «quebrar las viejas pautas y modelos de comportamiento patológico».[7] El primer paso consistía en «erradicar las pautas», cuyo objetivo era asombroso: devolver la mente al estado en que Aristóteles describió como «una tabla vacía sobre la cual aún no hay nada escrito», una *tabula rasa*.[8] Cameron creía que se podía alcanzar dicho estado atacando el cerebro con todos los elementos que interfieren en su funcionamiento normal. Todos a la vez. Eran las tácticas militares de *«shock* y conmoción» desplegadas en el campo de batalla de la mente humana.

A finales de los años cuarenta, la técnica del *electroshock* se estaba popularizando entre la clase psiquiátrica de Europa y América del Norte. Causaba un daño permanente menor que la lobotomía, y parecía que funcionaba: los pacientes histéricos a menudo se calmaban, y en algunos casos las descargas eléctricas devolvían una cierta lucidez a las personas. Pero se trataba solamente de datos observados, y ni siquiera los médicos que habían desarrollado la técnica podían ofrecer una explicación científica de su funcionamiento.

Sin embargo, conocían bien sus efectos secundarios. No había ninguna duda de que el *electroshock* podía causar amnesia en el paciente. Se trataba del principal problema asociado con el tratamiento. Estrechamente relacionado con la pérdida de memoria, el otro efecto secundario del que había constancia era la regresión. Los médicos indicaron que en docenas de estudios clínicos, en los momentos inmediatamente posteriores al tratamiento, los pacientes se chupaban el dedo, adoptaban la posición fetal, había que alimentarles como a bebés, y lloraban reclamando a sus madres (a menudo confundían a enfermeras y médicos con sus padres y madres). Esta etapa de comportamientos solía desaparecer rápidamente,

pero en algunos casos, cuando las sesiones de *electroshock* eran numerosas, los médicos informaban de casos en los que la regresión de los pacientes era completa, llegando éstos a olvidarse de andar y de hablar. Marilyn Rice, una economista que a mediados de los años setenta encabezó el movimiento de los pacientes en defensa de sus derechos, en contra del *electroshock,* describía vividamente lo que significaba perder sus recuerdos, y gran parte de su educación, a causa de los tratamientos. «Ahora sé cómo debió de sentirse Eva después de ser creada a partir de la costilla de otro, sin ningún pasado ni historia propia. Me sentía tan vacía como Eva».*[9]

<!--[if !supportLists]-->* <!--[endif]-->Aún hoy en día, en que las terapias de *electroshock* son mucho más seguras y estudiadas, y se preocupan de garantizar la comodidad y la tranquilidad de los pacientes, convirtiéndose así en una herramienta respetable y a menudo efectiva para el tratamiento de la psicosis, los efectos secundarios siguen incluyendo pérdidas temporales de memoria a corto plazo. Algunos pacientes indican que también han sufrido pérdidas de memoria a largo plazo.

Para Rice y el resto, ese vacío representaba una pérdida irreemplazable. Por contra, Cameron lo veía de forma muy distinta: como una tabla rasa, libre de las costumbres nocivas del pasado, sobre las cuales se podían crear nuevas pautas y nuevos modelos de comportamiento. Para él, «la pérdida masiva de memoria» que traía consigo el *electroshock* no era un desafortunado efecto secundario: era el aspecto esencial del tratamiento, la clave para arrastrar al paciente a un estado anterior de su desarrollo mental, «mucho antes de que la esquizofrenia y los comportamientos perturbados hicieran su aparición».[10] Igual que los halcones de la guerra que claman para bombardear países «hasta devolverlos a la Edad de Piedra», Cameron creía que la terapia de *shock* era el método que arrojaría a sus pacientes de vuelta a la infancia, en una regresión

absoluta. En un artículo que escribió en 1962 para una revista científica, describió el estado al que quería reducir a pacientes como Gail Kastner: «No solamente se produce una pérdida de la imagen espacio-tiempo, sino que también se pierde el sentido de que debería existir. Durante esta fase el paciente muestra una serie de síntomas diversos, como pérdida de un segundo idioma o de conciencia acerca de su estado civil. En formas más avanzadas, tal vez no pueda caminar sin apoyo, alimentarse o dé muestras de incontinencia urinaria y fecal. [...] Todos los aspectos de su función de memoria están gravemente afectados».[11]

Para «borrar la pauta» de sus pacientes, Cameron utilizó un instrumento relativamente nuevo, llamado Page-Russell, que administraba hasta seis descargas consecutivas en vez de una. Frustrado por el hecho de que sus pacientes seguían aferrándose a los retazos de sus personalidades originales, Cameron los desorientó aún más con anfetaminas, ansiolíticos y drogas alucinógenas: clorpromacina, barbitúricos, pentotal sódico, óxido de nitrógeno (el conocido «gas de la risa»), metanfetamina, Seconal, Nembutal, Veronal, Melicone, Thorazine, largactil e insulina. Cameron escribió en un artículo en 1956 que gracias a estos fármacos, el paciente «se desinhibía y sus defensas se debilitaban».[12]

Una vez se completaba el proceso de «eliminación de las pautas» del paciente, y su anterior personalidad había sido satisfactoriamente borrada, el proceso de implantación de conducta podía empezar. Consistía en que Cameron hacía escuchar a los pacientes cintas grabadas con mensajes como: «Usted es una buena madre y una buena esposa, y la gente disfruta de su compañía». En tanto que psicólogo conductista, creía que si sus pacientes se impregnaban de los mensajes grabados en la cinta, empezarían a comportarse de forma distinta.*

<!--[if !supportLists]-->* <!--[endif]-->Si Cameron no hubiera gozado de tanto poder en su campo, sus cintas de «implantación conductual» habrían sido

tachadas de psicología barata. Tuvo la idea al ver un anuncio del cerebrófono, un fonógrafo que se colocaba en la mesilla de noche, con altavoces insertados en la almohada, y que sostenía ser «un método revolucionario para aprender idiomas durante el sueño».

Con pacientes bajo estado de *shock* y drogados hasta un extremo vegetativo, éstos no podían sino escuchar los mensajes, durante dieciséis o veinte horas al día durante semanas. En una ocasión, Cameron le hizo escuchar a un paciente la cinta de forma ininterrumpida durante 101 días.[13]

A mediados de los años cincuenta, varios investigadores de la CIA se interesaron por los métodos de Cameron. Era el principio de la histeria de la Guerra Fría, y la agencia acababa de lanzar un programa de operaciones encubiertas para investigar lo que llamaban «técnicas especiales de interrogación». Un memorando desclasificado de la CIA explica que el programa «examinaba y analizaba numerosas técnicas de interrogación poco habituales, incluyendo el acoso psicológico y otros métodos como el aislamiento total, así como el uso de drogas y sustancias químicas».[14] El proyecto conoció el primer nombre en código de Bluebird, luego Proyecto Alcachofa y finalmente fue bautizado como MKUltra en 1953. Durante la siguiente década, MKUltra gastó más de veinticinco millones de dólares en busca de formas nuevas de romper la voluntad de un prisionero sospechoso de comunismo o de ser agente doble. Más de ochenta instituciones participaron en el programa, incluyendo cuarenta y cuatro universidades y doce hospitales.[15]

Los agentes implicados tenían abundantes ideas y mostraban una notable creatividad en su celo por extraer información de personas que no deseaban compartirla. El problema era cómo comprobar la efectividad de esos métodos e ideas. Las actividades de los primeros años del Proyecto Bluebird y Alcachofa se parecen sospechosamente

a esas escenas de una película de espías tragicómica en la que los agentes de la CIA se hipnotizan mutuamente y deslizan LSD en las bebidas de sus colegas para ver qué sucede (en al menos uno de los casos, un suicidio), por no mencionar la tortura de los sospechosos de pertenecer al espionaje ruso.[16]

Las pruebas terminaron asemejándose más a unas macabras bromas propias de universitarios desatados en pleno fervor etílico que a experimentos propios de una investigación seria, y los resultados no aportaron la certidumbre científica que la agencia iba buscando. Para eso era necesario realizar pruebas con un mayor número de cobayas humanas, y así se intentó. Pero era demasiado arriesgado: si se descubría que la CIA estaba probando drogas peligrosas en suelo americano, existía la posibilidad de que se le diera carpetazo al programa.[17] En ese punto entraron en escena los investigadores canadienses, y el interés de la CIA en sus actividades. El inicio de la relación se remonta al 1 de junio de 1951, en una reunión a tres bandas entre agencias de inteligencia de diversas nacionalidades y un grupo de científicos en el Ritz-Carlton de Montreal. El tema del encuentro era la creciente preocupación que sentía la comunidad internacional de las agencias de inteligencia occidentales ante la posibilidad de que los comunistas hubieran descubierto un método para «lavar el cerebro» de los prisioneros de guerra. El motivo de esa inquietud era que los soldados norteamericanos cautivos en Corea aparecían frente a las cámaras, al parecer cooperando, para denunciar el capitalismo y el imperialismo. Según las actas desclasificadas de esa reunión en el Ritz, los asistentes —Omond Solandt, presidente del Comité de Investigación para la Defensa canadiense; sir Henry Tizard, presidente del Comité de Investigación para la Defensa británico, así como dos representantes de la CIA— estaban convencidos de que las potencias occidentales debían descubrir urgentemente la forma en que los comunistas lograban arrancar esas impresionantes declaraciones de los soldados. El primer

paso era llevar a cabo un «estudio clínico de casos reales» para analizar si los lavados de cerebro podían funcionar.[18] El objetivo declarado de esta investigación no era utilizar el control mental en los prisioneros, sino preparar a los soldados de las potencias occidentales para las técnicas coercitivas a las que podrían ser sometidos en caso de ser capturados.

Por supuesto, la CIA tenía otros intereses. Sin embargo, ni siquiera en una reunión confidencial y a puerta cerrada como la que se desarrolló en el Ritz, podía admitir abiertamente que le interesaba desarrollar métodos alternativos de interrogatorio. No después de las revelaciones acerca de los sistemas de tortura nazi que habían provocado un rechazo unánime en todo el mundo.

Uno de los asistentes a la reunión del Ritz era el doctor Donald Hebb, director del Departamento de Psicología en la Universidad McGill. Siempre según las actas desclasificadas, frente al misterio de las confesiones de los soldados capturados, Hebb especuló con la posibilidad de que los comunistas estuvieran manipulando a los prisioneros colocándolos en celdas aisladas e impidiéndoles el uso de los sentidos. Los jefes de inteligencia se quedaron muy impresionados, y tres meses después Hebb recibió una beca de investigación del Departamento de Defensa de Canadá, para llevar a cabo una serie de experimentos de privación sensorial. Hebb pagó veinte dólares a un grupo de sesenta y tres estudiantes de McGill para que se sometieran a aislamiento sensorial: encerrados en una habitación, con gafas oscuras, cascos con cintas de ruido monocorde, y tubos de cartón sobrepuestos a sus manos y pies para enturbiar su sentido del tacto. Durante días, los estudiantes flotaron en un mar vacío, sin ojos, orejas o manos que les orientaran, viviendo cada vez más intensamente al ritmo de los vaivenes de su imaginación. Para comprobar hasta qué punto la privación sensorial los hacía vulnerables al «lavado de cerebro», Hebb empezó a pasarles cintas de voces que sostenían que los fantasmas existían, o que la ciencia era

una superchería. Antes del experimento, los estudiantes habían declarado que no estaban de acuerdo con esas ideas.[19]

En un informe confidencial acerca de los descubrimientos de Hebb, el Comité de Investigación para la Defensa llegó a la conclusión de que la privación sensorial claramente causaba un estado de confusión extrema, así como alucinaciones, en los sujetos del experimento. El informe seguía diciendo: «Se produce una reducción significativa y temporal de la capacidad intelectual durante e inmediatamente después del período de privación de la percepción».[20] Además, la curiosidad estimulada de los estudiantes les hacía más receptivos a las ideas que enunciaban las cintas, y sorprendentemente varios de ellos desarrollaron una afición por las ciencias ocultas que duró varias semanas después de la finalización del experimento. Era como si la privación sensorial hubiera borrado parcialmente sus mentes, y los estímulos sensoriales aplicados durante el proceso hubieran reescrito sus pautas de conducta.

La CIA recibió una copia del principal estudio de Hebb, y también se enviaron cuarenta y un y cuarenta y dos ejemplares para la Armada y el Ejército de Estados Unidos, respectivamente.[21] La CIA también controlaba los experimentos a través de uno de los ayudantes de Hebb, Maitland Baldwin. Éste, sin saberlo Hebb, informaba directamente a la agencia.[22] El vivo interés de la CIA no resultaba nada sorprendente: como mínimo, Hebb había demostrado que un período de aislamiento intensivo podía llegar a interferir en la capacidad de pensar claramente y hacía que las personas se inclinaran con más facilidad ante las sugerencias o indicaciones de sus captores. Eran ideas que no tenían precio para un interrogador. Hebb finalmente se dio cuenta de que los frutos de su investigación tenían un enorme potencial, y que no solamente podían emplearse para la protección de los soldados capturados, sino también como un protocolo para la tortura psicológica. En la última

entrevista que concedió en 1985, antes de fallecer, Hebb declaró: «Cuando enviamos nuestro informe al Comité de Investigación para la Defensa comprendimos que estábamos describiendo unas técnicas de interrogatorio cuya potencia era tremenda».[23]

El informe de Hebb indicaba que cuatro de los estudiantes «comentaron espontáneamente que el propio experimento era una forma de tortura», lo que equivalía a decir que si les obligaba a permanecer en el marco del estudio más allá de su umbral de resistencia —dos o tres días— estaría violando la ética médica. Consciente de las limitaciones que eso impondría en el experimento, Hebb escribió que no podía obtener «resultados más depurados» porque «no es posible obligar a los sujetos a permanecer de treinta a sesenta días en condiciones de privación sensorial».[24]

Quizá no era posible para Hebb, pero su colega en McGill y archirrival académico, el doctor Ewen Cameron, no tenía ningún problema. (En un momento de franqueza, Hebb tildó a Cameron de «criminalmente estúpido».[25]) Cameron ya estaba convencido de que la destrucción violenta de las mentes de sus pacientes era el primer paso necesario para que emprendieran su viaje de regreso a la salud mental, y por lo tanto no constituía una violación del juramento hipocrático. En cuanto al tema de la autorización del paciente, tampoco era un problema. Estaban a su merced, pues el formulario estándar de ingreso en el hospital prácticamente confería a Cameron un poder absoluto para dictaminar el tratamiento requerido. Incluso podía recomendar una lobotomía total.

Aunque había estado en contacto con la agencia durante años, Cameron obtuvo su primera beca de la CIA en 1957, a través de una organización pantalla denominada Sociedad para la Investigación de la Ecología Humana.[26] A medida que los dólares de la CIA fueron a parar a las arcas del Alian Memorial Institute, éste se parecía más y más a una prisión macabra y menos a un hospital.

El primer cambio consistió en incrementar brutalmente la dosis de *electroshocks.* Los dos psiquiatras que inventaron la polémica máquina Page-Russell recomendaban cuatro tratamientos por paciente, con un total de veinticuatro *shocks* individuales.[27] Cameron empleó la máquina en sus pacientes dos veces al día durante treinta días, alcanzando la escalofriante cifra de 360 descargas por paciente, mucho más de lo que Gail y otros pacientes al principio habían recibido.[28] Añadió más drogas experimentales al cóctel que recibían, ya de por sí explosivo; a la CIA le interesaban particularmente las que alteraban la percepción sensorial, como el LSD y la fenciclidina.

También añadió otras armas a su arsenal de manipulación mental: privación sensorial e incremento de la duración de los ciclos de sueño, un doble proceso que, según él, «reduciría las defensas del sujeto», haciéndolo más receptivo a los mensajes de las cintas.[29] Gracias a la financiación de la CIA, Cameron convirtió los antiguos establos de la parte posterior del hospital en espacios individuales de aislamiento. También remodeló el sótano cuidadosamente, construyendo una habitación que denominó la «celda de aislamiento».[30] La estancia se insonorizó, aunque instaló altavoces para emitir ruido blanco, un sonido monocorde permanente. Eliminó la iluminación y cada paciente recibió un par de anteojos oscuros y «tapones de goma» para las orejas. Sus brazos y piernas fueron forrados con tubos de cartón, «impidiendo que los sujetos toquen su propio cuerpo, y logrando así interferir en la percepción que tienen de su propio cuerpo», tal y como Cameron describió en un artículo publicado en 1956.[31] Pero en lugar de someter a los sujetos a un par de días de privación sensorial intensa, como los estudiantes de Hebb que no pudieron aguantar más, Cameron los obligó a permanecer en ese estado durante semanas. Uno de ellos se pasó treinta y cinco días en la celda de aislamiento.[32]

Otro de los experimentos de Cameron con los sentidos de sus pacientes tenía lugar en la sala del sueño, donde se les

mantenía en un estado de duermevela a base de fármacos y drogas, durante veinte o veintidós horas al día, con enfermeras turnándose cada dos horas con el único propósito de evitar llagas, alimentar a los pacientes y aliviar sus necesidades urinarias y fecales.[33] Los pacientes permanecían en dicho estado de quince a treinta días, aunque Cameron informó que «algunos pacientes han superado los sesenta y cinco días de sueño continuo».[34] El personal del hospital tenía instrucciones de no permitir que los pacientes les dirigieran la palabra. Tampoco debían darles ninguna información acerca del tiempo que iban a permanecer en la habitación. Para asegurarse de que nadie lograra escapar de esa pesadilla, Cameron administró a un grupo de pacientes pequeñas dosis de curare, droga que provoca una parálisis física, convirtiéndolos, literalmente, en prisioneros de sus propios cuerpos.[35]

En un artículo publicado en 1960, Cameron afirmaba que «existen dos principales factores que nos permiten mantener una imagen espacial y temporal». Es decir, que nos permiten saber quiénes somos y dónde estamos. Esas dos fuerzas son «a) una fuente continuada de información sensorial y b) nuestra memoria». Gracias al *electroshock,* Cameron aniquilaba la memoria; mediante las celdas de aislamiento, destruía todo origen de información sensorial. Estaba decidido a forzar la completa pérdida de sentidos en sus pacientes, hasta que no supieran dónde estaban ni quiénes eran. Cuando se dio cuenta de que algunos pacientes conseguían saber la hora que era gracias a las comidas diarias, Cameron ordenó a la cocina del centro que mezclara los platos y las horas: servían sopa para desayunar y leche con cereales para cenar. «Al variar los intervalos y cambiar el menú esperado pudimos romper el ciclo horario de alimentación que los pacientes habían desarrollado», informaba Cameron con satisfacción. Aun después de aquello, descubrió que a pesar de sus esfuerzos un paciente conservaba una leve conexión con el mundo exterior gracias al «ligero murmullo» de los motores de un avión que sobrevolaba el hospital cada mañana, a las

nueve.[36]

Para cualquier persona que esté familiarizada con los testimonios de gente que ha sobrevivido a la tortura, este detalle es desgarrador. Cuando les preguntan a los prisioneros cómo pudieron sobrevivir durante meses o incluso años de aislamiento, a menudo hablan de cómo oían el lejano tañido de las campanas de una iglesia, o la llamada del imán a la mezquita, o las risas de los niños jugando en un parque cercano. Cuando la vida se reduce a las cuatro paredes de una celda, el ritmo de los sonidos del exterior es una especie de cuerda salvavidas, la prueba de que el prisionero aún es humano, de que existe un mundo más allá de la tortura. «Escuché a los pájaros cantar al amanecer cuatro veces, fuera. Así es como sé que fueron cuatro días», dijo un superviviente de la última dictadura uruguaya, recordando un período de detención y tortura particularmente brutal.[37] La mujer anónima en el sótano del Alian Memorial Institute, esforzándose por oír el distante motor de un avión en medio de una neblina de oscuridad, drogas y descargas eléctricas, no era una paciente en manos de un médico. Era, a todos los efectos, una prisionera que estaba siendo torturada.

Existen varios indicios de que Cameron sabía perfectamente que estaba simulando un proceso de tortura real y que, en tanto que acérrimo anticomunista, disfrutaba de la idea de que su programa y sus pacientes formaban parte de la Guerra Fría. En una entrevista concedida a una popular revista en 1955, comparó abiertamente a sus pacientes con prisioneros de guerra enfrentados a un interrogatorio hostil, diciendo que «al igual que los capturados por los comunistas, solían resistirse [al tratamiento] y había que romper su voluntad».[38] Un año más tarde, escribió que el objetivo de eliminar las pautas conductuales era «la erradicación de las defensas del individuo» y señalaba que «el proceso es análogo al sometimiento de un sujeto bajo interrogatorio continuo».[39] Hacia 1960, Cameron dictaba conferencias acerca de sus

investigaciones sobre la privación sensorial, no solamente a otros psiquiatras, sino también a públicos militares. En una charla en la base aérea Brooks, en Texas, afirmó que no estaba curando la esquizofrenia, sino que más bien «la privación sensorial genera los mismos síntomas iniciales que la esquizofrenia: alucinaciones, ansiedad aguda, pérdida de contacto con la realidad».[40] En las notas que acompañan al texto de la conferencia, menciona la administración de una «sobrecarga de información» a renglón seguido de la privación sensorial, una referencia a su empleo de las descargas eléctricas y los bucles interminables de cintas con repetición de mensaje. Era una anticipación de las tácticas de interrogación que habrían de llegar en el futuro.[41]

El trabajo de Cameron recibió financiación de la CIA hasta 1961, y durante varios años el destino de sus investigaciones y el uso que el gobierno de los Estados Unidos le dio permaneció en un claroscuro. A finales de los años setenta y ochenta, cuando por fin se abrió una investigación en el Senado acerca de la participación de la CIA en dichos experimentos y la relación financiera entre la agencia y los investigadores, y más tarde, durante las revolucionarias demandas de los pacientes contra la CIA, los periodistas y los legisladores tendían a aceptar la versión de la CIA: que se había interesado en las técnicas de lavado de cerebro con el fin de proteger la salud mental de los prisioneros de guerra norteamericanos. La mayor parte de la prensa se concentró en los aspectos sensacionalistas, y destacó que el gobierno había financiado experimentos con drogas alucinógenas. En realidad, cuando el verdadero escándalo estalló, se puso de manifiesto que la CIA y Ewen Cameron habían destrozado con absoluta impunidad las vidas de los pacientes, sin ningún resultado mínimamente válido. Las investigaciones parecían inútiles: todo el mundo sabía que el lavado de cerebro era un mito de la Guerra Fría. Por su parte, la CIA fomentó esta visión del asunto, pues prefirió ser el bufón de una tragicomedia de payasos de ciencia ficción, en lugar de los culpables

financieros que habían permitido que una respetable universidad se convirtiera en un laboratorio de tortura, muy eficiente por cierto. Cuando John Gittinger, el psicólogo de la CIA que se puso en contacto con Cameron por primera vez, se vio obligado a testificar frente al Senado, declaró que el apoyo a Cameron había sido «un estúpido error. [...] Un terrible error».[42] Al ser preguntado durante las sesiones de la investigación del Senado por qué ordenó destruir todos los archivos de un programa que había costado veinticinco millones de dólares, el antiguo director de MKUltra, Sydney Gottlieb, afirmó que «el proyecto MKUltra no había obtenido ningún resultado positivo o útil para la agencia».[43] En las informaciones publicadas sobre MKUltra en los años ochenta, tanto en las pesquisas oficiales como en la prensa general o los libros escritos sobre el programa, se sigue hablando de los experimentos como «técnicas de control mental» o «lavado de cerebro». La palabra «tortura» apenas se utiliza.

LA CIENCIA DEL MIEDO

En 1988, *The New York Times* publicó un valiente reportaje sobre la implicación de los Estados Unidos en la tortura y los asesinatos que habían tenido lugar en Honduras. Florencio Caballero, un interrogador hondureño miembro del brutal y famoso Batallón 3-16, reveló al periódico que él y veinticuatro de sus compañeros habían viajado a Texas y que la CIA les había entrenado. «Nos enseñaron tácticas psicológicas: cómo estudiar el miedo y las debilidades de un prisionero. Hacer que se levantara y se quedara de pie, no dejarle dormir, desnudarle y aislarlo, poner ratas y cucarachas en su celda, darle comida podrida, incluso animales muertos, arrojarle agua fría a la cara, cambiar la temperatura de su entorno». Se olvidó de una técnica: el *electroshock.* Inés Murillo, una presa de veinticuatro años que fue «interrogada» por Caballero y sus compañeros, dijo al *Times* que recibió numerosas descargas eléctricas y que «gritaba y gritaba y me desmayaba del *shock.* Los gritos sencillamente brotan de ti», afirmaba. «Olía a quemado y

me daba cuenta de que era mi piel, a causa de las descargas. Dijeron que me torturarían hasta que me volviera loca. No les creí. Pero entonces me abrieron las piernas y conectaron los electrodos a mis genitales».[44] Murillo también declaró que había alguien más en la estancia: un norteamericano que les pasaba las preguntas a sus interrogadores, y al que los demás llamaban «señor Mike».[45]

Las revelaciones publicadas en el periódico terminaron en una investigación en el Comité de Inteligencia del Senado, donde el director adjunto de la CIA, Richard Stolz, confirmó que «Caballero efectivamente asistió a un curso de explotación de recursos humanos de la CIA, también conocido como curso de interrogación».[46] *The Baltimore Sun* interpuso una solicitud de información al amparo de la Freedom of Information Act para obtener el material del curso utilizado para entrenar a gente como Caballero. Durante mucho tiempo la CIA se negó a entregarlo. Finalmente, bajo amenaza de una demanda, y nueve años después de la publicación del artículo, la CIA hizo público un manual titulado *Kubark Counterintelligence Information.* Según *The New York Times,* «Kubark» es un criptograma codificado. *Ku,* una sílaba al azar y *bark* es el nombre secreto de la agencia en aquellos tiempos. Informes más recientes han especulado con la posibilidad de que *ku* se refiera a un país en concreto, o una operación encubierta o clandestina determinada.[47] El texto era un manual secreto de 128 páginas de extensión acerca de las técnicas de «interrogación de fuentes no colaboradoras», que se nutre principalmente de la investigación encargada por MKUltra. Se adivina la huella de los experimentos de Ewen Cameron y Donald Hebb sobre privación sensorial en todo el documento. Los métodos van desde la consabida privación sensorial hasta posiciones de estrés, capuchas y técnicas para infligir dolor. (El manual advierte de entrada que muchas de estas tácticas son ilegales e indica a los interrogadores que deben obtener «la aprobación previa de sus cuarteles generales [...] en los casos siguientes: 1) Si va a

infligirse un daño físico. 2) Si se van a emplear métodos o materiales médicos, químicos o *eléctricos* para obtener la obediencia del sujeto.»)[48]

El manual está fechado en 1963, el último año de funcionamiento del programa MKUltra y dos años después de que la CIA dejara de financiar los experimentos de Cameron. El texto afirma que si las técnicas se utilizan debidamente, «destruirán la capacidad de resistencia» de una fuente no colaboradora. Este es, en definitiva, el verdadero propósito de MKUltra: más allá de la investigación acerca de los lavados de cerebro (que sólo era un proyecto colateral), el objetivo era diseñar un sistema basado en premisas científicas para extraer información de las «fuentes no colaboradoras».[49] En otras palabras, tortura.

En la primera página del manual, se puede leer que los métodos de interrogación descritos están basados en «amplias investigaciones, incluyendo pruebas clínicas llevadas a cabo por especialistas en campos relacionados». Representa una nueva era de tortura precisa y refinada. Nada que ver con el tormento sangriento e inexacto que había sido estándar desde la Santa Inquisición. A modo de prefacio, el manual insiste: «El servicio secreto de inteligencia que es capaz de aportar conocimientos pertinentes y modernos que arrojen luz sobre los problemas de nuestro tiempo goza de una increíble ventaja, y va muy por delante del servicio de información que lleva a cabo sus operaciones encubiertas con estrategias propias del siglo pasado. [...] Ya no es posible hablar seriamente de los métodos de interrogación sin hacer referencia a la investigación psicológica que se ha llevado a cabo durante la última década».[50] Sigue un completo manual paso a paso sobre cómo desmantelar la personalidad de un ser humano.

El libro también incluye una extensa sección sobre privación sensorial que habla de «una serie de experimentos llevados a cabo en la Universidad McGill».[51] Describe cómo deben construirse las celdas de aislamiento y señala que «la

privación de estímulos sensoriales induce un estado de regresión en el sujeto, pues impide que su mente esté en contacto con el mundo exterior, forzándole a introvertirse. Al mismo tiempo, un suministro calculado de estímulos durante la interrogación hace que el sujeto vea al interrogador como a una figura paterna durante su estado de regresión».[52] La Freedom of Information Act que amparó la petición del *Baltimore Sun* también descubrió una versión actualizada del manual, publicada por primera vez en 1983, para ser utilizada en Latinoamérica. «La ventana de la celda debe situarse en un punto elevado de la pared, con posibilidad de bloquear la luz», afirma.*[53]

<!--[if !supportLists]-->* <!--[endif]-->La versión de 1983 está claramente diseñada para dar una clase, pues cuenta con cuestionarios de preguntas y respuestas para autoevaluación. También contiene amigables recordatorios: «Recuerda siempre que debes empezar cada sesión con baterías nuevas».

Precisamente lo que Hebb temió: que se utilizaran sus experimentos en privación sensorial como «técnicas de interrogación de tremendo alcance». Pero fue la labor de Cameron, y su receta para romper la «imagen tiempo-espacio», lo que conforma el espíritu de la fórmula *Kubark.* El manual describe varias de las técnicas desarrolladas para romper la pauta de conducta de los pacientes en un sótano del Alian Memorial Institute: «El principio es que las sesiones deberían planificarse con el fin de erradicar la noción de orden cronológico del sujeto. [...] Algunos de los interrogados pueden volver a un estado de regresión si se realiza una manipulación persistente del tiempo, retrasando o adelantando los relojes y llevando la comida a horas desacostumbradas, diez minutos antes o después de la última ingesta. El día y la noche se mezclan y se confunden».[54]

Lo que fascinó a los autores de *Kubark,* más que las técnicas individuales, fue el enfoque de Cameron en la regresión, la idea de que al privar a una persona de la

noción de quién es y dónde está, en el tiempo y el espacio, los adultos vuelven a ser niños indefensos, dependientes de otros, cuyas mentes son tablas rasas abiertas a la sugestión. Una y otra vez, el autor o autores del texto se recrea en esa idea: «Todas las técnicas utilizadas para quebrar la obstinación de un prisionero, el espectro completo que va desde el simple aislamiento hasta la hipnosis y los narcóticos, son esencialmente métodos para agilizar el proceso de regresión. A medida que el interrogado se desliza hacia un estado de infantilismo, su personalidad adquirida o estructurada se derrumba». En ese instante, el prisionero se sumerge en un estado de «*shock* psicológico» o «animación suspendida» del que ya hemos hablado. Es el dulce momento del interrogador, cuando «la fuente está lista para la sugestión y abierta a la cooperación».[55]

Alfred W. McCoy, un historiador de la Universidad de Wisconsin que ha documentado la evolución de las técnicas de tortura desde la Inquisición hasta nuestros días en su libro *A Question of Torture: CIA Interrogation from the Cold War to the War on Terror,* describe las instrucciones del manual *Kubark* para la privación sensorial y la sobrecarga sensorial subsiguiente como «la primera revolución real en la cruel ciencia del dolor que ha habido en más de tres siglos».[36] Según McCoy, esa revolución no habría tenido lugar sin los experimentos McGill en los años cincuenta. «Prescindiendo de sus extravagantes excesos, los experimentos del doctor Cameron, que bebían de las investigaciones pioneras del doctor Hebb, sentaron las bases del método de tortura psicológica en dos fases diseñado por la CIA.»[57]

En todos los territorios donde el método *Kubark* se ha enseñado surgen los mismos modelos de comportamiento, diseñados para inducir, profundizar y mantener el estado de *shock* en el prisionero. A los prisioneros se los captura de la forma más desorientadora y confusa posible, a última hora de la noche o en veloces operaciones al amanecer, tal

y como indica el manual. Inmediatamente se les pone una capucha o les ponen un trapo encima de los ojos. Les desnudan y reciben una paliza. Luego son sometidos a algún tipo de privación sensorial. Y desde Guatemala a Honduras, de Vietnam a Irán, desde las Filipinas a Chile, el empleo de las descargas eléctricas es omnipresente.

Por supuesto, no todo responde a la influencia de Cameron o del programa MKUltra. La tortura siempre funciona como una improvisación, una combinación de la técnica aprendida y del instinto humano para la brutalidad que se desata siempre que reina la impunidad. A mediados de los años cincuenta, los soldados franceses empleaban el *electroshock* de forma rutinaria en Argelia contra los rebeldes, en sesiones en las que a menudo les acompañaban psiquiatras.[58] Durante esa época, algunos jefes militares franceses impartieron seminarios en una escuela militar de Estados Unidos especializada en la «contrainsurgencia», situada en Fort Bragg, en Carolina del Norte. Allí entrenaron a los estudiantes, compartiendo las técnicas utilizadas en Argelia.[59] Sin embargo, también está claro que el especial modelo de Cameron, que combinaba dosis masivas de *shock,* no solamente con el fin de provocar dolor, sino específicamente para eliminar la personalidad del detenido, causó una honda impresión en la CIA. En 1966, la agencia envió a tres psiquiatras a Saigón, armados con una máquina Page-Russell. Fue empleada tan agresivamente que varios prisioneros murieron durante los interrogatorios. Según McCoy, «de hecho estaban comprobando, bajo condiciones reales, si las técnicas de modificación de conducta de Ewen Cameron desarrolladas en McGill podían alterar el comportamiento humano de veras».[60]

Para los oficiales de inteligencia estadounidenses, ese enfoque práctico no era lo habitual. Desde los años setenta, el papel de los agentes norteamericanos era el de mentor o entrenador, no el de interrogador directo. Los testimonios de los supervivientes de la tortura en Centroamérica de los

años setenta y ochenta están plagados de referencias a misteriosos hombres que hablaban inglés y entraban y salían de las celdas, proponiendo preguntas u ofreciendo consejos. Dianna Ortiz, una monja norteamericana que fue secuestrada y encarcelada en Guatemala en 1989, ha testificado que los hombres que la violaron y la quemaron con cigarrillos se dirigían a otro hombre que hablaba español con un fuerte acento americano, y se referían a él como su «jefe».[61] Jennifer Harbury, cuyo marido fue torturado y asesinado por un oficial guatemalteco a sueldo de la CIA, ha realizado una importante labor de documentación en su libro *Truth, Torture and the American Way.*[62]

Aunque Washington y sus sucesivas administraciones aprobaban estas operaciones, el papel de los Estados Unidos en las guerras sucias tenía que ser encubierto, por razones obvias. La tortura, ya sea física o psicológica, viola claramente la Convención de Ginebra, que prohíbe «cualquier forma de tortura o de crueldad», así como el propio Código de Justicia Militar del ejército de los Estados Unidos afirma que no deben realizarse actos de «crueldad» u «opresión» contra los presos.[63] El manual *Kubark* advierte a los lectores en la página 2 que sus técnicas comportan la posibilidad de «posteriores demandas judiciales», y la versión de 1983 es aún más directa: «El uso de la fuerza, tortura mental, amenazas, insultos o la exposición a un trato desagradable o inhumano bajo cualquiera de sus formas, como apoyo a una labor de interrogación, están prohibidos por la ley, tanto internacional como nacional».[64] Sencillamente, lo que enseñaban era ilegal y debía permanecer en secreto por su naturaleza. Si alguien preguntaba, los agentes estadounidenses estaban supervisando el aprendizaje de sus estudiantes de países en vías de desarrollo. ¿La materia? Técnicas avanzadas de interrogación policial. Ellos no eran responsables de los «excesos» que se producían fuera del horario escolar.

El 11 de septiembre de 2001, ese sempiterno esfuerzo por

negar plausiblemente la realidad se esfumó. El ataque terrorista contra las Torres Gemelas y el Pentágono era un *shock* distinto de los que habían imaginado los autores de *Kubark,* pero sus efectos fueron notablemente similares: profunda desorientación, miedo y ansiedad agudas, y una regresión colectiva. Como el interrogador que adopta la «figura paterna», la administración Bush se apresuró a jugar con ese miedo para desempeñar el papel del padre protector, dispuesto a defender «la patria» y su pueblo vulnerable por todos los medios que fueran necesarios. El cambio en la política de Estados Unidos, que se resume en la desgraciadamente conocida declaración del vicepresidente Dick Cheney acerca de trabajar «el lado oscuro», no significó que esta administración abrazara tácticas que habrían repelido a sus antecesores, más compasivos y humanos (como demasiados demócratas han afirmado, invocando lo que el historiador Garry Wills llama el especial mito americano de la «pureza original»).[65] Más bien, la revolución es que anteriormente estas operaciones se llevaban a cabo a distancia suficiente como para negar todo conocimiento de las mismas. Ahora, se realizarían directamente y la administración las defendería abiertamente.

A pesar de todo el debate acerca de la tortura «privatizada», en manos de proveedores externos, la verdadera innovación de la administración Bush es que la ha internalizado, torturando a prisioneros en instalaciones estadounidenses, con sesiones de tortura dirigidas o gestionadas por norteamericanos. Los presos llegan a las instalaciones mediante «extraditaciones extraordinarias» desde terceros países, transportados por aviones norteamericanos. Ésa es la diferencia del régimen de Bush: después de los ataques del 11 de septiembre, se atrevió a pedir el derecho a torturar sin vergüenza alguna. Eso ponía a la administración en una posición delicada, pues podía ser objeto de una investigación criminal, problema que soslayó cambiando la legislación. La cadena de acontecimientos es de todos conocida: el entonces secretario de Defensa,

Donald Rumsfeld, siguiendo órdenes de George W. Bush, decretó que los presos capturados en Afganistán no entraban en el marco de la Convención de Ginebra porque eran «combatientes enemigos», no prisioneros de guerra, un punto de vista corroborado por la Oficina Legal de la Casa Blanca y su director, Alberto Gonzales (más tarde ascendido a fiscal general del Estado).[66] Luego, Rumsfeld aprobó una serie de técnicas de interrogación especiales para la guerra contra el terror. Incluían los métodos descritos por los manuales de la CIA: «celdas de aislamiento durante un máximo de treinta días; privación sensorial de luz y estímulos auditivos»; «puede cubrirse la cabeza del detenido con una capucha durante su desplazamiento e interrogatorio»; «permiso para retirarle la ropa» y «explotar las fobias individuales de los detenidos (como el miedo a los perros) para causarle estrés».[67] Según la Casa Blanca, la tortura seguía estando prohibida, pero para que ahora se considerase tortura, el dolor infligido debía ser «equivalente en intensidad al dolor que provoca una herida física de gravedad, como un fallo o insuficiencia de los órganos».*[68] Según estas nuevas regulaciones, el gobierno estadounidense era libre de emplear los métodos desarrollados durante los años cincuenta en innumerables operaciones encubiertas, secretismos y desmentidos, sólo que ahora podía utilizarlas a plena luz del día, sin miedo a la persecución legal. Así, en febrero de 2006, el Comité de Inteligencia Científica, un brazo consultor de la CIA, publicó un informe escrito por un veterano interrogador del Departamento de Defensa. Declaraba abiertamente que era imprescindible una «cuidadosa lectura del manual *Kubark* para cualquier participante en un interrogatorio».[69]

<!--[if !supportLists]-->* <!--[endif]-->Presionada por los legisladores del Congreso y del Senado, así como por el Tribunal Supremo, la administración Bush se vio obligada a moderar ligeramente su postura cuando el Congreso aprobó la Ley de Comisiones Militares en el año 2006. Pero aunque la Casa Blanca utilizó la nueva ley para argumentar que había abandonado la práctica

de la tortura, en realidad existían numerosos vacíos legales que permitían a la CIA y otros agentes privados el uso de las técnicas *Kubark* de privación sensorial y sobrecarga mental, así como otras técnicas «creativas» que incluían la escenificación y simulación del ahogamiento del detenido *(«water-boarding»).* Antes de firmar la ley, Bush incluyó una «declaración de firmado» estableciendo su derecho a «interpretar el sentido y la aplicación de la Convención de Ginebra» según su criterio. *The New York Times* describió este documento como «la reescritura unilateral de más de doscientos años de tradición legislativa y Derecho».

Una de las primeras personas que tuvo que hacer frente a este nuevo orden fue el ciudadano estadounidense, y antiguo miembro de una pandilla urbana, José Padilla. Fue arrestado en mayo de 2002 en el aeropuerto O'Hare de Chicago, acusado de intentar construir una «bomba sucia». En lugar de presentar cargos y procesarle por los cauces que ofrecía el sistema legal, Padilla fue considerado combatiente enemigo, lo que le privó de todos sus derechos. Le transportaron hasta una prisión de la Armada en Charleston, en Carolina del Sur. Padilla afirma que le inyectaron una droga, que cree pudiera ser LSD o PCP, y le sometieron a una intensa sesión de privaciones sensoriales: la celda era estrecha y las ventanas estaban tapadas para no dejar pasar la luz. No le permitían acceder a relojes o calendarios. Sólo salía de su celda con cadenas, los ojos vendados y cascos para impedir la percepción cíe cualquier sonido. Padilla pasó 1.307 días en esas condiciones, sin acceso a ningún contacto humano excepto el de sus interrogadores. Durante las sesiones de interrogación, éstos bombardeaban los abotargados sentidos de Padilla con una descarga de luces y sonidos martilleantes.[70]

Padilla por fin recibió la oportunidad de presentarse frente a un tribunal en diciembre de 2006, aunque las acusaciones relativas a la bomba sucia, por las cuales le habían arrestado, no prosperaron. Le acusaron de mantener

contacto con terroristas, pero apenas pudo defenderse. Según el testimonio de los expertos, las técnicas de regresión modeladas por Cameron habían tenido un rotundo éxito, y habían destruido el adulto en él, precisamente el objetivo para el que fueron diseñadas. «La tortura intensiva que ha sufrido el señor Padilla le ha dañado física y mentalmente», afirmó su abogado. «El trato del gobierno hacia el señor Padilla le ha privado de su ser personal, de su más íntima identidad.» Un psiquiatra que lo entrevistó llegó a la conclusión de que «el acusado carece de la capacidad de colaborar en su propia defensa».[71] Sin embargo, el juez del tribunal, nombrado por la administración Bush, insistió en que Padilla estaba capacitado para someterse a juicio. El hecho de que se llevara a cabo ese juicio, en público, convierte al caso Padilla en algo extraordinario. Miles de prisioneros detenidos en prisiones a cargo del gobierno estadounidense —y que a diferencia de Padilla no eran ciudadanos norteamericanos— han sufrido el mismo régimen de tortura, sin la posibilidad de un juicio público en los tribunales civiles.

Muchos languidecen en Guantánamo. Mamduh Habib, un australiano encarcelado allí, declara que «Guantánamo es un experimento [...] y el lavado de cerebro es el objetivo de ese experimento».[72] Ciertamente, de los testimonios, informes y fotografías que se han filtrado de Guantánamo, se desprende la sensación de que el Allan Memorial Institute de los años cincuenta se ha teletransportado a Cuba. Al ingresar en la cárcel, se les coloca una capucha a los detenidos, anteojos oscuros y pesados cascos que les privan de escuchar sonidos, ver imágenes o conservar nociones espacio-temporales. Les dejan aislados en sus celdas durante meses, y sólo salen para recibir un bombardeo de ruidos, como ladridos de perros, luces centelleantes y grabaciones sin pausa de bebés llorando, música a toda potencia y maullidos de gatos.

Para muchos prisioneros, los efectos de estas técnicas han sido los mismos que se obtenían en el Allan en los años

cincuenta: una regresión total y absoluta. Un detenido liberado, ciudadano británico, les dijo a sus abogados que toda una sección del centro, el Bloque Delta, está reservada para «al menos unos cincuenta» detenidos que han caído en un estado de alucinación permanente.[73] Una carta desclasificada del FBI al Pentágono describe a un prisionero de alto valor estratégico que fue «sometido a aislamiento intenso durante más de tres meses» y que «empezaba a dar muestras de un comportamiento propio del trauma psicológico agudo (habla con gente imaginaria, afirma haber oído voces, y se encorva en la celda cubriéndose con la sábana durante horas y horas)».[74] James Yee, un clérigo musulmán retirado del ejército que trabajaba en Guantánamo, ha descrito a los prisioneros del Bloque Delta, afirmando que presentaban los síntomas clásicos de la regresión extrema. «Me detenía a hablar con ellos, y me respondían con voces infantiles, soltando una sarta de incoherencias. Muchos de ellos canturreaban canciones de cuna, chillando incluso, repitiendo las estrofas una y otra vez. Otros se erguían sobre la cama metálica y se comportaban como niños. Me recordaban al Rey de la Montaña, juego con el que solía pasar el rato con mis hermanos cuando éramos pequeños.» La situación empeoró notablemente en enero de 2007, cuando 165 prisioneros fueron trasladados a una nueva ala del centro, conocida como Campamento Seis, donde las celdas de aislamiento de acero no permitían ningún contacto humano. Sabin Willett, abogado que representa a varios prisioneros de Guantánamo, advirtió que si la situación seguía así, «terminarán gestionando un asilo de lunáticos».[75]

Los grupos en pro de los derechos humanos señalan que Guantánamo, a pesar de lo horrible que pueda parecer, es en realidad uno de los centros de interrogación gestionados por Estados Unidos y fuera del marco jurídico más flexible y abierto a investigación. Admiten una relativa labor de control por parte de la Cruz Roja y los abogados. Por todo el mundo, un número indeterminado de prisioneros han desaparecido en la red de «puntos negros» que constituyen

las prisiones estadounidenses situadas y controladas en territorio extranjero, o bien se los ha tragado la tierra durante los procesos de extradición. Los pocos que han sobrevivido a esa pesadilla afirman haber sufrido todo el arsenal de las tácticas de choque Cameron.

El clérigo italiano Hasan Mustafá Osama Nasr fue secuestrado en las calles de Milán por un grupo de operativos de la CIA y de la policía secreta italiana. «No tenía ni idea de lo que sucedía», escribió más tarde. «Empezaron a darme golpes en el estómago y por todo el cuerpo. Me envolvieron la cabeza con cinta adhesiva, y cortaron aberturas en la boca y la nariz para que pudiera respirar». Le llevaron a Egipto, donde vivió en una celda sin luz, con «cucarachas y ratas arrastrándose por mi cuerpo» durante catorce meses. Nasr permaneció encarcelado en Egipto hasta febrero de 2007, pero logró sacar al exterior una carta de once páginas escrita a mano en donde detallaba los abusos que sufría.[76]

Escribió que le sometieron repetidas veces a *electroshocks.* Según un artículo de *The Washington Post,* «le ataban a una plancha de hierro conocida como "La novia" y le conectaban electrodos al cuerpo. La estructura reposaba sobre un colchón mojado en el suelo. Mientras un interrogador se sentaba en una silla de madera que descansaba en los hombros del prisionero, otro apretaba un botón y enviaba descargas eléctricas que recorrían los muelles del colchón y la plancha».[77] También le aplicaron descargas en los testículos, según denunció Amnistía Internacional.[78]

Hay motivos para creer que el uso de torturas con descargas eléctricas en prisioneros del gobierno estadounidense no es un caso aislado, hecho que suele soslayarse en casi todos los debates que tratan de dirimir si Estados Unidos está practicando tortura o si es mera «creatividad interrogadora». Jumah al-Dossari, un prisionero de Guantánamo que ha intentado suicidarse más de una docena de veces, le dijo a su abogado que durante

su detención en Kandahar, bajo custodia norteamericana, «el interrogador trajo un aparato parecido a un teléfono móvil, que en realidad generaba descargas eléctricas. Empezó a aplicármelo en cara, espalda, miembros y genitales».[79] Y Murat Kurnaz, originario de Alemania, tuvo que pasar por situaciones parecidas en otra prisión en Kandahar, también bajo control estadounidense. «Fue al principio, así que no había prácticamente ninguna regla. Tenían derecho a hacerte de todo. Solían darnos palizas regularmente. Utilizaron descargas eléctricas. También me hundían la cabeza en el agua durante las sesiones».[80]

EL FRACASO DE LA RECONSTRUCCIÓN

Al final de nuestra primera entrevista, le pedí a Gail Kastner que me hablara un poco más de sus «sueños eléctricos». Me dijo que a menudo sueña con filas de pacientes entrando y saliendo de un estado onírico inducido por las drogas. «Oigo los gemidos, los gritos, los gruñidos, voces diciendo "no, no, no". Recuerdo cómo era despertarse en esa habitación. Cubierta de sudor, mareada, las náuseas, los vómitos. Y esa extraña sensación en mi cabeza. Como si tuviera una masa amorfa en su lugar». Mientras hablaba, Gail parecía estar muy lejos, hundida en su sillón azul, sus palabras casi sin aliento. Entrecerró los párpados, y pude ver sus ojos moviéndose con rapidez. Se puso la mano en la sien derecha y dijo con una voz cargada y soñolienta: «Tengo *un flashback.* Tiene que distraerme. Cuénteme cómo está Irak. Dígame lo mal que va».

Me devané los sesos para recordar una historia apropiada para ese extraño momento y se me ocurrió algo relativamente inocente acerca de la vida en la Zona Verde. El rostro de Gail se relajó lentamente, y su respiración se hizo más pesada. De nuevo sus ojos azules me miraban fijamente.

—Gracias —dijo—. Era un *flashback.*

—Lo sé.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque usted me lo dijo.

Se inclinó y escribió algo en un pedazo de papel.

Después de dejar a Gail esa tarde, seguí reflexionando sobre lo que no le había contado cuando me pidió que le hablara de Irak. Lo que hubiera deseado decirle, pero no pude: que ella me recordaba a Irak. No podía evitar pensar en lo que le había sucedido a ella, una persona en estado de *shock,* y lo que había sucedido allí, un país en estado de *shock.* Estaban conectados, eran distintas manifestaciones de una misma y terrible lógica.

Las teorías de Cameron estaban basadas en la idea de que llevar a sus pacientes a un estado de regresión crearía las condiciones ideales para el «renacimiento» de ciudadanos de impecable comportamiento. No es ningún consuelo para Gail, que tendrá que vivir para siempre con su columna vertebral dañada y sus recuerdos quebrados, pero en sus escritos Cameron veía sus actos de destrucción como un proceso de creación, un regalo para sus desafortunados pacientes que bajo su cuidadosa labor de repautación, volverían a nacer de nuevo.

En este sentido Cameron fracasó espectacularmente. No importa el grado de regresión que alcanzaron sus pacientes: jamás llegaron a aceptar o absorber por completo los mensajes incansablemente grabados en las cintas. Aunque fue un genio en la destrucción de personalidades, fue incapaz de reconstruirlas. Un estudio de seguimiento llevado a cabo después de que Cameron dejara el Allan Memorial Institute determinó que el 75 % de sus pacientes había empeorado después de sus tratamientos. De los pacientes que desarrollaban una vida laboral normal antes de la hospitalización, más de la mitad fueron incapaces de retomar sus trabajos y otros muchos, como Gail, sufrieron una batería de dolencias físicas y mentales desconocidas. La «pautación psíquica» no

funcionó, ni siquiera un ápice, y finalmente el Allan Memorial Institute prohibió dichas prácticas.[81]

El problema, obvio visto en retrospectiva, fue la premisa en la que descansaba la teoría de Cameron: la idea de que antes de curar al enfermo, todo lo que existe en su mente debe eliminarse sin excepción. Cameron estaba seguro de que si borraba los hábitos, costumbres, pautas y recuerdos de sus pacientes, lograría algún día alcanzar el prístino estado mental de la tabla rasa. Pero a pesar de lo mucho que se esforzó, drogando, desorientando y aplicando tratamientos de choque a sus pacientes, jamás lo consiguió. Resultó ser verdad lo contrario: cuanto más insistía, más destrozaba a los sujetos de sus estudios. Sus mentes no estaban «limpias»; más bien quedaban en ruinas, su memoria fracturada y su confianza traicionada.

Los capitalistas del desastre comparten la misma incapacidad de distinguir entre destrucción y creación, entre dolor y recuperación. Es una idea que me asaltó con frecuencia durante mi estancia en Irak, cuando oteaba nerviosamente el paisaje herido en busca de la siguiente explosión. En tanto que fervientes creyentes en los poderes redentores del *shock,* los arquitectos de la invasión británico-estadounidense pensaron que el despliegue de fuerzas sería tan abrumador, tan deslumbrante incluso, que los iraquíes entrarían en una especie de animación suspendida, muy parecida a lo descrito por el manual *Kubark.* En esa ventana de oportunidad, los invasores introducirían un paquete de nuevas medidas de *shock* —esta vez, económicas— que crearían una democracia de libre mercado sobre la perfecta tabla rasa que constituiría el Irak posterior a la invasión.

Pero no hubo ninguna tabla rasa. Sólo escombros y gente furiosa y destrozada, que al resistirse a la invasión recibió aún más descargas, *shocks y* ataques, algunos de ellos basados en los experimentos que sufrió Gail Kastner tantos años atrás. «Somos muy buenos cuando se trata de romper las cosas. Pero el día que me pase más tiempo reconstru-

yéndolas en lugar de combatiendo, será un buen día», declaró el general Peter W. Chiarelli, comandante de la Primera División de Caballería en el ejército de los Estados Unidos, un año y medio después del final oficial de la guerra.[82] Ese día jamás llegó. Como Cameron, los doctores del *shock* en Irak son capaces de destrozar, pero no parece que sepan reconstruir nada.

Notas

1. Cyril J. C. Kennedy y David Anchel, «Regressive Electric-Shock in Schizophrenics Refractory to Other Shock Therapies», *Psychiatric Quarterly,* vol. 22, n° 2, abril de 1948, pág. 318.

2. Ugo Cerletti, «Electroshock Therapy», *Journal of Clinical and Experimental Psychopathology and Quarterly Review of Psychiatry and Neurology,* n° 15, septiembre de 1954, págs. 192-193.

3. Judy Foreman, «How CIA Stole Their Minds», *Boston Globe,* 30 de octubre de 1998; Stephen Bindman, «Brainwashing Victims to Get $100,000», *Gazette* (Montreal), 18 de noviembre de 1992.

4. Gordon Thomas, *Journey into Madness,* Nueva York, Bantam Books, 1989, pág. 148.

5. Harvey M. Weinstein, *Psychiatry and the CIA: Victims of Mind Control,* Washington, D.C., American Psychiatric Press, 1990, págs. 92 y 99.

6. D. Ewen Cameron, «Psychic Driving», *American Journal of Psychiatry,* vol. 112 n° 7, 1956, págs. 502-509.

7. D. Ewen Cameron y S. K. Pande, «Treatment of the Chronic Paranoid Schizophrenic Patient», *Canadian Medical Association Journal,* vol. 78, 15 de enero de 1958, pág. 95.

8. Aristóteles, «Sobre el alma, libro III», en Mortimer J. Adler (comp.), *Aristotle I, Great Books of the Western World,* vol. 8, trad. de W. D. Ross, Chicago, Encyclopaedia

Britannica, 1952, pág. 662.

9. Berton Rouché, «As Empty as Eve», *The New Yorker,* 9 de septiembre de 1974.

10. D. Ewen Cameron, «Production of Differential Amnesia as a Factor in the Treatment of Schizophrenia», *Comprehensive Psychiatry,* vol. 1, n° 1,1960, págs. 32-33.

11. D. Ewen Cameron, J. G. Lohrenz y K. A. Handcock, «The Depatterning Treatment of Schizophrenia», *Comprehensive Psychiatry,* 3, n° 2, 1962, pág. 67.

12. Cameron, «Psychic Driving», *op. cit.,* págs. 503-504.

13. Weinstein, *Psychiatry and the CIA, op. cit.,* pág. 120. Nota a pie de página: Thomas, *Journey into Madness,* pág. 129.

14. «CIA, Memorándum for the Record, Subject: Project ARTICHOKE», 31 de enero de 1975, .

15. Alfred W. McCoy, «Cruel Science: CIA Torture & Foreign Policy», *New England Journal of Public Policy,* vol. 19, n° 2, invierno de 2005, pág. 218.

16. Alfred W. McCoy, *A Question of Torture: CIA Interrogation, from the Cold War to the War on Terror,* Nueva York, Metropolitan Books, 2006, págs. 22 y 30.

17. Entre los que se encontraron tomando LSD sin saberlo durante este período de experimentación hubo prisioneros de guerra de Corea del Norte; un grupo de pacientes en un centro de tratamiento de adicción a las drogas en Lexington, Kentucky; varios miles de soldados estadounidenses en el arsenal químico Edgewood de Maryland, y los presos de la cárcel de Vacaville, en California. Ibídem, págs. 27 y 29.

18. «Una nota anónima encontrada en los archivos identifica al doctor Caryl Haskins y al comandante R. J. Williams como los representantes de la CIA en la reunión.»

David Vienneau, «Ottawa Paid for '50s Brainwashing Experiments, Files Show», *Toronto Star,* 14 de abril de 1986; «Minutes of June 1, 1951, Canada/US/UK Meeting Re: Communist "Brainwashing" Techniques during the Korean War», reunión en el hotel Ritz-Carlton, Montreal, 1 de junio de 1951, pág. 5.

19. D. O. Hebb, W. Heron y W. H. Bexton, *Annual Report,* contrato DRB X38, Estudios Experimentales de Actitud, 1953.

20. *Defense Research Board Report to Treasury Board,* 3 de agosto de 1954, desclasificado, pág. 2.

21. «Distribution of Proceedings of Fourth Symposium, Military Medicine, 1952», desclasificado.

22. Zuhair Kashmeri, «Data Show CIA Monitored Deprivation Experiments», *Globe and Mail* (Toronto), 18 de febrero de 1984.

23. Ibídem.

24. Hebb, Heron y Bexton, *Annual Reporl,* contrato DRB X38, págs. 1-2.

25. Juliet O'Neill, «Brain Washing Tests Assailed by Experts», *Globe and Mail* (Toronto), 27 de noviembre de 1986.

26. Thomas, *Journey into Madness, op. cit.,* pág. 103; John D. Marks, *The Search for the Manchurian Candiadate: The CIA and Mind Control,* Nueva York, Times Books, 1979, pág. 133.

27. R. J. Russell, L. G. M. Page y R. L. Jillett, «Intensified Electroconvulsant Therapy», *Lancet,* 5 de diciembre de 1953, pág. 1.178.

28. Cameron, Lohrenz y Handcock, «The Depatterning Treatment of Schizophrenia», *op. cit.,* pág. 68.

29. Cameron, «Psychic Driving», *op. cit.,* pág. 504.

30. Thomas, *Journey into Madness, op. cit.,* pág. 180.

31. D. Ewen Cameron y otros, «Sensory Deprivation: Effects upon the Functioning Human in Space Systems», en Bernard E. Flaherty (comp.), *Symposium on Psychophysiological Aspects of Space Flight,* Nueva York, Columbia University Press, 1961, pág. 231; Cameron, «Psychic Driving», *op. cit.,* pág. 504.

32. Marks, *The Search for the Manchurian Candidate, op. cit.,* pág. 138.

33. Cameron y Pande, «Treatment of the Chronic Paranoid Schizophrenic Patient», *op. cit.,* pág. 92.

34. Cameron, «Production of Differential Amnesia as a Factor in the Treatment of Schizophrenia», *op. cit.,* pág. 27.

35. Thomas, *Journey into Madness, op. cit.,* pág. 234.

36. Cameron y otros, «Sensory Deprivation», *op. cit.,* págs. 226 y 232.

37. Lawrence Weschler, *A Miracle, a Universe: Settling Accounts with Torturers,* Nueva York, Pantheon Books, 1990, pág. 125.

38. Entrevista publicada en la revista canadiense *Weekend,* citada en Thomas, *Journey into Madness,* pág. 169.

39. Cameron, «Psychic Driving», *op. cit.,* pág. 508.

40. Cameron cita a otro investigador, Norman Rosenzweig, para apoyar su tesis. Cameron y otros, «Sensory Deprivation», *op. cit.,* pág. 229.

41. Weinstein, *Psychiatry and the CIA, op. cit.,* pág. 222.

42. «Project MKUltra, The CIA's Program of Research in Behavioral Modification», *Joint Hearíngs Before the Select Committee on Intelligence and the Subcommittee on Health and Scientific Research of the Committee on Human*

Resources, Senado de Estados Unidos, 95° Congreso, 1ª sesión, 3 de agosto de 1977. Citado en Weinstein, *Psychiatry and the CIA,* pág. 178.

43. Ibídem, pág. 143.

44. James LeMoyne, «Testifying to Torture», *New York Times,* 5 de junio de 1988.

45. Jennifer Harbury, *Truth, Torture and the American Way: The History and Consequences of U.S. Involvement in Torture,* Boston, Beacon Press, 2005, pág. 87.

46. Comité Selecto del Senado sobre Inteligencia, «Transcript of Proceedings before the Select Committee on Intelligence: Honduran Interrogation Manual Hearing», 16 de junio de 1988 (caja 1: CIA Training Manuals; carpeta: Interrogation Manual Hearings. National Security Archives). Citado en McCoy, *A Question of Torture, op. cit.,* pág. 96

47. Tim Weiner, «Interrogation, C.I.A.-Style», *New York Times,* 9 de febrero de 1997; Steven M. Kleinman, «KUBARK Counterintelligence Interrogation Review: Observations of an Interrogator», febrero de 2006, en Intelligence Science Board, *Educing Information,* Washington, D.C., National Defense Intelligence College, diciembre de 2006, pág. 96.

48. Central Intelligence Agency, *Kubark Counterintelligence Interrogation,* julio 1963, págs. 1 y 8. El manual desclasificado íntegro está disponible en los Archivos de Seguridad Nacional, . La cursiva se ha añadido.

49. Ibídem, págs. 1 y 38.

50. Ibídem, págs. 1-2.

51. Ibídem, pág. 88.

52. Ibídem, pág. 90.

53. Central Intelligence Agency, *Human Resource Exploitation Training Manual-1983.* El manual desclasificado

íntegro está disponible en los Archivos de Seguridad Nacional, . Nota a pie de página: Ibídem.

54. Central Intelligence Agency, *Kubark Counterintelligence Interrogation,* julio de 1963, págs. 49-50, 76 -77.

55. Ibídem, págs. 41 y 66.

56. McCoy, *A Question of Torture,* pág. 8.

57. McCoy, «Cruel Science», pág. 220.

58. Frantz Fanón, *A Dying Colonialism,* trad. de Haakon Chevalier (1965), reimp. Nueva York, Grove Press, 1967, pág. 138.

59. Pierre Messmer, ministro de Defensa francés entre 1960 y 1968, dijo que los estadounidenses invitaron a los franceses a que formaran soldados estadounidenses. En respuesta, el general Paul Aussaresses, el más notorio e impenitente de los expertos franceses en torturas, fue a Fort Bragg e instruyó a los soldados estadounidenses en técnicas de «captura, interrogatorio y tortura». *Death Squadrons: The French School.* documental dirigido por Marie-Monique Robín (Idéale Audience, 2003).

60. McCoy, *A Question of Torture,* pág. 65.

61. Dianna Ortiz, *The Blindfold's Eyes,* Nueva York, Orbis Books, 2002, pág. 32.

62. Harbury, *Truth, Torture and the American Way, op. cit.*

63. Naciones Unidas, *Convención de Ginebra relativa al tratamiento de los prisioneros de guerra,* adoptada el 12 de agosto de 1949, ; *Uniform Code of Military Justice,* Subcapítulo 10: Artículos punitivos, sección 893, artículo 93, .

64. Central Intelligence Agency, *Kubark Counterintelligence Interrogation, op. cit..* pág. 2; Central Intelligence Agency, *Human Resource Exploitation Training Manual-1983,op. cit.*

65. Craig Gilbert, «War Will Be Stealthy», *Milwaukee Journal Sentinel,* 17 de septiembre de 2001; Garry Wills, *Reagan's America: Innocents at Home,* Nueva York, Doubleday, 1987, pág. 378.

66. Katharine Q. Seelye, «A Nation Challenged», *New York Times,* 29 de marzo de 2002; Alberto R. Gonzales, *Memorándum for the President,* 25 de enero de 2002, .

67. Jerald Phifer, «Subject: Request for Approval of Counter-Resistance Strategies», *Memorandum for Commander, Joint Task Force 170,* 11 de octubre de 2002, pág. 6. Desclasificado, .

68. Departamento de Justicia de Estados Unidos, Oficina del Asesor Legal, Oficina del Asistente del Fiscal General, *Memorandum for Alberto R. Gonzales, Counsel to the President,* 1 de agosto de 2002, . Nota a pie de página: «Military Commissions Act of 2006», subcapítulo VII, secc. 6, ; Alfred W. McCoy, «The U.S. Has a History of Using Torture», *History News Network,* George Mason University, 4 de diciembre de 2006, ; «The Imperial Presidency at Work», *New York Times,* 15 de enero de 2006.

69. Kleinman, «KUBARK Counterintelligence Interrogation Review», *op. cit.,* pág. 95.

70. Dan Eggen, «Padilla Case Raises Questions about Anti-Terror Tactics», *Washington Post,* 19 de noviembre de 2006.

71. Curt Anderson, «Lawyers Show Images of Padilla in Chains», The Associated Press, 4 de diciembre de 2006; John Grant, «Why Did They Torture José Padilla», *Philadelphia Daily News,* 12 de diciembre de 2006.

72. AAP, «US Handling of Hicks Poor: PM», *Sydney Morning Herald,* 6 de febrero de 2007.

73. Shafiq Rasul, Asif Iqbal y Rhuhel Ahmed, *Composite Statement: Detention in Afghanistan and Guantánamo Bay,* Nueva York, Center for Constitutional Rights, 26 de julio de

2004, pág. 95, .

74. Adam Zagorin y Michael Duffy, «Inside the Interrogation of Detainee 063», *Time,* 20 de junio de 2005.

75. James Yee y Aimee Molloy, *For God and Country: Faith and Patriotism under Pire,* Nueva York, Public Affairs, 2005, págs. 101-102; Tim Golden y Margot Williams, «Hunger Strike Breaks Out at Guantánamo», *New York Times,* 8 de abril de 2007.

76. Craig Whitlock, «In Letter, Radical Cleric Details CIA Abduction, Egyptian Torture», *Washington Post,* 10 de noviembre de 2006.

77. Ibídem.

78. Amnistía Internacional, «Italy, Abu Ornar: Italian Authorities Must Cooperate Fully with All Investigations», declaración pública, 16 de noviembre de 2006, amnesty.org>.

79. Jumah al-Dossari, «Days of Adverse Hardship in U.S. Detention Camps-Testimony of Guantánamo Detainee Jumah al-Dossari», Amnistía Internacional, 16 de diciembre de 2005.

80. Mark Landler y Souad Mekhennet, «Freed Germán Detainee Questions His Country's Role», *New York Times, 4* de noviembre de 2006.

81. A. E. Schwartzman y P. E. Termansen, «Intensive Electroconvulsive Therapy: A Follow-Up Study», *Canadian Psychiatric Association Journal,* vol. 12, n°2,1967, pág. 217.

82. Erik Eckholm, «Winning Hearts of Iraqis with a Sewage Pipeline», *New York Times,* 5 de septiembre de 2004.

Capítulo 2

EL OTRO DOCTOR SHOCK

Milton Friedman y la búsqueda de un laboratorio de *laissez-faire*

> *Los tecnócratas económicos podrán estructurar una reforma fiscal aquí, una nueva ley de seguridad social por allá o un régimen modificado de cambio de divisas en alguna otra parte, pero en realidad nunca podrán permitirse el lujo de una tabla rasa sobre la que construir, en su máximo esplendor, el marco completo de sus políticas económicas favoritas.*

ARNOLD HARBERGER, profesor de económicas de la Universidad de Chicago, 1998[1]

Hay pocos ambientes académicos envueltos en un aura más mítica que la Facultad de Economía de la Universidad de Chicago en la década de 1950, un lugar que era intensamente consciente de sí mismo no sólo como escuela sino como escuela de pensamiento. No se limitaba a preparar estudiantes, sino que construía y fortalecía la Escuela de Chicago de economía, la creación de una agrupación de académicos conservadores cuyas ideas representaban un baluarte revolucionario contra el pensamiento «estatista» dominante entonces. No se pasaba a través de las puertas del Edificio de Ciencias Sociales, bajo un cartel que decía «La ciencia es medida» ni se entraba en el legendario comedor, donde los estudiantes ponían a prueba su fuste intelectual atreviéndose a desafiar a sus titánicos profesores, para conseguir algo tan prosaico como una licenciatura. Se pasaban esas puertas para alistarse e ir a la guerra. Como dijo Gary Becker, economista conservador ganador del Premio Nobel, «éramos guerreros que combatíamos con la mayor parte del resto del gremio».[2]

Igual que el departamento psiquiátrico de Ewen Cameron en McGill durante ese mismo periodo, la Facultad de Economía de la Universidad de Chicago estaba subyugada por un hombre ambicioso y carismático embarcado en una

cruzada para revolucionar por completo su profesión. Ese hombre era Milton Friedman. Aunque tenía muchos mentores y colegas que creían igual de firmemente que él en el *laissez-faire* más radical, fue el impulso de Friedman lo que aportó a la escuela su fervor revolucionario. «La gente siempre me preguntaba: "¿Por qué estás tan nervioso? ¿Tienes una cita con una mujer guapa?"», recuerda Becker. «Yo decía: "No, ¡voy a una clase de economía!". Ser un estudiante con Milton era verdaderamente mágico».[3]

La misión de Friedman, como la de Cameron, se basaba en el sueño de regresar a un estado de salud «natural» donde todo estaba en equilibrio, antes de que las interferencias humanas crearan patrones de distorsión. Si Cameron soñaba con devolver la mente humana a ese estado puro, Friedman soñaba con eliminar los patrones de las sociedades y devolverlas a un estado de capitalismo puro, purificado de toda interrupción como pudieran ser las regulaciones del gobierno, las barreras arancelarias o los intereses de ciertos grupos. También al igual que Cameron, Friedman creía que cuando la economía estaba muy distorsionada, la única manera de alcanzar el estado previo era infligir deliberadamente dolorosos *shocks:* sólo una «medicina amarga» podía borrar todas esas distorsiones y pautas perjudiciales. Cameron usaba electricidad para provocar sus *shocks;* la herramienta que escogió Friedman fue la política, exigiendo que políticos atrevidos de países en dificultades adoptaran la perspectiva del tratamiento de *shock.* A diferencia de Cameron, sin embargo, quien podía aplicar de forma instantánea sus teorías sobre sus pacientes desprevenidos, Friedman necesitaría dos décadas y varios giros y evoluciones de la historia antes de disfrutar de la oportunidad de poner en práctica en el mundo real sus sueños de creación y limpieza radical.

Frank Knight, uno de los fundadores de la Escuela de Chicago, creía que los profesores debían «inculcar» en sus alumnos la creencia de que cada teoría económica es «una

característica sagrada del sistema», no una hipótesis sometida a debate.[4] El núcleo de buena parte de la doctrina de Chicago era que las fuerzas económicas de la oferta, demanda, inflación y desempleo eran como las fuerzas de la naturaleza, fijas e inmutables. En el auténtico libre mercado imaginado en las clases y en los textos de Chicago, estas fuerzas coexistían en perfecto equilibrio, la oferta reaccionando con la demanda de la misma forma que la luna empuja las mareas. Si las economías sufrían de una alta tasa de inflación era invariablemente porque, según la estricta teoría del monetarismo de Friedman, políticos mal aconsejados habían permitido que entrase demasiado dinero en el sistema en lugar de dejar que el mercado alcanzase el equilibrio por sí solo. Del mismo modo que se autorregulan los ecosistemas, manteniéndose en equilibrio, el mercado, si se le dejaba a su libre albedrío, crearía el número preciso de productos a los precios exactamente adecuados, producidos por trabajadores con sueldos exactamente adecuados para comprar esos productos: un edén de pleno empleo, creatividad sin límites e inflación cero.

Según el sociólogo de Harvard Daniel Bell, este amor por un sistema ideal es el rasgo definitorio de la economía radical del libre mercado. El capitalismo se considera «un precioso conjunto de movimientos» o «una maquinaria celestial [...] una obra de arte tan perfecta que uno le lleva a pensar en los célebres cuadros de Apeles, que pintó un racimo de uvas tan realista que los pájaros se acercaban a comérselas».[5]

El desafío para Friedman y sus colegas era cómo demostrar que un mercado del mundo real podía estar a la altura de sus fantasías perfectas. Friedman siempre se enorgulleció de acercarse a la economía con el mismo rigor con el que un físico o un químico se acercan a sus disciplinas. Pero los científicos del mundo físico recurrían a las reacciones de los elementos para probar sus teorías. Friedman no podía recurrir a ninguna economía real que demostrase que si se

eliminaban todas las «distorsiones» lo que quedaba era una sociedad de la abundancia con perfecta salud, pues ningún país del mundo reunía los criterios necesarios para ser considerado un ejemplo del perfecto *laissez-faire.* Como no podía demostrar sus teorías en los bancos centrales o ministerios de Comercio, Friedman y sus colegas tuvieron que contentarse con elaborar ingeniosas ecuaciones matemáticas y modelos computerizados en los talleres de los sótanos del Edificio de Ciencias Sociales.

Friedman había llegado a la economía seducido por su amor hacia los números y los sistemas. En su autobiografía dice que su momento de epifanía llegó cuando un profesor de geometría de su instituto escribió el teorema de Pitágoras en la pizarra y entonces, sobrecogido por su elegancia, citó un fragmento de la «Oda a una urna griega» de John Keats: «"La belleza es la verdad, la verdad, belleza", eso es todo / lo que sabes en la Tierra y todo lo que necesitas saber».[6] Friedman transmitió ese mismo éxtasis de amor por un sistema elegante y onmicomprensivo a generaciones de economistas, junto con un deseo de simplicidad, elegancia y rigor.

Como todas las fes fundamentalistas, la economía de la Escuela de Chicago es, para los verdaderos creyentes, un sistema cerrado. La premisa inicial es que el libre mercado es un sistema científico perfecto, un sistema en el que los individuos, siguiendo sus propios intereses, crean el máximo beneficio para todos. Se sigue ineluctablemente que si algo no funciona en una economía de libre mercado —alta inflación o desempleo— tiene que ser porque el mercado no es auténticamente libre. Tiene que haber alguna intromisión, alguna distorsión del sistema. La solución de Chicago es siempre la misma: aplicar de forma más estricta y completa los fundamentos del libre mercado.

Cuando Friedman murió, en 2006, los escritores de las necrológicas se esforzaron por resumir la magnitud de su legado. Uno de ellos escribió lo siguiente: «El mantra de Milton relativo al libre mercado, libertad de precios, libertad

de los consumidores y libertad económica es el responsable de la prosperidad global que disfrutamos hoy en día».[7] Es parcialmente cierto. La naturaleza de la prosperidad global —quién se beneficia de ella y quién no, de dónde surge— es un tema todavía abierto a debate, por supuesto. Lo que es irrefutable es el hecho de que el manual de reglas de libre mercado de Friedman y sus astutas estrategias para imponerlo han hecho que algunas personas prosperen extraordinariamente y les ha conseguido algo muy cercano a la libertad completa: ignorar las fronteras nacionales, evitar leyes y tasación y amasar nueva riqueza.

Este don de tener ideas altamente rentables parece hundir sus raíces en la infancia de Friedman. Sus padres fueron inmigrantes húngaros que compraron una empresa textil en Rahway, Nueva Jersey. El apartamento de la familia estaba en el mismo edificio que la fábrica que, escribió Friedman, «hoy se consideraría una fábrica en la que se explotaba a los obreros».[8] Aquéllos eran tiempos difíciles para los patronos de fábricas que explotaban a los obreros, con marxistas y anarquistas organizando a los trabajadores inmigrantes en sindicatos que exigían medidas de seguridad y fines de semana libres y que debatían la teoría de la propiedad obrera de los medios de producción en reuniones al finalizar sus turnos de trabajo. Como hijo del jefe, Friedman sin duda recibió un punto de vista muy distinto sobre estos debates. Al final, la fábrica de su padre quebró, pero en sus clases y apariciones televisivas, Friedman habló a menudo de ella, invocándola como un ejemplo de los beneficios del capitalismo sin regulaciones, una prueba de que incluso los peores y menos reglamentados trabajos ofrecen una forma de subir el primer peldaño en la escalera hacia la libertad y la prosperidad.

Buena parte del atractivo de la economía de la Escuela de Chicago era que, en unos tiempos en que las ideas de la izquierda radical sobre el poder de los trabajadores ganaban fuerza en todo el mundo, ofrecía una forma de defender los intereses de los propietarios que era igual de

radical y estaba imbuida de su propia forma de idealismo. En palabras del propio Friedman, sus ideas no consistían en defender el derecho de los propietarios de fábricas a pagar salarios bajos, sino, más bien, consistían en una búsqueda de la forma más pura posible de «democracia participativa», puesto que en el libre mercado «todo hombre puede votar, por así decirlo, por el color de corbata que prefiere».[9] Donde los izquierdistas prometían liberar a los trabajadores de sus jefes, a los ciudadanos de la dictadura y a los países del colonialismo, Friedman prometía «libertad individual», un proyecto que elevaba a cada ciudadano individual por encima de cualquier actividad colectiva y les liberaba para expresar su libre albedrío a través de sus elecciones como consumidores. «Lo que resulta particularmente emocionante eran las mismas cualidades que hicieron el marxismo tan atractivo para muchos otros jóvenes de aquellos tiempos», recuerda el economista Don Patinkin, que estudió en Chicago en los años cuarenta, «simplicidad unida a una aparente completitud lógica; idealismo combinado con radicalismo».[10] Los marxistas tenían su utopía trabajadora, y los de Chicago tenían su utopía de los emprendedores, y ambos afirmaban que si se salían con la suya, se llegaría a la perfección y al equilibrio.

La cuestión, como siempre, era cómo conseguir llegar a ese lugar maravilloso desde aquí. Los marxistas lo tenían claro: la revolución. Había que librarse del sistema actual y reemplazarlo por el socialismo. Para los de Chicago la respuesta no era tan clara. Estados Unidos ya era un país capitalista pero, según lo veían ellos, lo era a duras penas. Tanto en Estados Unidos como en todas las supuestas economías capitalistas, los de Chicago veían interferencias por todas partes. Los políticos fijaban precios para hacer algunos productos más asequibles; fijaban salarios mínimos para que no se explotara a los trabajadores y para que todo el mundo tuviera acceso a la educación, que mantenían en manos del Estado. Muchas veces podía parecer que estas medidas ayudaban a la gente, pero Friedman y sus colegas

estaban convencidos —y lo «probaron» en sus modelos— de que lo que en realidad hacían era un daño enorme al equilibrio del mercado y perjudicaban la capacidad de sus diversas señales para comunicarse entre ellas. La misión de la Escuela de Chicago, pues, era conseguir una purificación. Debían liberar al mercado de esas interrupciones para que así el libre mercado pudiera elevar su canto.

Por este motivo los de Chicago no consideraban al marxismo su auténtico enemigo. La auténtica fuente de sus problemas estaba en las ideas de los keynesianos en Estados Unidos, los socialdemócratas en Europa y los desarrollistas en lo que entonces se llamaba el Tercer Mundo. Toda esa gente no creía en la utopía, sino en economías mixtas, que a ojos de Chicago no eran más que horribles batiburrillos de capitalismo para la fabricación y distribución de productos de consumo, socialismo en la educación, propiedad del Estado en servicios básicos como el agua y de toda clase de leyes diseñadas para atemperar los extremos del capitalismo. Igual que el fundamentalista religioso respeta, aunque les odie, a los fundamentalistas de otras fes y a los ateos y desprecia al creyente informal, los de Chicago declararon la guerra a esos economistas eclécticos. Lo que buscaban los de Chicago no era exactamente una revolución, sino una Reforma: un retorno a un capitalismo puro, no contaminado.

Buena parte de este purismo procedía de Friedrich Hayek, el gurú personal de Friedman, que también dio clases en la Universidad de Chicago durante parte de la década de 1950. Aquel austriaco austero advirtió que cualquier intervención del gobierno en la economía llevaba a la sociedad «por el camino de la servidumbre» y debía ser evitada.[11] Según Arnold Harberger, que enseñó muchos años en Chicago, «los austriacos», que era como se conocía a aquel subgrupo dentro del grupo, defendían a capa y espada que cualquier intervención estatal no sólo era perjudicial, sino «malvada [...]. Es como si ahí fuera hubiera una imagen preciosa pero muy compleja, que se

mantiene por sí misma en perfecto equilibrio, ¿comprende?, y si hay una mota donde no debiera haberla, bien, se trata de algo horrible [...] es un defecto que estropea esa belleza».[12]

En 1947, cuando Friedman se unió a Hayek para formar la Sociedad Mont Pelerin, un club de economistas partidarios del libre mercado cuyo nombre procedía de su sede en Suiza, la sociedad no consideraba adecuado defender que las empresas debían tener libertad para gobernar el mundo como creyeran conveniente. Todavía estaba fresco el recuerdo del *crash* de 1929 y de la Gran Depresión que le siguió: los ahorros de toda una vida perdidos de la noche a la mañana, los suicidios, las colas para un plato de sopa en la caridad, los refugiados... La magnitud de aquel desastre del mercado había hecho que cobrara fuerza la exigencia de que el gobierno participara activamente en la economía. La Depresión no supuso el final del capitalismo, pero sí fue, como John Maynard Keynes había previsto unos pocos años antes, «el fin del *laissez-faire»,* el fin de la libertad del mercado para regularse a sí mismo.[13] Desde la década de 1930 hasta principios de la de 1950 transcurrió un período de mucho *faire:* el *ethos* de manos a la obra del New Deal dio paso al esfuerzo bélico, se lanzaron programas públicos que ofrecieron los puestos de trabajo que tanta falta hacían y se diseñaron nuevos programas sociales para evitar que un número cada vez mayor de personas se pasara a la extrema izquierda. Fue una época en la que los pactos entre la izquierda y la derecha no se consideraban algo sucio, sino parte de lo que muchos veían como la noble misión de evitar un mundo —como Keynes le escribió al presidente Franklin D. Roosevelt en 1933— en el que «ortodoxia y revolución» se vieran obligadas «a enfrentarse entre ellas».[14] John Kenneth Galbraith, heredero de las ideas de Keynes en Estados Unidos, definió la principal misión de economistas y políticos como «evitar la depresión y prevenir el desempleo».[15]

La Segunda Guerra Mundial hizo que la lucha contra la

pobreza cobrara nueva urgencia. El nazismo había calado en Alemania en una época en que ese país estaba sumido en una durísima depresión económica provocada por las reparaciones de guerra impuestas tras la Primera Guerra Mundial y agravada por la crisis de 1929. Keynes advirtió desde el primer momento que si el mundo adoptaba una estrategia de *laissez-faire* respecto a la pobreza de Alemania, las consecuencias serían terribles: «La venganza, me atrevo a predecir, no tardará en llegar».[16] En aquellos tiempos nadie hizo caso a sus palabras, pero cuando se reconstruyó Europa después de la Segunda Guerra Mundial, las potencias occidentales abrazaron el principio de que las economías de mercado debían garantizar un nivel de dignidad básica lo suficientemente alto como para que los ciudadanos desilusionados no se tornaran de nuevo hacia ideologías más seductoras, fueran el fascismo o el comunismo.

Fue este imperativo pragmático lo que llevo a la creación de casi todo lo que asociamos hoy en día con la pasada época del capitalismo «decente»: seguridad social en Estados Unidos, sanidad pública en Canadá, asistencia social en Gran Bretaña y protección del trabajador en Francia y Alemania.

En el mundo en vías de desarrollo se imponía una tendencia similar, más radical, que se conoció con el nombre de desarrollismo o de nacionalismo del Tercer Mundo. Los economistas desarrollistas afirmaban que sus países escaparían por fin de la pobreza si llevaban a cabo una estrategia de industrialización orientada al interior en lugar de recurrir a la exportación de recursos naturales, cuyos precios cada vez eran más bajos, a Europa o América del Norte. Defendían reglamentar o incluso nacionalizar la explotación del petróleo, minerales y otras industrias claves, de modo que buena parte de los beneficios obtenidos sirvieran para financiar un proceso de desarrollo financiado por el gobierno.

Hacia la década de 1950 los desarrollistas, igual que los

keynesianos y los socialdemócratas de los países ricos, podían enorgullecerse de una serie de impresionantes éxitos. El laboratorio más avanzado del desarrollismo fue el extremo sur de América Latina, conocido como el Cono Sur: Chile, Argentina, Uruguay y partes de Brasil. El epicentro fue la Comisión Económica de Naciones Unidas para América Latina, con sede en Santiago de Chile, dirigida por el economista Raúl Prebisch desde 1950 a 1963. Prebisch formó a economistas en la teoría desarrollista y los envió a que sirvieran de asesores económicos de gobiernos de todo el continente. Los políticos nacionalistas como el argentino Juan Perón pusieron en práctica sus ideas con enorme placer, volcando grandes cantidades de dinero público en infraestructuras como autopistas y fundiciones, ofreciendo a los empresarios locales generosos subsidios para que construyeran fábricas que fabricaran coches o lavadoras y evitando la entrada de productos extranjeros con unos aranceles prohibitivamente altos.

Durante este trepidante período de expansión, el Cono Sur empezó a parecerse más a Europa o Norteamérica que a otras partes de América Latina o del Tercer Mundo. Los trabajadores de las nuevas fábricas fundaron poderosos sindicatos que negociaron salarios de clase media y sus hijos estudiaron en las recién construidas universidades públicas. La enorme distancia entre la élite de club de polo de la región y las masas campesinas empezó a acortarse. En la década de 1950 Argentina tenía la clase media más numerosa de todo el continente y el vecino Uruguay una tasa de alfabetización del 95 % y un sistema de sanidad pública gratuita para sus ciudadanos. El desarrollismo consiguió unos éxitos tan indiscutibles durante un tiempo, que el Cono Sur de América Latina se convirtió en un símbolo para los países pobres de todo el mundo: allí estaba la prueba de que si se seguían políticas prácticas e inteligentes y se implementaban de forma agresiva, la brecha de clases entre el Primer y el Tercer Mundo podía de verdad cerrarse.

El éxito de las economías planificadas —en el norte keynesiano y en el sur desarrollista— supuso una época oscura para el Departamento de Economía de la Universidad de Chicago. A los archienemigos de los de Chicago en Harvard, Yale y Oxford los reclutaban presidentes y primeros ministros para que les ayudaran a domar a la bestia del mercado; a casi nadie le interesaban las atrevidas ideas de Friedman sobre dejar que se moviera todavía más libre que antes. Había, sin embargo, unas pocas personas que sí estaban muy interesadas en las ideas de la Escuela de Chicago. Eran pocas, pero muy poderosas.

Para los dirigentes de las multinacionales estadounidenses, que tenían que lidiar con un mundo en desarrollo cada vez más hostil y unos sindicatos cada vez más poderosos en casa, los años de crecimiento de la posguerra fueron una época inquietante. La economía crecía a buen ritmo, se creó mucha riqueza, pero propietarios y accionistas se veían obligados a redistribuir gran parte de esa riqueza a través de los impuestos que gravaban a las empresas y de los salarios de los trabajadores. Era un arreglo con el que a todo el mundo le iba bien, pero un retorno a las reglas anteriores al New Deal podía hacer que a unos pocos les fuera mucho mejor.

La revolución keynesiana contra el *laissez-faire* le estaba saliendo muy cara al sector privado. Lo que hacía falta para recuperar el terreno perdido era claramente una contrarrevolución contra el keynesianismo, un retorno a una forma de capitalismo que tuviera incluso menos trabas que el capitalismo de antes de la Depresión. No era una cruzada que pudiera liderar el propio Wall Street, no en aquel clima. Si Walter Wriston, gerente de Citibank e íntimo amigo de Friedman, se hubiera atrevido a decir que el salario mínimo y los impuestos a las empresas deberían abolirse, le hubieran acusado al instante de ser un explotador. Y ahí es donde entró en juego la Escuela de Chicago. Pronto quedó claro que cuando Friedman, que era

un matemático brillante y un hábil orador, afirmaba exactamente esas mismas cosas, éstas adquirían un cariz muy distinto. Puede que se rechazaran como equivocadas, pero quedaban imbuidas de un aura de imparcialidad científica. El efecto enormemente beneficioso de hacer que las posiciones de las empresas fueran presentadas en boca de instituciones académicas o cuasi académicas hizo que llovieran donaciones sobre la Escuela de Chicago pero además, en muy poco tiempo, dio a luz a una red global de *think tanks* de derechas que darían cobijo a los soldados de a pie de la contrarrevolución en todo el mundo.

Todo se centraba en el inquebrantable mensaje de Friedman: todo se estropeó con el New Deal. Ahí fue donde tantos países, «incluido el mío, empezaron a ir por el mal camino».[17] Para que los gobiernos volvieran al camino correcto, Friedman, en su popular libro *Capitalismo y libertad,* diseñó lo que se convertiría en el manual del libre mercado y que, en Estados Unidos, constituiría el programa económico del movimiento neoconservador.

En primer lugar los gobiernos deben eliminar todas las reglamentaciones y regulaciones que dificulten la acumulación de beneficios. En segundo lugar deben vender todo activo que posean que pudiera ser operado por una empresa y dar beneficios. Y en tercer lugar deben recortar drásticamente los fondos asignados a programas sociales. Dentro de la fórmula de tres partes de desregulación, privatización y recortes, Friedman tenía muchas salvedades. Los impuestos, si tenían que existir, debían ser bajos y ricos y pobres debían pagar la misma tasa fija. Las empresas debían poder vender sus productos en cualquier parte del mundo y los gobiernos no debían hacer el menor esfuerzo por proteger a las industrias o propietarios locales. Todos los precios, también el precio del trabajo, debían ser establecidos por el mercado. El salario mínimo no debía existir. Como cosas a privatizar, Friedman proponía la sanidad, correos, educación, pensiones e incluso los parques nacionales. En resumen, abogaba de forma

bastante descarada por el abandono del New Deal, aquella incómoda tregua entre el Estado, las empresas y los trabajadores que había impedido que se produjera una revolución popular tras la Gran Depresión. La contrarrevolución de la Escuela de Chicago pretendía que los trabajadores devolvieran las medidas de protección que habían ganado y que el Estado abandonara los servicios que ofrecía a sus ciudadanos para suavizar los cantos más afilados del mercado.

Y pretendía todavía más: quería expropiar lo que gobiernos y trabajadores habían construido durante aquellas décadas de febril actividad en el sector de las obras públicas. Los activos que Friedman apremiaba a los gobiernos a vender eran el resultado de años de inversiones y *know-how* público, necesarios para construirlos y hacerlos valiosos. Por lo que a Friedman atañía, por una cuestión de principios había que transferir toda aquella riqueza compartida a manos privadas.

Aunque embozada en el lenguaje de las matemáticas y la ciencia, la visión de Friedman coincidía al detalle con los intereses de las grandes multinacionales, que por naturaleza ansiaban nuevos grandes mercados sin trabas. En la primera etapa de la expansión capitalista el colonialismo aportó ese tipo de crecimiento feroz «descubriendo» nuevos territorios y apoderándose de tierras sin pagar por ellas para luego extraer sus riquezas sin compensar a la población local. La guerra que Friedman había declarado contra el «Estado del bienestar» y el «gran gobierno» prometía un nuevo frente de rápido enriquecimiento, sólo que esta vez en lugar de conquistar nuevos territorios la nueva frontera sería el propio Estado, con sus servicios públicos y otros activos subastados por mucho menos dinero del que realmente valían.

LA GUERRA CONTRA EL DESARROLLISMO

En los Estados Unidos de la década de 1950 todavía quedaban varias décadas para acceder a ese tipo de

enriquecimiento. Incluso con un republicano de línea dura en la Casa Blanca como Dwight Eisenhower, no había ninguna posibilidad de que se efectuara un giro radical a la derecha como el que proponían los de Chicago: los servicios públicos y las garantías a los trabajadores eran demasiado populares y Eisenhower tenía el ojo puesto en las siguientes elecciones. Aunque no tenía muchas ganas de revocar el keynesianismo en casa, Eisenhower resultó más que dispuesto a emprender medidas rápidas y radicales para derrotar al desarrollismo en el extranjero. Fue una campaña en la que la Escuela de Chicago acabaría jugando un papel fundamental.

Cuando Eisenhower juró el cargo en 1953, Irán estaba dirigido por un líder desarrollista, Mohamed Mossadegh, que ya había nacionalizado el petróleo, e Indonesia estaba en manos del cada vez más ambicioso Ahmed Sukarno, que hablaba de unir todos los gobiernos nacionalistas del Tercer Mundo en una superpotencia a la par con Occidente y el bloque soviético. El Departamento de Estado estaba particularmente preocupado por el creciente éxito de los nacionalismos económicos en el Cono Sur. En unos tiempos en que buena parte del globo miraba al estalinismo y el maoísmo como soluciones, las propuestas desarrollistas de «sustitución de importaciones» resultaban bastante centristas. Aun así, la idea de que América Latina merecía tener su propio New Deal tenía poderosos enemigos. A los terratenientes feudales del continente les gustaba el antiguo *statu quo,* que les permitía tener grandes beneficios y una masa inagotable de campesinos pobres para trabajar sus campos y minas. Ahora se sentían ultrajados al ver cómo se canalizaban sus beneficios en la construcción de otros sectores, cómo sus trabajadores exigían una redistribución de la tierra y cómo el gobierno mantenía el precio de sus cosechas artificialmente bajo para que la comida no resultara demasiado cara. Las empresas estadounidenses y europeas que operaban en América Latina empezaron a plantear quejas similares a sus respectivos gobiernos: sus productos eran bloqueados en

las aduanas, sus trabajadores exigían sueldos mayores y, lo que resultaba todavía más alarmante, cada vez se hablaba más de nacionalizar desde las minas hasta los bancos propiedad de extranjeros para financiar el sueño latinoamericano de la independencia económica.

Bajo la presión de estos intereses empresariales, surgió en los círculos de la diplomacia estadounidense e inglesa un movimiento que intentaba colocar a los gobiernos desarrollistas en la lógica binaria típica de la Guerra Fría. No había que dejarse engañar por el aspecto democrático y moderado de estos gobiernos, afirmaban estos halcones: el nacionalismo del Tercer Mundo era el primer paso en el camino hacia el comunismo totalitario y había que acabar con él antes de que echara raíces. Dos de los principales defensores de esta teoría fueron John Foster Dulles, el secretario de Estado de Eisenhower, y su hermano Alien Dulles, director de la recién creada CIA. Antes de ocupar cargo público, ambos habían trabajado en el legendario bufete de abogados Sullivan & Cromwell, de Nueva York, donde habían representado a muchas de las empresas que más tenían que perder con el desarrollismo, entre las cuales se contaban J. P. Morgan & Company, la International Nickel Company, la Cuban Sugar Cane Corporation y la United Fruit Company.[18] Los resultados de la influencia de los Bulles fueron inmediatos: en 1953 y 1954 la CIA lanzó sus dos primeros golpes de Estado, ambos contra gobiernos del Tercer Mundo que se identificaban mucho más con Keynes que con Stalin.

El primero fue en 1953, cuando un complot de la CIA consiguió derrocar a Mossadegh en Irán y reemplazarlo por el brutal sha. El siguiente fue el golpe que la CIA patrocinó en 1954 en Guatemala, llevado a cabo por una petición directa de la United Fruit Company. La empresa, que contaba con la atención de los Dulles desde sus días en Cromwell, estaba indignada porque el presidente Jacobo Arbenz Guzmán había expropiado tierras que no usaba (ofreciendo la correspondiente indemnización) como parte

de su proyecto para transformar Guatemala, en sus propias palabras, «de un país atrasado con una economía predominantemente feudal en un Estado capitalista moderno», objetivo al parecer inaceptable.[19] En poco tiempo se derrocó a Arbenz y la United Fruit volvió a regir los destinos del país.

Erradicar el desarrollismo del Cono Sur, donde había arraigado mucho más, era una cuestión mucho más compleja. Sobre ello discutieron dos estadounidenses que se reunieron en Santiago de Chile en 1953. Uno era Albion Patterson, director de la Administración para la Cooperación Internacional en Chile —la agencia gubernamental que con el tiempo se convertiría en USAID— y el segundo Theodore W. Schultz, presidente del Departamento de Economía de la Universidad de Chicago. A Patterson le preocupaba cada vez más la creciente influencia de Raúl Prebisch y los demás economistas «rosas» de América Latina. «Lo que hay que hacer es cambiar la formación de los hombres, influir en la educación, que es nefasta», había dicho a un colega.[20] Este objetivo coincidía con la creencia de Schultz de que el gobierno de Estados Unidos no se empleaba lo necesario en la guerra intelectual contra el marxismo. «Estados Unidos debe reconsiderar sus programas económicos para el extranjero [...] queremos que [los países pobres] trabajen en su salvación económica vinculándose a nosotros y que su desarrollo económico se consiga a nuestra manera», dijo.[21]

Los dos hombres diseñaron un plan que convertiría Santiago, un semillero de la economía centrada en el Estado, en lo opuesto, un laboratorio para experimentos de vanguardia sobre el mercado, ofreciendo así a Milton Friedman lo que deseaba hacía tanto tiempo: un país en el que poner a prueba sus queridas teorías. El plan original era sencillo: el gobierno estadounidense pagaría para enviar a estudiantes chilenos a aprender economía en lo que prácticamente todo el mundo reconocía que era el lugar más rabiosamente anti «rosa» del mundo: la

Universidad de Chicago. Schultz y sus colegas en la universidad también recibirían dinero para viajar a Santiago, investigar la economía chilena y formar estudiantes y profesores en los fundamentos de la Escuela de Chicago.

Lo que diferenciaba este plan de los otros muchos programas de formación estadounidenses que becaban a alumnos latinoamericanos era su carácter desvergonzadamente ideológico. Al escoger Chicago para formar economistas chilenos —una universidad en la que los profesores abogaban por el casi completo desmantelamiento del gobierno con tenaz insistencia— el Departamento de Estado estadounidense disparaba un torpedo bajo la línea de flotación en su guerra contra el desarrollismo, diciéndoles de hecho a los chilenos que el gobierno de Estados Unidos había decidido qué ideas debían aprender sus mejores estudiantes y cuáles otras no. Se trató de una intervención tan evidente de Estados Unidos en los asuntos de Latinoamérica que cuando Albion Patterson contactó con el rector de la Universidad de Chile, la principal universidad del país, y le ofreció una donación con la que financiar el programa de intercambio, el rector rechazó la oferta. Dijo que sólo participaría si su claustro podía tener influencia sobre quién en Estados Unidos formaría a sus alumnos. Patterson contactó entonces con el rector de una institución de menor importancia, la Universidad Católica de Chile, un centro mucho más conservador que carecía de Facultad de Economía. El rector de la Universidad Católica aceptó la oferta encantado y así nació lo que en Washington y Chicago se conocería como «el Proyecto Chile».

«Hemos venido aquí a competir, no a colaborar» dijo Schultz refiriéndose a la Universidad de Chicago, explicando por qué el programa estaría cerrado a todos los estudiantes chilenos excepto unos pocos elegidos.[22] Esta postura combativa fue evidente desde el principio: el objetivo del Proyecto Chile era producir combatientes ideológicos que

ganaran la batalla de las ideas contra los economistas «rosa» de América Latina.

Inaugurado oficialmente en 1956, el proyecto permitió que cien alumnos chilenos cursaran estudios de posgrado en la Universidad de Chicago entre 1957 y 1970, con la matriculación y los gastos a cargo de los contribuyentes y de fundaciones estadounidenses. En 1965 se amplió el programa para incluir a estudiantes de toda Latinoamérica, con una proporción particularmente alta de argentinos, brasileños y mexicanos. La expansión se financió con una donación de la Fundación Ford y posibilitó la creación del Centro de Estudios Económicos Latinoamericanos de la Universidad de Chicago. Gracias a este programa hubo siempre entre cuarenta y cincuenta estudiantes latinoamericanos en la licenciatura de economía, aproximadamente un tercio del total de estudiantes del departamento. En programas equivalentes de Harvard o del MIT sólo había cuatro o cinco latinoamericanos. Fue un logro espectacular: en sólo una década, la ultraconservadora Universidad de Chicago se convirtió en el primer destino de los latinoamericanos que querían estudiar económicas en el extranjero, un hecho que cambiaría el curso de la historia de la región en las décadas siguientes.

El adoctrinamiento de los visitantes en la ortodoxia de la Escuela de Chicago se convirtió en una prioridad institucional apremiante. El director del programa, el hombre responsable de hacer que los latinoamericanos se sintieran bienvenidos, era Arnold Harberger, un economista que vestía traje de safari, hablaba un español fluido, se había casado con una chilena y se describía a sí mismo como un «misionero muy comprometido».[23] Cuando llegaron los primeros estudiantes chilenos, Harberger creó un «taller de Chile» especial, donde los profesores de la Universidad de Chicago presentaban su diagnóstico altamente ideologizado de los problemas del país sudamericano y ofrecían sus recetas científicas para arreglarlos.

«Chile y su economía se convirtieron de repente en uno de los tópicos de conversación habituales en el departamento de Economía», recuerda André Gunder Frank, que estudió con Friedman en la década de 1950 y luego se convirtió en un economista desarrollista reconocido a nivel mundial.[24] Todas las políticas de Chile se pusieron bajo el microscopio y se consideraron defectuosas: su sólida red de seguridad social, su proteccionismo de la industria nacional, sus barreras arancelarias, su control de precios. A los estudiantes se les enseñó a despreciar esos intentos de aliviar la pobreza y muchos de ellos dedicaron sus tesis doctorales a diseccionar las locuras del desarrollismo latinoamericano.[25] Cuando Harberger regresaba de sus frecuentes viajes a Santiago en los años cincuenta y sesenta, Gunder Frank recuerda que se dedicaba a fustigar el sistema educativo y sanitario de Santiago de Chile —los mejores del continente—, a los que consideraba «intentos absurdos de vivir por encima de sus medios subdesarrollados».[26]

Dentro de la Fundación Ford había preocupación por financiar un programa tan abiertamente ideológico. Algunos señalaron que los únicos conferenciantes latinoamericanos a los que se invitaba a dirigirse a los estudiantes eran ex alumnos del propio programa. «Aunque la calidad y el impacto de esta empresa son innegables, su estrechez de miras ideológicas es un defecto grave», escribió Jeffrey Puryear, un especialista latinoamericano de Ford en uno de los informes internos de la fundación. «Los intereses de los países en vías de desarrollo no están bien cubiertos si se les expone sólo un punto de vista.»[27] Esta evaluación no impidió que Ford continuara financiando el programa.

Cuando el primer grupo de chilenos regresó a casa al terminar sus estudios en Chicago, eran «más friedmanitas que el propio Friedman», en palabras de Mario Zañartu, un economista de la Universidad Católica de Chile.*[28] Muchos trabajaron como profesores de economía en la Facultad de Económicas de la Universidad Católica, a la que convirtieron

rápidamente en su pequeña Escuela de Chicago en el centro de Santiago: el mismo programa educativo, los mismos textos en inglés y la misma inflexible insistencia en el conocimiento «puro» y «científico». Hacia 1963, doce de los trece miembros del claustro a tiempo completo de la facultad eran graduados del programa de la Universidad de Chicago y Sergio de Castro, uno de los primeros graduados, fue nombrado decano de la facultad.[29] Ahora ya no hacía falta que los estudiantes chilenos viajaran a Estados Unidos: cientos de ellos podían recibir una educación al estilo de la Escuela de Chicago sin salir de casa.

<!--[if !supportLists]-->* <!--[endif]-->Water Heller, el famoso economista del gobierno de Kennedy, se burló en una ocasión de los seguidores de Friedman comparándolos con una secta y diciendo que se dividían en tres categorías: «Algunos son friedmanos, otros friedmanianos, otros fried-mánicos y otros friedmaníacos.»

A los estudiantes que participaron en el programa, fuera en Chicago o en su franquicia de Santiago, se les conocía como «los Chicago Boys». Gracias a más fondos de USAID, los Chicago Boys chilenos se convirtieron en entusiastas embajadores regionales de las ideas que los latinoamericanos llaman «neoliberalismo», y viajaron a Argentina y Colombia para abrir más franquicias de la Universidad de Chicago para así «expandir este conocimiento por toda Latinoamérica, enfrentándose a las posiciones ideológicas que impedían la libertad y perpetuaban la pobreza y el atraso», según lo expresó un graduado chileno.[30]

Juan Gabriel Valdés, ministro de Asuntos Exteriores chileno en la década de 1990, describió el proceso mediante el cual se formó a cientos de economistas chilenos en la ortodoxia de la Escuela de Chicago como «un asombroso ejemplo de una transferencia organizada de ideología desde Estados Unidos a un país de su esfera directa de influencia [...] la educación de estos chilenos derivó de un proyecto

específico diseñado en la década de 1950 para influir en el desarrollo del pensamiento económico chileno». Señaló que «han introducido en la sociedad chilena ideas que son completamente nuevas, conceptos enteramente ausentes en el "mercado de las ideas"».[31]

Fue una forma desvergonzada de imperialismo intelectual. Hubo, sin embargo, un problema: el sistema no funcionaba. Según un informe de 1957 de la Universidad de Chicago a sus financiadores del Departamento de Estado, «el propósito principal del proyecto» era formar a una generación de estudiantes «que se convirtieran en los líderes intelectuales de los asuntos económicos en Chile».[32] Pero los Chicago Boys no habían alcanzado el gobierno de sus países en ninguna parte. De hecho, estaban quedándose atrás.

A principios de la década de 1960 el principal debate económico en el Cono Sur no era el sostenido entre el capitalismo del *laissez-faire* y el desarrollismo, sino el que hablaba de cómo conseguir llevar el desarrollismo a su siguiente fase. Los marxistas defendían nacionalizaciones masivas y reformas agrarias radicales; los centristas decían que la clave estaba en una cooperación económica mayor entre los países latinoamericanos, con el objetivo de transformar la región en un poderoso bloque comercial que pudiera rivalizar con Europa y América del Norte. En las urnas y en las calles, el Cono Sur estaba dando un giro a la izquierda.

En 1962 Brasil avanzó decididamente en esa dirección bajo la presidencia de Joao Goulart, un nacionalista económico decidido a redistribuir la tierra, ofrecer salarios más altos a los trabajadores y poner en marcha un atrevido plan que obligaría a las multinacionales extranjeras a reinvertir parte de sus beneficios en la economía brasileña en lugar de llevárselos corriendo del país para distribuirlos entre sus accionistas de Nueva York y Londres. En Argentina, un gobierno militar trataba de derrotar unas propuestas similares prohibiendo que el partido de Juan Perón se

presentase a las elecciones, pero sólo consiguió radicalizar todavía más a una nueva generación de jóvenes peronistas, muchos de los cuales estaban dispuestos a recurrir a las armas para recuperar el país.

Fue en Chile —el epicentro del experimento de Chicago— donde la derrota en la batalla de las ideas se hizo más evidente. En las históricas elecciones chilenas de 1970 el país se había desplazado tan a la izquierda que, sin excepción, los tres principales partidos políticos estaban a favor de nacionalizar la principal fuente de dividendos del país: las minas de cobre controladas por grandes empresas mineras estadounidenses.[33] En otras palabras, el Proyecto Chile había sido un fracaso muy caro. Como combatientes ideológicos que libraban una pacífica batalla de ideas con sus enemigos de la izquierda, los Chicago Boys habían fracasado completamente en su misión. No sólo el debate económico seguía derivando más y más a la izquierda, sino que los Chicago Boys eran tan poco importantes que ni siquiera se les tenía en cuenta en ninguna franja del abanico electoral chileno.

Todo podría haber acabado aquí, con el Proyecto Chile convertido sólo en una nota a pie de página sin importancia de la historia, pero sucedió algo que rescató de la oscuridad a los Chicago Boys: Richard Nixon fue elegido presidente de Estados Unidos. Nixon «tenía una política exterior creativa y, en general, bastante efectiva», dijo con entusiasmo Friedman.[34] Y en ninguna parte fue más creativa que en Chile.

Fue Nixon quien les daría a los Chicago Boys y a sus profesores algo con lo que siempre habían soñado: una oportunidad de demostrar que su utopía capitalista era más que una teoría de un taller académico de un sótano, una oportunidad para rehacer un país desde cero. La democracia había sido poco hospitalaria con los Chicago Boys en Chile; la dictadura se demostraría mucho más acogedora.

El gobierno de Unidad Popular de Salvador Allende ganó las elecciones de 1970 en Chile con un programa que prometía poner en manos del gobierno grandes sectores de la economía que estaban dirigidos por empresas extranjeras y locales. Allende pertenecía a una nueva raza de revolucionario latinoamericano: igual que el Che Guevara, era médico, pero a diferencia del Che, también lo parecía, pues su imagen y su traje de *tweed* lo alejaban de la imagen romántica de la guerrilla. Podía pronunciar discursos tan feroces como los de Fidel Castro, pero era un demócrata convencido que creía que el cambio socialista en Chile debía llegar a través de las urnas, no a través de las armas. Cuando Nixon se enteró de que habían escogido presidente a Allende, lanzó su famosa orden al director de la CIA, Richard Helms, de que «hiciera chillar a la economía».[35] La elección también resonó con fuerza en el departamento de Economía de la Universidad de Chicago. Arnold Harberger estaba en Chile cuando ganó Allende. Escribió una carta a sus colegas describiendo el acontecimiento como una «tragedia» e informándoles de que «en los círculos de la derecha se plantea en ocasiones la idea de un golpe militar».[36]

Aunque Allende se comprometió a negociar indemnizaciones justas para compensar a las empresas que perdían propiedades e inversiones, las multinacionales estadounidenses temían que Allende representara el comienzo de una tendencia general en toda América Latina, y muchas no estaban dispuestas a aceptar perder unos recursos que se habían convertido en una porción importante de sus beneficios. Hacia 1968, el 20 % del total de inversiones extranjeras de Estados Unidos se dirigían a Latinoamérica y las empresas estadounidenses tenían 5.436 filiales en la región. Los beneficios que producían estas inversiones eran sobrecogedores. Las empresas mineras habían invertido mil millones de dólares durante los cincuenta años previos en la industria minera chilena —la mayor del mundo—, pero a cambio habían enviado a casa 7.200 millones de dólares de beneficios.[37]

En cuanto Allende ganó las elecciones, e incluso antes de que jurara el cargo, las empresas estadounidenses le declararon la guerra a su administración. El centro de esta actividad fue el Comité Ad Hoc de Chile, con sede en Washington y formado por las principales empresas mineras estadounidenses con propiedades en Chile, así como por la empresa que, de hecho, lideraba el comité, International Telephone and Telegraph Company (ITT), que poseía el 70 % de la compañía telefónica chilena, que pronto iba a nacionalizarse. Purina, Bank of America y Pfizer Chemical también enviaron delegados al comité en varias fases de su existencia.

El único propósito del comité era obligar a Allende a desistir de su campaña de nacionalizaciones «enfrentándole con el colapso económico».[38] Tenían muchas ideas sobre cómo causar dolor a Allende. Según las actas de las reuniones que se han hecho públicas, las empresas planeaban bloquear los créditos estadounidenses a Chile y «discretamente, hacer que los grandes bancos privados de Estados Unidos hicieran lo mismo. Conferenciar con bancos extranjeros con el mismo objetivo. Evitar comprar productos a Chile durante los próximos seis meses. Utilizar la reserva de cobre de Estados Unidos en lugar de comprar cobre chileno. Provocar una escasez de dólares en Chile». Y la lista sigue.[39]

Allende nombró a su íntimo amigo Orlando Letelier embajador en Washington. Recayó en él la labor de negociar las condiciones de la expropiación con las mismas empresas que conspiraban para sabotear el gobierno de Allende. Letelier, un hombre extrovertido y divertido con el bigote arquetípico de los años setenta y una arrasadora voz de cantante, era una persona muy querida en los círculos diplomáticos. Su hijo Francisco recuerda con particular alegría los momentos en que su padre tocaba la guitarra y cantaba canciones populares en las fiestas con amigos en su casa de Washington.[40] Pero incluso a pesar de todo el encanto y la habilidad de Letelier, las negociaciones nunca

tuvieron ninguna posibilidad de éxito.

En marzo de 1972, en medio de la tensa negociación de Letelier con ITT, Jack Anderson, un columnista cuyos artículos estaban sindicados a una serie de periódicos, publicó una explosiva serie de reportajes basados en documentos que demostraban que la compañía telefónica había conspirado en secreto con la CIA y el Departamento de Estado para impedir que Allende jurara el cargo dos años atrás. Ante aquellas acusaciones, y con Allende todavía en el poder, el Senado de Estados Unidos, controlado por los demócratas, inició una investigación y descubrió un extenso complot en el que ITT había ofrecido un millón de dólares en sobornos a la oposición chilena y «había tratado de que la CIA participara en un plan para manipular de forma encubierta el resultado de las elecciones chilenas».[41]

El informe del Senado, publicado en junio de 1973, descubrió también que cuando el plan fracasó y Allende llegó al poder, ITT adoptó una nueva estrategia diseñada para asegurarse de que «no se mantuviera en el cargo ni seis meses». Lo que más alarmó al Senado fue la relación entre los directivos de ITT y el gobierno de Estados Unidos. A través de los testimonios y documentos obtenidos durante la investigación, quedó claro que ITT participaba directamente en el diseño al más alto nivel de la política estadounidense respecto a Chile. En un momento dado, un directivo importante de ITT escribió al asesor de Seguridad Nacional, Henry Kissinger, y le sugirió que «sin informar al presidente Allende se colocaran en la categoría de "revisándose" todos los fondos de ayuda internacional estadounidense ya asignados a Chile». La empresa se tomó además la libertad de preparar una estrategia de dieciocho puntos para la administración Nixon que contenía una petición clara de un golpe de Estado: «Contacten con fuentes fiables dentro del ejército chileno», decía, «[...] alimenten y planifiquen su descontento con Allende y luego propongan la necesidad de apartarlo del poder».[42]

Cuando el comité del Senado les apretó las tuercas sobre sus desvergonzados intentos de emplear el poder del gobierno de Estados Unidos para subvertir el proceso constitucional chileno sólo para hacer prosperar los propios intereses económicos de ITT, el vicepresidente de la empresa, Ned Gerrity, pareció auténticamente confuso. «¿Qué hay de malo en preocuparse por el número 1?» preguntó. El comité contestó en su informe: «"El número 1" no debe jugar un papel que no le corresponde en el diseño de la política exterior estadounidense».[43]

Aun así, a pesar de los años de implacable juego sucio de Estados Unidos, durante los que ITT fue simplemente el ejemplo más público, en 1973 Allende seguía en el poder. Ocho millones de dólares invertidos en operaciones secretas no habían conseguido debilitar su popularidad. En las elecciones de mitad de mandato de ese año, el partido de Allende incluso ganó terreno respecto a las elecciones de 1970. Estaba claro que el deseo de un modelo económico distinto no había calado en Chile y que el apoyo a una alternativa socialista ganaba terreno. Para los opositores de Allende, que llevaban planeando derrocarlo desde el mismo día en que se conocieron los resultados de las elecciones de 1970, eso significaba que sus problemas no iban a solucionarse simplemente librándose de él, pues simplemente le sustituiría algún otro. Hacía falta un plan más radical.

LECCIONES SOBRE EL CAMBIO DE RÉGIMEN: BRASIL E INDONESIA

Los oponentes de Allende habían estudiado concienzudamente dos posibles modelos de «cambio de régimen». Uno era el de Brasil, el otro el de Indonesia. Cuando la junta brasileña, dirigida por el general Humberto Castello Branco y apoyada por Estados Unidos, se hizo con el poder en 1964, el ejército tenía el plan de no sólo revocar los programas favorables a los pobres de Joao Goulart sino de convertir Brasil en un país totalmente abierto a la inversión extranjera. Al principio los generales

brasileños trataron de imponer su programa de un modo relativamente pacífico. No hubo muestras abiertas de brutalidad, no hubo arrestos generalizados, y aunque con posterioridad se descubrió que algunos «subversivos» habían sido brutalmente torturados durante este período, el número fue lo bastante pequeño (y Brasil lo bastante grande) para que los rumores sobre ello casi no pasaran de los muros de las cárceles. La Junta se esforzó también por mantener ciertos visos de democracia, incluyendo una limitada libertad de prensa y de reunión, por lo que a la toma del poder de los militares se la conoció como el «golpe de los caballeros».

A finales de la década de 1960 muchos ciudadanos utilizaron esas libertades limitadas para expresar su ira por la pobreza cada vez mayor de Brasil, de la que culpaban al programa económico pro empresarios del gobierno, buena parte de él diseñado por graduados de la Universidad de Chicago. Hacia 1968 las calles estaban saturadas de manifestaciones anti-junta, las mayores convocadas por los estudiantes, y el régimen estaba en serio peligro. En un gambito desesperado para mantenerse en el poder, el ejército cambió radicalmente de táctica: se eliminaron por completo los restos de la democracia, se negaron todas las libertades civiles, se recurrió sistemáticamente a la tortura y, según la Comisión de la Verdad que luego se establecería en Brasil, «los asesinatos ordenados por el Estado se convirtieron en habituales».[44]

El golpe de Indonesia en 1965 siguió una ruta muy distinta. Desde la Segunda Guerra Mundial, el país había sido gobernado por el presidente Sukarno, el Hugo Chávez de aquellos tiempos (aunque desprovisto del gusto de Chávez por las elecciones). Sukarno irritó a los países ricos con medidas proteccionistas para la economía de Indonesia, redistribuyendo la riqueza y echando al Fondo Monetario Internacional y al Banco Mundial, a los que acusó de ser meras tapaderas de los intereses de las multinacionales occidentales. Aunque Sukarno era un nacionalista, no un

comunista, trabajó muy unido al Partido Comunista, que tenía tres millones de afiliados. Los gobiernos de Estados Unidos y Gran Bretaña estaban decididos a acabar con el gobierno de Sukarno. Documentos desclasificados muestran que la CIA había recibido órdenes desde los altos escalafones de la administración para «liquidar al presidente Sukarno, dependiendo de la situación y de las oportunidades que se presenten».[45]

Después de varios intentos fallidos, la oportunidad se presentó en octubre de 1965, cuando el general Suharto, apoyado por la CIA, empezó a hacerse con el poder y a erradicar a la izquierda. La CIA había compilado en secreto una lista de los principales líderes de la izquierda del país, un documento que acabó en manos de Suharto, mientras que el Pentágono le ayudó suministrándole armas y radios de campaña para que las fuerzas del ejército indonesio pudieran comunicarse en las partes más remotas del archipiélago. Suharto envió entonces a sus soldados a cazar a los cuatro o cinco mil izquierdistas que aparecían en sus «listas de ejecuciones», tal y como las llamaba la CIA. La embajada de Estados Unidos recibía regularmente informes sobre los progresos realizados.[46] Conforme llegaba la información, la CIA iba tachando nombres de la lista hasta que quedó convencida de que la izquierda indonesia había sido efectivamente erradicada. Una de las personas que participaron en la operación fue Robert J. Martens, que trabajaba en la embajada estadounidense en Yakarta. «En realidad fue una enorme ayuda para el ejército», le contó a la periodista Kathy Kadane veinticinco años después. «Probablemente mataron a mucha gente, y probablemente yo tenga mucha sangre en mis manos, pero no fue del todo malo. Llega un momento en el que tienes que golpear con fuerza en el instante decisivo».[47]

Las listas de ejecuciones cubrían los objetivos específicos a eliminar; las masacres indiscriminadas por las que Suharto se hizo tristemente célebre fueron, en su mayor parte, delegadas a los estudiantes religiosos. El ejército los

entrenó rápidamente y los envió a pueblos con instrucciones del jefe de la marina de «barrer» el campo de comunistas. «Con alegría —escribió un periodista—, llamaban a sus partidarios, se echaban al cinto sus machetes y pistolas, la maza sobre el hombro y embarcaban para cumplir la misión que tanto tiempo llevaban queriendo realizar».[48] En poco más de un mes al menos medio millón y probablemente hasta un millón de personas fueron asesinadas, «masacradas a miles», según *Time.*[49] En Java Oriental, «los que han viajado a esas áreas hablan de pequeños ríos y riachuelos literalmente atascados de cadáveres; el transporte fluvial resulta imposible por todas partes».[50]

La experiencia indonesia fue estudiada con mucha atención por los individuos e instituciones que planeaban el derrocamiento de Salvador Allende en Washington y en Santiago. Lo que resultaba interesante no era sólo la brutalidad de Suharto sino el extraordinario papel que había jugado un grupo de economistas indonesios educados en la Universidad de California en Berkeley, conocidos como la «mafia de Berkeley». Suharto resultó muy efectivo en la labor de librarse de la izquierda, pero fue la mafia de Berkeley quien preparó el plan económico para el futuro del país.

Los paralelismos con los Chicago Boys eran sorprendentes. La mafia de Berkeley había estudiado en Estados Unidos como parte de un programa que había empezado en 1956 financiado por la Fundación Ford. También habían vuelto a casa y creado una fiel copia de un Departamento de Economía al estilo occidental en la Facultad de Económicas de la Universidad de Indonesia. Ford había enviado a profesores estadounidenses a Yakarta para establecer la escuela, igual que los profesores de Chicago habían ido a ayudar al nuevo Departamento de Economía de Santiago. «Ford creía que estaba formando a los tipos que liderarían el país cuando Sukarno se fuera», explicó lacónicamente John Howard, entonces director del Programa Internacional Ford

de Formación e Investigación.[51]

Los estudiantes financiados por Ford se convirtieron en los líderes de los grupos de los campus que participaron en el derrocamiento de Sukarno y la mafia de Berkeley trabajó estrechamente con el ejército en los preparativos del golpe, desarrollando «planes de contingencia» por si el gobierno caía de repente.*[52] Estos jóvenes economistas ejercían una enorme influencia en el general Suharto, que no sabía nada de altas finanzas. Según la revista *Fortune,* la mafia de Berkeley grababa clases de economía en cintas para que Suharto las pudiera escuchar en su casa.[53] Cuando se reunían con él personalmente, «el presidente Suharto no se limitaba a escuchar, sino que tomaba apuntes», recordó con orgullo un miembro del grupo.[54] Otro graduado de Berkeley definió la relación de este modo: nosotros «ofrecimos a los líderes del ejército —el elemento crucial del nuevo orden— un "recetario" con soluciones para enfrentarse a los graves problemas económicos de Indonesia. El general Suharto, como comandante en jefe del ejército, no sólo aceptó el recetario sino que quiso que los autores de las recetas se convirtieran en sus asesores económicos».[55] Y así fue. Suharto llenó su gobierno de miembros de la mafia de Berkeley, entregándoles todos los puestos económicos importantes, incluidos el Ministerio de Comercio y la embajada en Washington.[56]

<!--[if !supportLists]-->* <!--[endif]-->No todos los profesores estadounidenses enviados bajo este programa se sintieron cómodos en este papel. «Yo creía que la universidad no debía implicarse en lo que esencialmente estaba convirtiéndose en una rebelión contra el gobierno», dijo Len Doyle, el profesor de Berkeley que dirigía el programa de formación en economía de Ford en Indonesia. Ese punto de vista hizo que enviaran a Doyle de vuelta a California y le reemplazasen por otra persona.

Este equipo económico, formado en una escuela mucho menos ideológica, no eran radicales anti-Estado como los

Chicago Boys. Creían que el gobierno debía desempeñar un papel en la gestión de la economía nacional de Indonesia, y asegurarse de que los productos básicos como el arroz eran asequibles. Sin embargo, la mafia de Berkeley fue de lo más generosa con los inversores extranjeros que ansiaban caer sobre las inmensas riquezas minerales y la abundancia petrolífera de Indonesia, descrita por Richard Nixon como el «gran tesoro del Sureste asiático».*[57] Se aprobaron leyes que permitían a empresas extranjeras el control total de estos recursos, se concedieron «vacaciones fiscales» por doquier y en menos de dos años, las riquezas naturales de Indonesia —el cobre, el níquel, las maderas nobles, el caucho y el petróleo— estaban repartidos entre las multinacionales más importantes de la industria minera y energética mundial.

<!--[if !supportLists]-->* <!--[endif]-->Curiosamente, Arnold Harberger se convirtió en asesor del Ministerio de Finanzas de Suharto en 1975.

Para los que planeaban derrocar a Allende justo al mismo tiempo que el programa de Suharto empezaba a funcionar, las experiencias de Brasil e Indonesia resultaban una útil panorámica de contrastes. Los brasileños habían hecho escaso uso del poder del *shock,* y habían esperado años antes de mostrar su apetito por lo brutal. Fue un error casi fatal, puesto que sus adversarios tuvieron ocasión de reagruparse y algunos pudieron organizar facciones izquierdistas y guerrillas armadas. Aunque la Junta logró mantener las calles limpias, la creciente oposición actuó como un elemento obstaculizador de sus planes económicos.

Por contra, Suharto había probado que si se empleaba una represión masiva de forma previa, el país caería en un estado de *shock* que permitiría eliminar toda resistencia aun antes de que cobrara vida. Utilizó tácticas de terror sin vacilar, más allá de lo imaginable, y logró que un pueblo que apenas unas semanas antes pugnaba por establecer su independencia terminara cediendo, absolutamente

aterrado, el control total del gobierno a Suharto y sus verdugos. Ralph McGehee, director de operaciones de la CIA de alto rango durante los años del golpe militar, dijo que Indonesia era una «operación de manual. [...] La forma en que Suharto llegó al poder está relacionada con todas las operaciones y golpes sangrientos en los que Washington participó o que activó. El éxito de esa acción implicaba que se repetiría una y otra vez».[58]

La otra lección esencial procedente de Indonesia tenía que ver con la alianza previa entre Suharto y la mafia de Berkeley. Dado que estaban dispuestos a ocupar posiciones «tecnócratas» en el nuevo gobierno y ahora que Suharto ya era un converso, el golpe no sólo eliminó la amenaza nacionalista sino que transformó Indonesia en uno de los lugares más agradables y cómodos para los inversores extranjeros de todo el mundo.

A medida que crecían las tensiones que desencadenarían el golpe militar contra Allende, un escalofriante aviso apareció con pintadas rojas en las calles de Santiago. «Yakarta se acerca», decía.

Poco después de resultar elegido Allende, sus oponentes nacionales empezaron a imitar la pauta indonesia con inquietante precisión. La Universidad Católica, hogar de los Chicago Boys, se convirtió en la zona cero de creación de lo que la CIA denominó «clima de golpe».[59] Muchos estudiantes se afiliaron al frente fascista Patria y Libertad, y desfilaron al paso de oca por las calles de Santiago de Chile en abierta imitación de las Juventudes Hitlerianas. En septiembre de 1971, tras un año de mandato de Allende, los principales líderes empresariales chilenos celebraron una reunión de emergencia en la ciudad costera de Viña del Mar para desarrollar una estrategia coherente para el cambio de régimen. Según Orlando Sáenz, presidente de la Sociedad de Fomento Fabril (generosamente financiada por la CIA y por muchas multinacionales afines en Washington), los allí reunidos decidieron que «el gobierno de Allende era incompatible con la libertad en Chile y con la existencia de

la empresa privada, y que la única forma de evitar el desastre era derrocar al gobierno». Los empresarios organizaron una «estructura de guerra»; una parte establecería relaciones con el ejército, y otra sección, según Sáenz, se ocuparía de «diseñar programas de gobierno alternativos que se presentarían sistemáticamente a las fuerzas armadas».[60]

Sáenz reclutó a varios elementos clave de los Chicago Boys para preparar esos programas alternativos y los instaló en unas dependencias cercanas al palacio presidencial en Santiago.[61] El grupo, dirigido por el recién llegado de Chicago Sergio de Castro y por Sergio Undurraga, su colega de la Universidad Católica, empezó a reunirse en secreto con regularidad semanal, para desarrollar detalladas propuestas sobre cómo reconstruir radicalmente la estructura económica del país siguiendo los dictados neoliberales.[62] Según una posterior investigación del Senado estadounidense, «más del 75 % de la financiación de esta organización de investigación de la oposición» procedía directamente de la CIA.[63]

Durante algún tiempo, la planificación del golpe transcurrió por dos vías paralelas diferenciadas: los militares conspiraban para exterminar a Allende y a sus seguidores, mientras los economistas se ocupaban de la exterminación de su ideario. Cuando el clima llegó al punto de ebullición adecuado para una solución violenta, los dos canales abrieron un diálogo coordinado, con Roberto Kelly —un empresario relacionado con el periódico *El Mercurio,* financiado por la CIA—, como el mensajero entre ambas partes. A través de Kelly, los Chicago Boys enviaron un resumen de cinco páginas de su programa de medidas económicas al almirante de la Marina a cargo del plan militar. Éste dio su aprobación, y a partir de entonces los Chicago Boys trabajaron contrarreloj para tener el programa listo el día del golpe militar.

Su biblia económica, de más de quinientas páginas —un detallado programa que sería la guía de la Junta durante

sus primeros días— llegó a conocerse en Chile como «el ladrillo». Según un comité del Senado que investigó lo sucedido, «los colaboradores de la CIA estuvieron implicados en la elaboración de un plan económico inicial que fue la base de las decisiones más importantes de la Junta durante su etapa inicial».[64] Ocho de los diez principales autores del «ladrillo» habían estudiado economía en la Universidad de Chicago.[65]

Aunque el derrocamiento de Allende fue descrito universalmente como un golpe militar, Orlando Letelier, el embajador de Allende en Washington, lo consideró una colaboración conjunta entre el ejército y los economistas. «Los "Chicago Boys", como se les conoce en Chile —escribió Letelier—, convencieron a los generales de que podían complementar la brutalidad de éstos con los activos intelectuales de los que carecían».[66]

Cuando finalmente se produjo, el golpe de Chile presentó tres formas distintas de *shock,* una receta que se repetiría en países vecinos y que surgiría de nuevo, tres décadas más tarde, en Irak. El *shock* del propio golpe militar fue seguido inmediatamente por dos formas adicionales de choque. Una de ellas fue el «tratamiento de choque» capitalista marca de la casa Milton Friedman, una técnica que cientos de economistas latinoamericanos habían aprendido durante sus estancias en la Universidad de Chicago y a través de las diversas instituciones y franquicias del método. El otro fueron las técnicas de *shock* de Ewen Cameron, la privación sensorial y la aplicación de drogas y otras tácticas, recopiladas ya en el manual *Kubark* y diseminadas por toda la zona gracias a los amplios programas de entrenamiento de la CIA de los que se habían beneficiado la policía y los estamentos militares latinoamericanos.

Las tres formas de *shock* convergieron en los cuerpos de los ciudadanos latinoamericanos y en el cuerpo político de la zona, desatando un huracán sin fin de destrucción y reconstrucción mutuamente reforzadas, eliminación y

creación, en un ciclo monstruoso. El choque del golpe militar preparó el terreno de la terapia de *shock* económica. El *shock* de las cámaras de tortura y el terror que causaban en el pueblo impedían cualquier oposición frente a la introducción de medidas económicas. De este laboratorio vivo emergió el primer Estado de la Escuela de Chicago, y la primera victoria de su contrarrevolución global.

NOTAS

1. Arnold C. Harberger, «Letter to a Younger Generation», *Journal of Applied Economics,* vol. 1, n° 1, 1998, pág. 2.

2. Katherine Anderson y Thomas Skinner, «The Power of Cholee: The Life and Times of Milton Friedman», emitido en PBS el 29 de enero de 2007.

3. Jonathan Peterson, «Milton Friedman, 1912-2006», *Los Angeles Times,* 17 de noviembre de 2006.

4. Frank H. Knight, «The Newer Economics and the Control of Economic Activity», *Journal of Political Economy,* vol. 40, n° 4, agosto de 1932, pág. 455.

5. Daniel Bell, «Models and Reality in Economic Discourse», en Daniel Bell e Irving Kristol (comps.), *The Crisis in Economic Theory,* Nueva York, Basic Books, 1981 págs. 57-58.

6. Milton Friedman y Rose D. Friedman, *Two Lucky People: Memoirs,* Chicago University of Chicago Press, 1998, pág. 24.

7. Larry Kudlow, «The Hand of Friedman», *The Corner web log on the National Review Online,* 16 de noviembre de 2006, .

8. Friedman y Friedman, *Two Lucky People, op. cit.,* pág. 21.

9. Milton Friedman, *Capitalism and Freedom* (1962), reimpr. Chicago, University of Chicago Press, 1982, pág.

15.

10. Don Patinkin, *Essays on and in the Chicago Tradition,* Durham, NC, Duke University Press, 1981, pág. 4.

11. Friedrich A. Hayek, *The Road to Serfdom,* Chicago, University of Chicago Press, 1944 (trad. cast.: *Camino de servidumbre,* Madrid, Alianza, 2005).

12. Entrevista con Arnold Harberger del 3 de octubre de 2000 para *Commanding Heights: The Battle for the World Economy* [serie de televisión de la PBS], productores ejecutivos Daniel Yergin y Sue Lena Thompson, productor de la serie William Crar. (Boston, Heights Productions, 2002), transcripción íntegra de la entrevista disponible en .

13. John Maynard Keynes, *The End of Laissez-Faire,* Londres, L & Virginia Wolf, 1926.

14. John Maynard Keynes, «From Keynes to Roosevelt: Our Recovery Plan Assayed», *New York Times,* 31 de diciembre de 1933.

15. John Kenneth Galbraith, *The Great Crash of 1929* (1954), reimp. Nueva York, Avon, 1979, pág. 168.

16. John Maynard Keynes, *The Economic Consequences of the Peace* (1919), reimp. Westminster, Reino Unido, Labour Research Department, 1920, pág. 251 (trad. cast.: *Las consecuencias económicas de la paz,* Barcelona, Crítica, 2002).

17. Friedman y Friedman, *Two Lucky People, op. cit.,* pág. 594.

18. Stephen Kinzer, *All the Shah's Men: An American Coup and the Roots of Middle East Terror,* Hoboken, Nueva Jersey, J. Wiley & Sons, 2003, págs. 153-54; Stephen Kinzer, *Overthrow: America's Century of Regime Change from Hawaii to Iraq,* Nueva York, Times Books, 2006, pág. 4.

19. *El Imparcial,* 16 de marzo de 1951, citado en Stephen C. Schlesinger, Stephen Kinzer y John H. Coatsworth, *Bitter Fruit: The Story of the American Coup in Guatemala,* Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1999, pág. 52.

20. Patterson describió a los economistas argentinos y brasileños como economistas «rosa» en una entrevista con Juan Gabriel Valdés. Habló de la necesidad de «cambiar la formación de los hombres» al embajador de Estados Unidos en Chile, Willard Beaulac. Juan Gabriel Valdés, *Pinochet's Economists: The Chicago School in Chile,* Cambridge, Cambridge University Press, 1995, págs. 110-113.

21. Ibídem, pág. 89.

22. La cita es de Joseph Grunwald, un economista de la Universidad de Columbia que trabajaba en aquellos tiempos en la Universidad de Chile. Valdés, *Pinochet's Economists, op. cit., pág.* 135.

23. Harberger, «Letter to a Younger Generation», *op. cit.,* pág. 2.

24. André Gunder Frank, *Economic Genocide in Chile: Monetarist Theory Versus Humanity,* Nottingham, Reino Unido, Spokesman Books, 1976, págs. 7-8.

25. Kenneth W. Clements, «Larry Sjaastad, The Last Chicagoan», *Journal of International Money and Finance,* vol. 24, 2005, págs. 867-869.

26. Gunder Frank, *Economic Genocide in Chile, op. cit.,* pág. 8.

27. Memorando a William Carmichael, a través de Jeffrey Puryear, emitido por James W. Trowbridge, 24 de octubre de 1984, pág. 4, citado en Valdés, *Pinochet's Economists,* pág. 194.

28. Ibídem, pág. 206. Nota a pie de página: «The Rising Risk of Recession», *Time,* 19 de diciembre de 1969.

29. En 1963, el propio De Castro tenía un permiso para marcharse de Santiago para continuar sus estudios en la Universidad de Chicago. Se convirtió en presidente en 1965. Valdés, *Pinochet's Economists,* págs. 140 y 165.

30. Ibídem, 159. La cita procede de Ernesto Fontaine, licenciado de Chicago y profesor de la Universidad Católica de Santiago.

31. Ibídem, págs. 6 y 13.

32. Tercer informe a la Universidad Católica de Chile y a la Administración de Cooperación Internacional, agosto de 1957, firmado por Gregg Lewis, Universidad de Chicago, pág. 3, citado en Valdés, *Pinochet's Economists,* pág. 132.

33. Entrevista con Ricardo Lagos celebrada el 19 de enero de 2002 para *Commanding Heights: The Battle for the World Economy,* .

34. Friedman y Friedman, *Two Lucky People, op. cit.,* pág, 388.

35. Central Intelligence Agency, *Notes on Meeting with the President on Chile,* 15 de septiembre de 1970. Desclasificado, .

36. «The Last Dope from Chile», copia firmada «Al H.», fechada en Santiago el 7 de septiembre de 1970, citado en Valdés, *Pinochet's Economists,* págs. 242-243.

37. Sue Branford y Bernardo Kucinski, *Debt Squads: The U.S., the Banks, and Latin America,* Londres, Zed Books, 1988, págs. 40 y 51-52.

38. Subcomité sobre Corporaciones Multinacionales, «The International Telephone and Telegraph Company and Chile, 1970-71», *Report to the Committee on Foreign Relations United States Senate by the Subcommittee on Multinational Corporations, 2*1 de junio de 1973, pág. 13.

39. Ibídem, pág. 15.

40. Francisco Letelier, entrevista, *Democracy Now!,* 21 de septiembre de 2006.

41. Subcomité sobre Corporaciones Multinacionales, «The International Telephone and Telegraph Company and Chile, 1970-71», *op. cit.,* págs. 4 y 18.

42. Ibídem, págs. 11 y 15.

43. Ibídem, pág. 17.

44. Archidiócesis de Sao Paulo, *Torture in Brazil: A Shocking Report on the Pervasive Use of Torture by Brazilian Military Governments, 1964-1979,* Joan Dassin (comp. trad. de Jaime Wright, Austin, University of Texas Press, 1986, pág. 53.

45. William Blum, *Killing Hope: U.S. Military and CIA Interventions Since WWII.* Monroe, Maine, Common Courage Press, 1995, pág. 195; «Times Diary: Liquidating Sukarno», *Times* (Londres), 8 de agosto de 1986.

46. Kathy Kadane, «U.S. Officials' Lists Aided Indonesian Bloodbath in '60s». *Washington Post,* 21 de mayo de 1990.

47. Kadane publicó primero las listas, basadas en grabaciones *on the record* con altos cargos de la administración de Estados Unidos destinados en Indonesia en aquellos momentos, en el *Washington Post.* La información sobre radios y armas aparece en una carta al director escrita por Kadane en *The New York Review of Books,* 10 de abril de 1997, basada en las mismas entrevistas. Las transcripciones de las entrevistas de Kadane están hoy en el Archivo de Seguridad Nacional de Washington, D.C., Kadane, «U.S. Officials' Lists Aided Indonesian Bloodbath in '60s», *op. cit.*

48. John Hughes, *Indonesian Upheaval,* Nueva York, David McKay Company. Inc., 1967, pág. 132.

49. La cifra de 500.000 es la más extendida, usada, por ejemplo, por el *Washington Post* en 1966. El embajador

británico en Indonesia estimó la cifra en 400.000, pero informó de que el embajador sueco, que había hecho investigaciones adicionales, consideraba esa cifra «muy por debajo de sus estimaciones». Algunos elevan la cifra a un millón, aunque la CIA afirmó en un informe de 1968 que 250.000 habían sido asesinados, y lo calificó de «una de las peores masacres del siglo XX». «Silent Settlement», *Time,* 17 de diciembre de 1965; John Pilger, *The New Rulers of the World,* Londres, Verso, 2002, pág. 34; Kadane, «U.S. Officials' Lists Aided Indonesian Bloodbath in '60s». *op. cit.*

50. «Silent Settlement», *op. cit.*

51. David Ransom, «Ford Country: Building an Elite for Indonesia», en Steve Weissman (comp.), *The Trojan Horse: A Radical Look at Foreign Aid,* Palo Alto, California, Ramparts Press, 1975, pág. 99.

52. Nota a pie de página: Ibídem, pág. 100.

53. Robert Lubar, «Indonesia's Potholed Road Back», *Fortune,* 1 de junio de 1968.

54. Goenawan Mohamad, *Celebrating Indonesia: Fifty Years with the Ford Foundation 1953-2003,* Yakarta, Ford Fundation, 2003, pág. 59.

55. En el texto original, el autor escribe el nombre del general como Soeharto; lo he cambiado por el más extendido de Suharto por cuestión de coherencia. Mohammad Sadli, «Recollections of My Career», *Bulletin of Indonesian Economic Studies,* vol. 29, n°1, abril de 1993, pág. 40.

56. Los siguientes puestos fueron ocupados por graduados del programa Ford: ministro de Finanzas, ministro de Comercio, presidente de la Junta de Planificación Nacional, vicepresidente de la Junta de Planificación Nacional, secretario general de Marketing e Investigación de Mercado, presidente del Equipo Técnico de Inversiones Extranjeras, secretario general de la Industria y embajador

en Washington. Ransom, «Ford Country», *op. cit.,* pág. 110.

57. Richard Nixon, «Asia After Vietnam», *Foreign Affairs* 46, n° 1, octubre de 1967, pág. 111. Nota a pie de página: Arnold C. Harberger, *Curriculum Vitae,* noviembre de 2003, .

58. Pilger, *The New Rulers of the World,* págs. 36-37.

59. CIA, «Secret Cable from Headquarters [Blueprint for Fomenting a Coup Climate], September 27, 1970», en Peter Kornbluh, *The Pinochet File: A Declassified Dossier on Atrocity and Accountability,* Nueva York, New Press, 2003, págs. 49-56.

60. Valdés, *Pinochet's Economists, op. cit.,* pág. 251.

61. Ibídem, págs. 248-249.

62. Ibídem, pág. 250.

63. Comité Selecto para el Estudio de las Operaciones Gubernamentales relativas a las Actividades de Inteligencia, Senado de Estados Unidos, *Covert Action in Chile 1963-1973,* Washington, D.C., U.S. Government Printing Office, 18 de diciembre de 1975, pág. 30.

64. Ibídem, pág. 40.

65. Eduardo Silva, *The State and Capital in Chile: Business Elites, Technocrats, and Market Economics,* Boulder, Colorado: Westview Press, 1996, pág. 74.

66. Orlando Letelier, «The Chicago Boys in Chile: Economic Freedom's Awful Toll», *The Nation,* 28 de agosto de 1976.

segunda parte

LA PRIMERA PRUEBA

DOLORES DE PARTO

Las teorías de Milton Friedman le dieron el Premio Nobel; a Chile le dieron el general Pinochet.

EDUARDO GALEANO, *Días y noches de amor y de guerra,* 1983

No creo que nunca me hayan considerado «malvado».

MILTON FRIEDMAN, citado en *The Wall Street Journal, 22* de julio de 2006

Capítulo 3

ESTADOS DE *SHOCK*

El sangriento nacimiento de la contrarrevolución

Las injurias deben hacerse de una vez, de modo que, al tener menos tiempo para saborearlas, ofendan menos.

NICOLÁS MAQUIAVELO, *El príncipe,* 1513[1]

Si se adoptase esta estrategia del shock, creo que debería anunciarse públicamente con detalle, para pasar a estar en vigor al poco tiempo. Cuanto más información tenga el público, más facilitará su reacción al ajuste.

MILTON FRIEDMAN en una carta al general

Augusto Pinochet, 21 de abril de 1975[2]

El general Augusto Pinochet y sus seguidores se refirieron siempre a los hechos del 11 de septiembre de 1973 no como un golpe de Estado sino como «una guerra». Santiago de Chile, desde luego, parecía zona de guerra: carros blindados abrían fuego conforme avanzaban a través de los bulevares y los edificios del gobierno eran atacados por cazas de combate. Pero había algo extraño en esa guerra: sólo combatía un bando.

Desde el principio, Pinochet tuvo el completo control del ejército, la Armada, los marines y la policía. El presidente Salvador Allende, mientras tanto, se opuso a que sus seguidores se organizaran en ligas de defensa, así que no disponía de ejército propio. La única resistencia procedió del palacio presidencial, La Moneda, y de los tejados a su alrededor, desde donde Allende y sus allegados intentaron con gallardía defender la sede de la democracia chilena. No se puede decir que fuera una lucha justa: a pesar de que en el interior del palacio sólo había treinta y seis defensores fieles a Allende, los militares lanzaron veinticuatro cohetes contra el palacio.[3]

Pinochet, el vanidoso y volátil comandante (cuya constitución recordaba a la de los tanques en los que se desplazaba), claramente quería que el acontecimiento fuera lo más dramático y traumático posible. A pesar de que el golpe no fue una guerra, estaba diseñado para parecerlo, lo que lo convierte en un precursor chileno de la estrategia de *shock* y conmoción. Difícilmente podría el *shock* haber sido mayor. A diferencia de la vecina Argentina, que había sido dirigida por seis gobiernos militares en los cuarenta años previos, Chile carecía de experiencia en ese tipo de violencia: había disfrutado de 160 años de pacífico gobierno democrático, los últimos 41 ininterrumpidos.

Ahora el palacio presidencial estaba en llamas y de él se sacaba el cuerpo amortajado del presidente sobre una camilla mientras se obligaba a sus colegas más próximos a estirarse boca abajo en la calle bajo las bocas de los rifles de los soldados.* A pocos minutos en coche del palacio

presidencial, Orlando Letelier, que acababa de retornar de Washington para tomar el puesto de ministro de Defensa de Chile, había ido a su despacho en el ministerio esa mañana. Tan pronto como entró por la puerta, doce soldados vestidos con uniforme de combate se echaron sobre él, todos apuntándole con sus ametralladoras.[4]

<!--[if !supportLists]-->* <!--[endif]-->Allende fue descubierto con la cabeza descerrajada por un tiro. Continúa el debate sobre si fue alcanzado por una de las balas que se dispararon contra La Moneda o si se suicidó, prefiriendo morir a dejar en la memoria colectiva de los chilenos la imagen de su presidente electo rindiéndose ante un ejército insurrecto. La segunda teoría es más creíble.

En los años que llevaron al golpe, asesores estadounidenses, muchos de ellos de la CIA, habían excitado el ánimo del ejército chileno, atizando un anticomunismo rabioso y persuadiendo a los militares de que los socialistas eran, de hecho, espías rusos, una fuerza ajena a la sociedad chilena, una especie de «enemigo interior» crecido en casa. Lo cierto es que fueron los militares los que se convirtieron en el auténtico enemigo doméstico, dispuestos a volver sus armas contra la población que habían jurado proteger.

Con Allende muerto, su gabinete cautivo y sin indicios de que fuera a haber resistencia popular, la gran batalla de la Junta Militar había terminado a media tarde. Letelier y los demás prisioneros «VIP» fueron al final trasladados a la gélida isla Dawson, en el sur del estrecho de Magallanes, la versión pinochetista de los campos de concentración siberianos. Pero matar y encarcelar al gobierno no era suficiente para la nueva Junta Militar chilena. Los generales estaban convencidos de que sólo podrían retener el poder si lograban que los chilenos vivieran completamente aterrorizados, como había pasado con la población de Indonesia. En los días que siguieron al golpe, unos trece mil quinientos civiles fueron arrestados, subidos a camiones y

encarcelados, según un informe de la CIA recientemente desclasificado.[5] Miles acabaron en los dos principales estadios de fútbol de Santiago, el Estadio de Chile y el enorme Estadio Nacional. Dentro del Estadio Nacional, la muerte reemplazó al fútbol como espectáculo público. Los soldados paseaban entre las gradas al sol acompañados de colaboradores encapuchados que señalaban a los «subversivos» entre los detenidos; los seleccionados eran enviados a los vestuarios o a los palcos, transformados en improvisadas cámaras de tortura. Cientos fueron ejecutados. Cuerpos sin vida empezaron a aparecer en las cunetas de las principales carreteras o flotando en mugrientos canales urbanos.

Para asegurarse de que el terror se extendía más allá de la capital, Pinochet envió a su comandante más despiadado, el general Sergio Arellano Stark, en helicóptero en una misión en las provincias del norte para visitar una serie de prisiones en las que se retenía a «subversivos». En cada ciudad y pueblo, Stark y su escuadrón de la muerte itinerante escogían a los prisioneros de perfil más alto, a veces hasta veintiséis a la vez, y los ejecutaban. El rastro de sangre que dejaron durante esos cuatro días se conocería como la caravana de la muerte.[6] Al, poco tiempo la comunidad entera había captado el mensaje: la resistencia es mortal.

A pesar de que la batalla de Pinochet sólo tuvo un bando, sus efectos fueron tan reales como cualquier guerra civil o invasión extranjera: en total, más de 3.200 personas fueron ejecutadas o desaparecieron, al menos 80.000 fueron encarceladas y 200.000 huyeron del país por motivos políticos.[7]

EL FRENTE ECONÓMICO

Para los Chicago Boys, el 11 de septiembre fue un día de vertiginosa anticipación y letal adrenalina. Sergio de Castro había estado trabajando a fondo su contacto en la Armada, consiguiendo que aprobara página a página «el ladrillo».

Ahora, el día del golpe, varios Chicago Boys estaban acampados junto a las rotativas del periódico de derechas *El Mercurio.* Mientras en la calle sonaban disparos, trabajaron frenéticamente para que el documento quedara impreso a tiempo para el primer día de gobierno de la Junta. Arturo Fontaine, uno de los editores del periódico, recuerda que las rotativas trabajaron «sin cesar para producir copias de aquel largo documento». Y lo consiguieron, por los pelos. «Antes del mediodía del miércoles 12 de septiembre de 1973, los generales de las fuerzas armadas que desempeñaban cargos de gobierno tenían el plan sobre sus escritorios.»[8]

Las propuestas que aparecen en ese documento final se parecen asombrosamente a las que hace Milton Friedman en *Capitalismo y libertad:* privatización, desregulación y recorte del gasto social; la santísima trinidad del libre mercado. Los economistas chilenos educados en Estados Unidos habían tratado de introducir esas ideas pacíficamente, dentro de los confines del debate democrático, pero habían sido rechazadas de forma abrumadora. Ahora los Chicago Boys y sus planes habían vuelto en un clima mucho más permeable a su punto de vista radical. En esta nueva era no era necesario que nadie más allá de un puñado de hombres uniformados estuviera de acuerdo con ellos. Sus oponentes políticos más enconados estaban o encarcelados o muertos o huidos; el espectáculo de los cazas de combate y las caravanas de la muerte mantenía a todo el mundo a raya.

«Para nosotros, fue una revolución», dijo Cristian Larroulet, uno de los asesores económicos de Pinochet.[9] Era una descripción adecuada. El 11 de septiembre de 1973 fue mucho más que el violento final de la pacífica revolución socialista de Allende; fue el principio de lo que *The Economist* calificaría más tarde de «contrarrevolución», la primera victoria concreta en la campaña de la Escuela de Chicago por recuperar las ganancias que se habían conseguido con el desarrollismo y el keynesianismo.[10] A

diferencia de la revolución parcial de Allende, templada y matizada por el característico tira y afloja de la democracia, esta revuelta, impuesta mediante la fuerza bruta, tenía las manos libres para llegar hasta el final. En los años siguientes, las políticas descritas en «el ladrillo» se impondrían en docenas de otros países bajo la coartada de una amplia gama de crisis. Pero Chile fue la génesis de la contrarrevolución, una génesis de terror.

José Piñera, un alumno de la Facultad de Economía de la Universidad Católica que se definía a sí mismo como un Chicago Boy, era estudiante de posgrado en Harvard cuando tuvo lugar el golpe. Al oír las buenas noticias, regresó a casa «para ayudar a fundar un país nuevo, dedicado a la libertad, de las cenizas del antiguo». Según Piñera, que acabaría convirtiéndose en ministro de Trabajo y Minería con Pinochet, ésta era «la auténtica revolución [...] un movimiento radical, completo y sostenido hacia el libre mercado».[11]

Antes del golpe, Augusto Pinochet tenía reputación de ser muy educado, casi demasiado obsequioso, reputación de adular y dar siempre la razón a sus superiores civiles. Como dictador, Pinochet desveló nuevas facetas de su carácter. Se adueñó del poder con un regocijo indecoroso y adoptó la actitud de un monarca absoluto, declarando que el «destino» le había otorgado su cargo. Sin dilación, dirigió un golpe dentro del golpe para deshacerse de los otros tres líderes militares con los que había acordado dividirse el poder y se hizo nombrar jefe supremo de la nación, además de presidente. Le encantaba la pompa y la ceremonia, prueba de su derecho a gobernar, y no desperdiciaba ninguna ocasión de vestirse con su uniforme prusiano, con capa y todo. Para moverse por Santiago, escogió una caravana de Mercedes-Benz dorados y a prueba de balas.[12]

A Pinochet se le daba bien gobernar de forma autoritaria, pero, igual que Suharto, no sabía prácticamente nada de economía. Eso era un problema, porque la campaña de sabotaje empresarial liderada por ITT había conseguido

hacer que la economía entrara en barrena y Pinochet se encontró con una crisis entre manos. Desde el principio se produjo una lucha de poder dentro de la Junta entre los que simplemente querían reinstaurar el *statu quo* anterior a Allende y regresar rápidamente al sistema democrático, y los de Chicago, que presionaban para conseguir una liberalización del mercado de pies a cabeza que tardaría años en imponerse. A Pinochet, que disfrutaba a fondo de sus nuevos poderes, no le gustaba nada la idea de que su destino fuera una simple operación de limpieza, limitada a «restaurar el orden» y luego marcharse. «No somos como una aspiradora que barrió el marxismo para luego darle el poder a esos señores políticos», dijo.[13] La visión de los de Chicago de una remodelación completa del país estaba en sintonía con su recién desatada ambición y, al igual que Suharto con la mafia de Berkeley, de inmediato nombró a varios licenciados de Chicago como sus principales asesores económicos, entre ellos Sergio de Castro, el líder de hecho del movimiento y principal autor del «ladrillo». Los llamaba los *tecnos* —los tecnócratas—, lo cual encajaba con la pretensión de los de Chicago de que arreglar una economía era una cuestión científica y no de elecciones humanas subjetivas.

Pese a que Pinochet entendía poco sobre inflación y tipos de interés, los *tecnos* hablaban un lenguaje que comprendía. Para ellos la economía era una fuerza de la naturaleza a la que había que respetar y obedecer porque «ir contra la naturaleza es contraproducente y es engañarse a uno mismo», como explicó Piñera.[14] Pinochet estaba de acuerdo: la gente, escribió en una ocasión, debe someterse a la estructura porque «la naturaleza muestra que el orden básico y la jerarquía son necesarios».[15] Esta convicción compartida de obedecer unas leyes naturales superiores formó la base de la alianza Pinochet-Chicago.

Durante el primer año y medio Pinochet siguió fielmente las reglas de Chicago: privatizó algunas, aunque no todas, empresas estatales (entre ellas varios bancos); permitió

formas nuevas y muy avanzadas de especulación financiera; abrió las fronteras a las importaciones extranjeras, derribando las barreras que habían protegido durante muchos años a las manufacturas chilenas y recortó el gasto público un 10 % excepto, claro, el gasto militar, que aumentó significativamente.[16] También eliminó el control del precios, una decisión radical en un país que llevaba regulando el coste de productos de primera necesidad como el pan y el aceite durante décadas.

Los de Chicago le aseguraron a Pinochet que si hacía que el gobierno dejara de intervenir en esas áreas rápidamente, las leyes «naturales» de la economía harían que se recuperara el equilibrio y la inflación —que consideraban una especie de fiebre económica que indicaba la presencia de organismos insalubres en el mercado— descendería mágicamente. Se equivocaban. En 1974, la inflación alcanzó el 375 %, la tasa más alta en todo el mundo y casi el doble de su punto más alto con Allende.[17] El precio de productos de primera necesidad como el pan se puso por las nubes. En paralelo, los chilenos perdían su empleo gracias a que el experimento de Pinochet con el «libre mercado» estaba inundando el país de importaciones baratas. Las empresas locales cerraban a docenas, incapaces de competir; el desempleo alcanzó cifras récord, y se extendió el hambre. El primer laboratorio de la Escuela de Chicago estaba en caída libre.

Sergio de Castro y los demás de Chicago arguyeron, en el mejor estilo de Chicago, que su teoría era perfectamente correcta y que el problema era que no se estaba aplicando de forma suficientemente estricta. La economía no había podido corregirse sola y volver a un equilibrio armonioso porque todavía quedaban «distorsiones», consecuencia de casi medio siglo de interferencias gubernamentales. Para que el experimento funcionase, Pinochet tenía que acabar con esas distorsiones: más recortes, más privatizaciones y todo llevado a cabo con más rapidez.

En ese año y medio, buena parte de la élite empresarial

chilena se hartó de las aventuras de los de Chicago con el capitalismo radical. Los únicos que se beneficiaban de la situación eran las empresas extranjeras y un pequeño grupo de financieros conocidos como los «pirañas», que se forraban especulando. Los fabricantes industriales que habían apoyado con entusiasmo el golpe estaban siendo barridos. Orlando Sáenz —el presidente de la Sociedad de Fomento Fabril que había sido quien había introducido a los de Chicago en el complot del golpe— declaró que los resultados del experimento constituían «uno de los mayores fracasos de nuestra historia económica».[18] A los empresarios no les gustaba el socialismo de Allende, pero no tenían ningún problema con una economía controlada por el gobierno. «Es imposible continuar con el caos financiero que domina Chile», dijo Sáenz. «Es necesario canalizar hacia inversiones productivas los millones y millones de recursos financieros que hoy se utilizan en operaciones especulativas alocadas frente a los ojos de los que no tienen siquiera empleo.»[19]

Con su plan en grave peligro, los de Chicago y los pirañas (que en muchos casos eran las mismas personas) decidieron que había llegado el momento de sacar la artillería. En marzo de 1975, Millón Friedman y Arnold Harberger volaron a Santiago invitados por un banco importante para ayudar a salvar el experimento.

La prensa, controlada por la Junta, recibió a Friedman como si fuera una estrella del rock, el gurú del nuevo orden. Cada una de sus declaraciones acababa en los titulares, sus clases se emitían en la televisión nacional y contó con la audiencia más importante de todas: un encuentro privado con el general Pinochet.

A lo largo de toda su visita, Friedman machacó un solo tema: la Junta había empezado bien, pero necesitaba abrazar el libre mercado sin ninguna reserva. En discursos y entrevistas utilizó un término que hasta entonces jamás se había aplicado a una crisis económica del mundo real: pidió un «tratamiento de choque». Afirmó que era «la única

cura. Con certeza. No hay otra forma de hacerlo. No hay otra solución a largo plazo».[20] Cuando un periodista chileno apuntó que hasta Richard Nixon, entonces presidente de Estados Unidos, imponía controles para atemperar el libre mercado, Friedman replicó: «Yo no los apruebo. Creo que no deberíamos aplicarlos. Estoy en contra de que el gobierno intervenga en la economía, sea el gobierno de mi país o el de Chile».[21]

Después de su reunión con Pinochet, Friedman escribió unas notas personales sobre el encuentro, que reprodujo décadas más tarde en sus memorias. Observó que al general «le atraía la idea de un tratamiento de choque, pero le preocupaba claramente el aumento del desempleo que podía crear».[22] Llegados a este punto, Pinochet ya se había hecho tristemente célebre en el mundo por ordenar masacres en estadios de fútbol, de modo que el hecho de que al dictador le «preocupara» el coste humano de su terapia de *shock* debería haber hecho que Friedman reflexionara. Pero en vez de ello insistió en sus tesis en una carta de seguimiento en la que alabó las decisiones «extremadamente sabias» del general, pero animaba a Pinochet a recortar todavía mucho más el gasto público, «un 25 % en los próximos seis meses [...] en todos los apartados», y a la vez le pedía que adoptara un paquete de políticas proempresariales que le acercarían más «al completo libre mercado». Friedman predijo que los cientos de miles de personas que serían despedidas del sector público pronto encontrarían trabajo en el sector privado, que despegaría espectacularmente gracias a que Pinochet eliminaría «tantos como sea posible de los obstáculos que ahora perjudican el mercado privado».[23]

Friedman aseguró al general que si seguía sus consejos podría anotarse el mérito de un «milagro económico»; podría «acabar con la inflación en unos meses» mientras que el problema del desempleo sería igualmente «breve —cuestión de meses— y la subsiguiente recuperación económica sería rápida». Pinochet tenía que actuar rápida y

decidídamente; Friedman subrayó la importancia del *«shock»* repetidamente. Usó la palabra tres veces en su carta y subrayó que el «gradualismo no era factible».[24]

Pinochet se convirtió. En su carta de respuesta, el jefe supremo de Chile expresaba su «más alta y respetuosa admiración» por Friedman y le aseguraba a éste que «el plan está aplicándose plenamente en estos momentos».[25] Inmediatamente después de la visita de Friedman, Pinochet despidió a su ministro de Economía y entregó el cargo a Sergio de Castro, al que después ascendería a ministro de Finanzas. De Castro llenó el gobierno de colegas suyos de Chicago y nombró a uno de ellos director del banco central. Orlando Sáenz, que se había opuesto a los despidos masivos y al cierre de fábricas, fue sustituido al frente de la Sociedad de Fomento Fabril por alguien con una actitud más favorable al *shock.* «Si hay empresarios que se quejan de ello, que se vayan al infierno. No les defenderé», declaró el nuevo director.[26]

Libres de críticos, Pinochet y De Castro empezaron a desmontar el Estado del bienestar para alcanzar su pura utopía capitalista. En 1975 recortaron el gasto público el 27 % de un solo golpe y siguieron recortando hasta que, hacia 1980, llegaron a la mitad de lo que era con Allende.[27] Salud y educación fue lo que más sufrió. Incluso *The Economist,* una animadora del equipo del libre mercado, calificó lo que sucedía como «una orgía de automutilación».[28] De Castro privatizó casi quinientas empresas y bancos estatales, prácticamente regalando muchos de ellos, puesto que lo que quería era ponerlos lo más rápido posible en el lugar que les correspondía dentro del orden económico.[29] No se apiadó de las empresas locales y eliminó todavía más barreras arancelarias. El resultado fue la pérdida de 177.000 puestos de trabajo en la industria entre 1973 y 1983.[30] A mediados de la década de 1980, la industria como porcentaje de la economía descendió a niveles que no se habían visto desde la Segunda Guerra Mundial.[31]

«Tratamiento de choque era un nombre adecuado para lo

que Friedman había recetado. Pinochet envió deliberadamente a su país a una profunda recesión, basándose en una teoría sin probar que afirmaba que la súbita contracción haría que la economía recuperase la salud. En su lógica interna, esta medida era asombrosamente parecida a la de los psiquiatras que recetaron terapia electroconvulsiva en las décadas de 1940 y 1950, convencidos de que las conmociones deliberadamente inducidas con las descargas conseguirían mágicamente reiniciar los cerebros de sus pacientes.

La teoría de la terapia de *shock* económica se basa en parte en el papel de las expectativas como combustible de un proceso inflacionario. Para poner freno a la inflación no basta con cambiar la política monetaria sino que además hay que cambiar la actitud de los consumidores, empresarios y trabajadores. Lo que hace un cambio súbito y brutal de política es alterar rápidamente las expectativas y señalar al público que las reglas del juego han cambiado dramáticamente: los precios no van a seguir subiendo ni tampoco los sueldos. Según esta teoría, cuanto antes se consigan mitigar las expectativas de inflación, más corto será el doloroso período de recesión y alto desempleo. Sin embargo, particularmente en países en los que la clase dirigente ha perdido su credibilidad ante el público, se dice que sólo un *shock* político enorme y decidido puede lograr «enseñar» al público esta dura lección.*

<!--[if !supportLists]-->* <!--[endif]-->Algunos economistas de la Escuela de Chicago afirman que el primer experimento con la terapia de *shock* se llevó a cabo en Alemania Occidental el 20 de junio de 1948. El ministro de Finanzas, Ludwig Erhard, eliminó la mayoría de los controles aplicados a los precios e introdujo una moneda nueva. Lo hizo rápidamente y sin previo aviso, lo que supuso un *shock* tremendo para la economía alemana, que llevó a una subida masiva del desempleo. Pero ahí es donde terminan las similitudes: las reformas de Erhard se limitaron a los

> precios y a la política monetaria y no fueron acompañadas de recortes en los programas sociales ni por la rápida introducción del libre mercado, y se tomaron muchas precauciones para proteger a los ciudadanos del *shock,* entre ellas el aumento de los salarios. Alemania Occidental, incluso después del *shock,* se adecuaba con facilidad a la definición que Friedman hacía de un Estado del bienestar casi socialista: ofrecía vivienda de protección oficial, pensiones, sanidad pública y un sistema educativo estatal, mientras que además el gobierno dirigía y subsidiaba casi todo, desde el teléfono a plantas productoras de aluminio. Concederle a Erhard el mérito de haber inventado la terapia de *shock* es una historia agradable, puesto que su experimento tuvo lugar después de que Alemania Occidental fuera liberada de la tiranía. El *shock* de Erhard, sin embargo, no se parece en nada a las transformaciones radicales que hoy se entienden como terapia económica de *shock:* los pioneros de este método fueron Friedman y Pinochet, en un país que acababa de perder su libertad.

Causar una recesión o una depresión es una idea brutal, pues conlleva crear pobreza generalizada, motivo por el cual ningún líder político hasta ese momento había estado dispuesto a poner a prueba la teoría. ¿Quién querría ser responsable de lo que *Business Week* denominó «un mundo a la doctor Strangelove en el que se impulsa deliberadamente la recesión»?[32]

Pinochet quería serlo. En el primer año de la terapia de *shock* recetada por Friedman, la economía chilena se contrajo un 15 % y el desempleo —que sólo sufría un 3 % con Allende— alcanzó el 20 %, un porcentaje inaudito en el Chile de la época.[33] El país, ciertamente, se convulsionaba bajo el «tratamiento». Contrariamente a lo que Friedman predijo con optimismo, la crisis duró años, no meses. Hacia 1986 uno de cada cinco trabajadores industriales había

perdido su empleo.[34] La Junta, que había adoptado inmediatamente la metáfora de la enfermedad que utilizó Friedman, no se arrepentía de nada y explicaba que «se había escogido ese camino porque es el único que ataca directamente las causas de la enfermedad».[35] Friedman estaba de acuerdo. Cuando un periodista le preguntó «si el coste social de sus políticas no sería excesivo», respondió: «Esa es una pregunta estúpida».[36] A otro periodista le dijo: «Lo único que me preocupa es que perseveren el tiempo necesario y con la fuerza necesaria».[37]

Es interesante saber que la mayor crítica hacia la terapia de *shock* procedió de uno de los propios ex alumnos de Friedman, André Gunder Frank. Durante sus años en la Universidad de Chicago en la década de 1950, Gunder Frank —originario de Alemania— oyó hablar tanto sobre Chile que cuando se doctoró en economía decidió ir él mismo al país que sus profesores habían descrito como una distopía desarrollista mal gestionada. Le gusto lo que vio y acabó enseñando en la Universidad de Chile y luego siendo asesor económico de Salvador Allende, hacia el que desarrolló un gran respeto. Como hombre de Chicago en Chile, Frank tenía una perspectiva privilegiada sobre la aventura económica del país. Un año después de que Friedman recetara el *shock* máximo, escribió una airada «Carta abierta a Arnold Harberger y Milton Friedman» en la que utilizó su formación en la Escuela de Chicago «para examinar cómo ha respondido el paciente chileno a su tratamiento».[38]

Calculó lo que significaba para una familia chilena tratar de sobrevivir con lo que Pinpchet afirmaba que era un «sueldo mínimo». Aproximadamente el 74 % de sus ingresos se dedicaban simplemente a comprar pan, lo cual obligaba a la familia a prescindir de «lujos» como la leche y el autobús para ir a trabajar. En comparación, bajo Allende el pan, la leche y el autobús alcanzaban el 17 % del sueldo de un empleado público.[39] Muchos niños tampoco tenían leche en las escuelas, pues una de las primeras medidas de la Junta

había sido eliminar el programa de leche escolar. Como resultado combinado de ese recorte más la situación desesperada de las familias, cada vez más estudiantes se desmayaban en clase, mientras que otros muchos dejaron de acudir a la escuela.[40] Gunder Frank vio una relación directa entre las brutales políticas económicas impuestas por sus antiguos compañeros de estudios y la violencia que Pinochet había desatado contra el país. Las recetas de Friedman eran tan dolorosas, afirmó el desafecto hombre de Chicago, que no podían «imponerse ni llevarse a cabo sin los elementos gemelos que subyacen a todas ellas: la fuerza militar y el terror político».[41]

Impasible, el equipo económico de Pinochet se adentró todavía más en terreno experimental, adoptando las políticas más vanguardistas de Friedman: el sistema educativo público fue sustituido por cheques escolares y escuelas chárter, la sanidad pasó a ser de pago y se privatizaron guarderías y cementerios. Lo más radical de todo fue que privatizaron el sistema de seguridad social de Chile. José Piñera, que fue el artífice del programa, dijo haber tenido la idea después de leer *Capitalismo y libertad.*[42] Suele concedérsele a la administración de George W. Bush el mérito de haber sido los pioneros de la «sociedad de propietarios» cuando, de hecho fue el gobierno de Pinochet, treinta años antes, el que primero introdujo el concepto de «una nación de propietarios».

Chile avanzaba en territorio desconocido y los partidarios del libre mercado en todo el mundo, acostumbrados a debatir los méritos de tales políticas en marcos puramente académicos, le prestaban mucha atención. «Los manuales de economía dicen que ésa es la forma en que debería funcionar el mundo, pero ¿en qué otro lugar se puede ver puesta en práctica?», se maravillaba la revista norteamericana de negocios *Barron's.*[43] En un artículo titulado «Chile, laboratorio para un teórico», *The New York Times* destacó que «pocas veces uno de los principales economistas convencido de sus ideas recibe la oportunidad

de probar recetas concretas en una economía gravemente enferma. Resulta todavía menos habitual que el cliente del economista sea un país que no es el suyo».[44] Muchos se acercaron a ver en persona el laboratorio chileno, entre ellos el propio Friedrich Hayek, que viajó al Chile de Pinochet en varias ocasiones y que en 1981 escogió Viña del Mar (la ciudad en la que se tramó el golpe) para celebrar la convención regional de la Sociedad Mont Pelerin, la asamblea de cerebros de la contrarrevolución.

EL MITO DEL MILAGRO CHILENO

Incluso tres décadas más tarde Chile sigue siendo considerado por los entusiastas del libre mercado como una prueba de que el friedmanismo funciona. Cuando murió Pinochet, en diciembre de 2006 (un mes después de Friedman), *The New York Times* le elogió por «transformar una economía en bancarrota en una de las más prósperas de América Latina» y un editorial del *Washington Post* dijo que había «introducido las políticas de libre mercado que habían producido el milagro económico chileno».[45] Los hechos tras el «milagro chileno» siguen siendo objeto de intenso debate.

Pinochet se mantuvo en el poder diecisiete años y durante ese tiempo cambió de rumbo político varias veces. El período de crecimiento continuado de la nación que se cita como prueba de su milagroso éxito no empezó hasta mediados de los años ochenta, una década entera después de que los de Chicago implementaran su terapia de *shock* y bastante después de que Pinochet se viera obligado a cambiar radicalmente el rumbo. Y sucedió porque en 1982, a pesar de su estricta fidelidad a la doctrina de Chicago, la economía de Chile se derrumbó: explotó la deuda, se enfrentaba de nuevo la hiperinflación y el desempleo alcanzó el 30 %, diez veces más que con Allende.[46] La causa principal fue que las pirañas, las empresas financieras al estilo de Enron a las que los de Chicago habían liberado de cualquier tipo de regulación, habían comprado los activos del país con dinero prestado y acumularon una enorme

deuda de 14.000 millones de dólares.[47]

La situación era tan inestable que Pinochet se vio obligado a hacer exactamente lo mismo que había hecho Allende: nacionalizó muchas de estas empresas.[48] Al borde de la debacle, casi todos los de Chicago perdieron sus influyentes puestos en el gobierno, incluyendo a Sergio de Castro. Muchos otros licenciados de Chicago tenían altos cargos en las empresas de los piraña y fueron investigados por fraude, con lo que se desvaneció la fachada de neutralidad científica tan fundamental para la identidad que se habían construido los de Chicago.

La única cosa que protegía a Chile del colapso económico total a principios de la década de 1980 fue que Pinochet nunca privatizó Codelco, la empresa de minas de cobre nacionalizada por Allende. Esa única empresa generaba el 85 % de los ingresos por exportación de Chile, lo que significa que cuando la burbuja financiera estalló, el Estado siguió contando con una fuente constante de fondos.[49]

Está claro que Chile nunca fue el laboratorio «puro» del libre mercado que muchos de sus partidarios creyeron. Al contrario: fue un país donde una pequeña élite pasó de ser rica a superrica en un plazo brevísimo basándose en una fórmula que daba grandes beneficios financiándose con deuda y subsidios públicos, para luego recurrir también al dinero publico para pagar aquella deuda. Si uno consigue apartar el boato y el clamor de los vendedores, el Chile de Pinochet y los de Chicago no fue un Estado capitalista con un mercado libre de trabas, sino un Estado corporativista. El corporativismo se refería originalmente al modelo de Estado ideado por Mussolini, un Estado policial gobernado bajo una alianza de las tres mayores fuentes de poder de una sociedad —el gobierno, las empresas y los sindicatos—, todos colaborando para mantener el orden en nombre del nacionalismo. Lo que Chile inauguró con Pinochet fue una evolución del corporativismo: una alianza de apoyo mutuo en la que un Estado policial y las grandes empresas unieron fuerzas para lanzar una guerra total contra el tercer centro

de poder —los trabajadores—, incrementando con ello de manera espectacular la porción de riqueza nacional controlada por la alianza.

Esa guerra —que muchos chilenos comprensiblemente ven como una guerra de los ricos contra los pobres y la clase media— es la auténtica realidad tras el «milagro» económico de Chile. Hacia 1988, cuando la economía se había estabilizado y crecía con rapidez, el 45 % de la población había caído por debajo del umbral de la pobreza.[50] El 10 % más rico de los chilenos, sin embargo, había visto crecer sus ingresos en un 83 %.[51] Incluso en 2007 Chile seguía siendo una de las sociedades menos igualitarias del mundo. De las 123 naciones en que Naciones Unidas monitoriza la desigualdad, Chile ocupaba el puesto 116, lo que le convierte en el octavo país con mayores desigualdades de la lista.[52]

Si ese historial hace que Chile sea un milagro para los economistas de la Escuela de Chicago, quizá sea porque el tratamiento de choque nunca tuvo como objetivo devolver la salud a la economía. Quizá se suponía que tenía que hacer exactamente lo que hizo: enviar la riqueza a los de arriba y conmocionar a la clase media hasta borrarla del mapa.

Así lo creía Orlando Letelier, ex ministro de Defensa con Allende. Después de pasar un año en las prisiones de Pinochet, Letelier consiguió escapar de Chile gracias a una intensiva campaña de presión internacional. Al contemplar desde el extranjero el rápido empobrecimiento de su país, Letelier escribió en 1976 que «durante los últimos tres años varios miles de millones de dólares fueron sacados de los bolsillos de los asalariados y depositados en los de los capitalistas y terratenientes [...] la concentración de la riqueza no fue un accidente, sino la regla; no es el resultado colateral de una situación difícil —que es lo .que a la Junta le gustaría que el mundo creyera— sino la base de un proyecto social; no es una desventaja de la economía, sino un éxito político temporal».[53]

Lo que Letelier no podía saber entonces era que Chile bajo el gobierno de la Escuela de Chicago ofrecía un avance del futuro de la economía global, una pauta que se repetiría una y otra vez, de Rusia a Sudáfrica y a Argentina: una burbuja urbana de especulación frenética y contabilidad dudosa que generaba enormes beneficios y un frenético consumismo, y rodeada por fábricas fantasmagóricas e infraestructuras en desintegración de un pasado de desarrollo; aproximadamente la mitad de la población excluida completamente de la economía; corrupción y amiguismo fuera de control; aniquilación de las empresas públicas grandes y medianas; un enorme trasvase de riqueza del sector público al privado, seguido de un enorme trasvase de deudas privadas a manos públicas. En Chile, si estabas fuera de la burbuja de riqueza, el milagro se parecía a la Gran Depresión, pero dentro de su caparazón estanco los beneficios fluían tan libre y rápidamente que el dinero fácil que las reformas estilo terapia de *shock* hace posible se ha convertido desde entonces en la cocaína de los mercados financieros. Y es por eso por lo que el mundo financiero no respondió a las obvias contradicciones del experimento chileno reevaluando las premisas básicas del *laissez-faire.* En lugar de ello, reaccionó como reacciona un drogadicto: se preguntó dónde conseguir la siguiente dosis.

LA REVOLUCIÓN SE EXTIENDE, EL PUEBLO DESAPARECE

Durante un tiempo la siguiente dosis la aportaron otros países del Cono Sur a los que la contrarrevolución de la Escuela de Chicago se extendió rápidamente. Brasil estaba ya bajo el control de una junta apoyada por Estados Unidos y muchos de los estudiantes brasileños de Friedman ocupaban puestos clave en el gobierno. Friedman viajó a Brasil en 1973, en la época de mayor brutalidad del régimen y declaró que el experimento económico era «un milagro».[54] En Uruguay los militares dieron un golpe de Estado en 1973 y al año siguiente decidieron seguir el rumbo trazado por Chicago. Ante la falta de uruguayos

licenciados en la Universidad de Chicago, los generales invitaron a «Arnold Harberger y a [el profesor de economía] Larry Sjaastad de la Universidad de Chicago y su equipo, que incluía ex alumnos de Chicago argentinos, chilenos y brasileños, para que reformaran el sistema impositivo y la política comercial de Uruguay».[55] Los efectos sobre la sociedad anteriormente igualitaria de Uruguay fueron inmediatos: los salarios reales descendieron un 28 % y hordas de mendigos aparecieron por primera vez en las calles de Montevideo.[56]

El siguiente país en unirse al experimento fue Argentina en 1976

Antes de que la Junta tomara el poder, Argentina tenía menos pobres que Francia o Estados Unidos —solo un 6 % de la población— y una tasa de desempleo de sólo el 4,2 %.

E**l siguiente país en unirse al experimento fue Argentina en 1976***,* cuando una junta arrebató el poder a Isabel Perón. Con ello Argentina, Chile, Uruguay y Brasil —**los países que habían sido los abanderados del desarrollismo— estaban ahora todos dirigidos por gobiernos militares apoyados por Estados Unidos y se habían convertido en laboratorios vivos de la Escuela de economía de Chicago.**

Según documentos brasileños desclasificados en marzo de 2007, semanas antes de que los generales argentinos tomaran el poder contactaron con Pinochet y con la Junta brasileña y «esbozaron los principales pasos que debería tomar el futuro régimen».[57]

A pesar de esta estrecha colaboración, el gobierno militar argentino no fue tan lejos en su experimento neoliberal como Pinochet; no privatizo las reservas de petróleo del país ni la seguridad social, por ejemplo (eso vendría después). Sin embargo, en lo que se refiere a atacar las políticas e instituciones que habían conseguido elevar a los

pobres argentinos a la clase media, la Junta siguió fielmente el ejemplo de Pinochet, gracias en parte a la abundancia de economistas argentinos que habían asistido a los cursos de Chicago.

Los argentinos recién salidos de Chicago se hicieron con puestos clave en el gobierno: secretario de Finanzas, presidente del banco central y director de investigaciones del Departamento del Tesoro del Ministerio de Finanzas, además de otros puestos económicos de menor nivel.[58] Pero mientras los de Chicago de la rama argentina fueron partícipes entusiastas del gobierno militar, el principal puesto económico no fue para ninguno de ellos, sino para José Alfredo Martínez de Hoz. Martínez de Hoz pertenecía a la alta burguesía rural que formaba parte de la Sociedad Rural, la asociación de rancheros que desde hacía tiempo controlaba las exportaciones del país. A estas familias, lo más cercano a una aristocracia que tenía Argentina, el orden económico feudal les parecía perfecto: no tenían que preocuparse de que sus tierras se redistribuyeran entre los campesinos ni de que el precio de la carne se redujera para que todo el mundo pudiera comer.

Martínez de Hoz había presidido la Sociedad Rural, igual que su padre y su abuelo antes que él; también formaba parte de los consejos de administración de varias multinacionales, entre ellas Pan American Airways e ITT. Cuando tomó el cargo en el gobierno de la Junta quedó claro que el golpe representaba una revuelta de las élites, una contrarrevolución contra cuarenta años de avances de los trabajadores argentinos.

La primera decisión como ministro de Martínez de Hoz fue prohibir las huelgas e instaurar el despido libre. Abolió los controles de precios, disparando el precio de la comida. También estaba decidido a hacer que Argentina volviera a ser un lugar hospitalario para las multinacionales extranjeras. Derogó las restricciones a las propiedades que los extranjeros podían tener en el país y en pocos años vendió cientos de empresas estatales.[59] Estas medidas le

granjearon poderosos aliados en Washington. Documentos desclasificados muestran que William Rogers, subsecretario de Estado para América Latina, le dijo a su jefe, Henry Kissinger, poco después del golpe: «Martínez de Hoz es un buen hombre. Hemos mantenido consultas con él constantemente». Kissinger quedó tan impresionado que, «como gesto simbólico», organizó un encuentro de alto nivel con Martínez de Hoz cuando éste visitó Washington. También se ofreció a hacer un par de llamadas para ayudar a Argentina en sus esfuerzos económicos: «Llamaré a David Rockefeller», le dijo Kissinger al ministro de Exteriores de la Junta, refiriéndose al presidente del Chase Manhattan Bank. «Y llamaré a su hermano, el vicepresidente [de Estados Unidos, Nelson Rockefeller] ».[60]

Para atraer inversores extranjeros, Argentina publicó un folleto de treinta y una páginas en *Business Week,* producido por Burson-Marsteller, un gigante de las relaciones públicas, en el que se declaraba que «pocos gobiernos en la historia han animado más a la inversión privada. [...] Estamos realizando una auténtica revolución social y buscamos socios. Nos estamos desembarazando del estatalismo y creemos firmemente en la importancia fundamental del sector privado».*[61]

<!--[if !supportLists]-->* <!--[endif]-->La Junta estaba tan ansiosa por subastar el país a los inversores que incluso inundó «un 10 % de descuento en el precio de la tierra para construcción durante los próximos sesenta días».

También en esta ocasión el impacto humano fue inconfundible: en un año los salarios perdieron el 40 % de su valor, cerraron fábricas y la pobreza se generalizó.[62] **Antes de que la Junta tomara el poder, Argentina tenía menos pobres que Francia o Estados Unidos —solo un 6 % de la población— y una tasa de desempleo de sólo el 4,2 %.** Ahora el país empezaba a dar muestras de un subdesarrollo que creía haber dejado atrás. Los barrios pobres carecían de agua corriente y

enfermedades que podían prevenirse se convertían en epidemias.

En Chile, Pinochet tuvo las manos libres para destripar a la clase media gracias a la forma devastadora y aterradora en que se hizo con el poder. Aunque sus cazas y sus pelotones de fusilamiento habían sido muy efectivos para extender el terror habían acabado por convertirse en un desastre de relaciones públicas. Las noticias sobre las masacres de Pinochet provocaron la indignación del mundo y activistas en Europa y América del Norte presionaron agresivamente a sus gobiernos para que no comerciaran con Chile. Era un resultado claramente desfavorable para un régimen cuya razón de ser era mantener el país abierto a los negocios.

Los documentos recientemente desclasificados en Brasil demuestran que cuando los generales argentinos estaban preparando su golpe de 1976 se propusieron «evitar sufrir una campaña internacional como la que se ha desatado contra Chile».[63] Para conseguir ese objetivo eran necesarias tácticas de represión menos espectaculares, tácticas de perfil bajo que pudieran extender el terror pero que no resultaran tan obvias para los fisgones de la prensa internacional. En Chile, Pinochet pronto optó por las desapariciones. En lugar de matar abiertamente o incluso de arrestar a su presa, los soldados secuestraban a la víctima, la llevaban a campos clandestinos, la torturaban, muchas veces la mataban y luego negaban saber nada del asunto. Los cuerpos se enterraban en fosas comunes. Según la Comisión de la Verdad de Chile, creada en mayo de 1990, la policía secreta se deshacía de algunas de sus víctimas arrojándolas al océano desde helicópteros, «después de abrirles el estómago con un cuchillo para que los cuerpos no flotaran».[64] Además de tener un perfil bajo, las desapariciones se demostraron un medio todavía más efectivo para aterrorizar a la población que las masacres descaradas, pues la idea de que el aparato del Estado pudiera utilizarse para hacer que la gente se desvaneciera en la nada era mucho más inquietante.

A mediados de la década de 1970 las desapariciones se habían convertido en el principal instrumento de coerción de las juntas de la Escuela de Chicago en todo el Cono Sur y nadie las utilizó con más entusiasmo que los generales que ocupaban el palacio presidencial argentino. Durante su reinado se estima que desaparecieron treinta mil personas.[65] Muchas de ellas, como sus equivalentes chilenas, fueron lanzadas desde aviones en las turbias aguas del Río de la Plata.

La Junta argentina se destacó por saber mantener el equilibrio justo entre el horror público y el privado, llevando a cabo las suficientes operaciones públicas para que todo el mundo supiera lo que estaba pasando pero simultáneamente manteniendo sus actos lo bastante en secreto como para poder negarlo todo. En sus primeros días en el poder, la Junta hizo una única y dramática demostración de su disposición a usar la fuerza de modo letal: un hombre fue sacado a empujones de un Ford Falcon (el vehículo habitual de la policía secreta), atado al monumento más famoso de Buenos Aires, el Obelisco blanco de 67,5 metros, y ametrallado a la vista de todos los transeúntes.

Después de eso, los asesinatos de la Junta pasaron a ser encubiertos, pero estaban siempre presentes. Las desapariciones, oficialmente inexistentes, eran espectáculos muy públicos que contaban con la complicidad silenciosa de barrios enteros. Cuando se decidía eliminar a alguien, una flota de vehículos militares aparecía frente al hogar o lugar de trabajo de esa persona y acordonaba toda la manzana, muchas veces mientras un helicóptero sobrevolaba la zona. A plena luz del día y a la vista de los vecinos, la policía o los soldados echaban la puerta abajo y se llevaban a la víctima, que a menudo gritaba su nombre antes de que se la llevaran en el Ford Falcon que aguardaba con la esperanza de que la noticia de lo sucedido llegase a su familia. Algunas operaciones «encubiertas» eran mucho más descaradas: la policía subía a un autobús abarrotado y

se llevaba a pasajeros arrastrándolos por el pelo; en la ciudad de Santa Fe, una pareja fue secuestrada en el altar durante su boda, en una iglesia repleta de gente.[66]

El carácter público del terror no cesaba con la captura inicial. Una vez bajo custodia, en Argentina los prisioneros eran conducidos a uno de los más de trescientos campos de tortura que había en el país.[67] Muchos de ellos estaban situados en zonas residenciales densamente pobladas; uno de los más conocidos ocupaba el local de un antiguo club atlético en una concurrida calle de Buenos Aires, otro estaba en una escuela en el centro de Bahía Blanca y aún otro en un ala de un hospital que seguía funcionando como centro sanitario. En estos centros de tortura se veían entrar y salir a toda velocidad vehículos militares a horas extrañas, se podían oír gritos a través de las mal insonorizadas paredes y se veía entrar y salir extraños paquetes con forma de persona. Los vecinos eran conscientes de todo ello y guardaban silencio.

El régimen uruguayo era igual de descarado: uno de sus principales centros de tortura estaba en unos barracones de la Marina que daban al paseo marítimo de Montevideo, una zona junto al océano por la que antes solían pasear e ir de picnic las familias. Durante la dictadura, aquel bello lugar estaba vacío y los vecinos de la ciudad evitaban cuidadosamente oír los gritos.[68]

La Junta argentina era particularmente chapucera al deshacerse de sus víctimas. Un paseo por el campo podía acabar siendo una pesadilla porque las fosas comunes apenas estaban escondidas. Aparecían cuerpos en cubos de basura, sin dedos ni dientes (igual que sucede hoy en Irak) o, después de uno de los «vuelos de la muerte» de la Junta, aparecían cadáveres flotando en la orilla del Río de la Plata, a veces hasta una docena a la vez. En algunos casos hasta llovían desde helicópteros y caían en el campo de un granjero.[69]

Todos los argentinos fueron de alguna forma reclutados

como testigos de la erradicación de sus conciudadanos, y aun así la mayoría afirmaba no saber qué sucedía. Hay una frase que los argentinos utilizaban para explicar la paradoja del haber visto cosas pero cerrar los ojos ante el .terror, que era el estado mental predominante en aquellos años: «No sabíamos lo que nadie podía negar».

Puesto que muchos de los perseguidos por las distintas juntas a menudo se refugiaban en uno de los países vecinos, los gobiernos de la región colaboraron entre ellos en la conocida Operación Cóndor. Con Cóndor, las agencias de inteligencia del Cono Sur compartieron información sobre «subversivos» —ayudadas por un sistema informático de tecnología punta suministrado por Washington— y dieron mutuamente a sus respectivos agentes salvoconducto para llevar a cabo secuestros y torturas cruzando la frontera, un sistema inquietantemente parecido a la actual red de «extradiciones» de la CÍA.*[70]

<!--[if !supportLists]-->* <!--[endif]-->La operación latinoamericana parece haberse basado en la «Noche y niebla» de ' Hitler. En 1941, Hitler decretó que los miembros de la resistencia que se capturaran en los países ocupados por los nazis fueran trasladados a Alemania para que «se desvanecieran en la noche y la niebla». Muchos nazis de alto nivel se refugiaron en Chile y Argentina tras la Segunda Guerra Mundial, y algunos han especulado con la posibilidad de que entrenaran a los servicios de inteligencia del Cono Sur en esas tácticas.

Las juntas también intercambiaban información sobre los medios más efectivos para extraer información a los prisioneros que cada una de ellas había descubierto. Varios chilenos torturados en el Estadio de Chile en los días posteriores al golpe destacaron el inesperado detalle de que había soldados brasileños en la sala aconsejando sobre cómo usar científicamente el dolor.[71]

Hubo incontables oportunidades para este tipo de

intercambios durante este período, muchas de ellas a través de Estados Unidos y con la implicación de la CIA. Una investigación de 1975 del Senado estadounidense sobre la intervención en Chile descubrió que la CIA había entrenado al ejército de Pinochet en formas de «controlar la subversión».[72] Está perfectamente documentado, además, que Estados Unidos asesoró a las policías brasileña y uruguaya en técnicas de interrogación. Según un testimonio judicial citado en el informe de la Comisión de la Verdad, *Brasil: Nunca Mais,* publicado en 1985, oficiales del ejército asistieron a «clases de tortura» impartidas por unidades de la policía militar durante las cuales se les mostraron varias diapositivas que ilustraban diversos métodos atroces. Durante estas sesiones se hacía venir a prisioneros para «demostraciones prácticas» en las que eran torturados mientras hasta cien sargentos del ejército miraban y aprendían. El informe afirma que «una de las primeras personas en introducir esta práctica en Brasil fue Dan Mitrione, un agente de policía estadounidense. Como instructor de policía en Belo Horizonte durante los primeros años del régimen militar brasileño, Mitrione recogió a mendigos de las calles y los torturó en sus clases para que la policía local aprendiera diversas formas de crear en el prisionero la contradicción suprema entre el cuerpo y la mente».[73] Mitrione pasó luego a organizar la formación de la policía en Uruguay donde, en 1970, fue secuestrado y asesinado por los tupamaros. El grupo de guerrilleros revolucionarios izquierdistas planeó la operación para poner al descubierto la implicación de Mitrione en la enseñanza de la tortura.* Según uno de sus ex alumnos, Mitrione insistía, como los autores del manual de la CIA, que la tortura efectiva no se basaba en el sadismo, sino en la ciencia. Su lema era: «El dolor preciso en el punto preciso en la cantidad precisa».[74], Los resultados de sus enseñanzas se pueden ver con claridad en todos los informes sobre derechos humanos en el Cono Sur realizados en este siniestro período. Una y otra vez dan testimonio de los métodos característicos codificados en el manual *Kunbark*:

arrestos a primera hora de la mañana, encapuchamientos, total aislamiento, drogas, desnude forzado, *electroshocks…*; y en todas partes el terrible legado de los experimentos de McGill con las depresiones económicas inducidas deliberadamente.

<!--[if !supportLists]-->* <!--[endif]-->La soberbia película de Costa-Gavras *Estado de sitio* (1972) se basa en estos hechos.

Los prisioneros liberados del Estadio Nacional de Chile dicen que las brillantes luces del campo estuvieron encendidas las veinticuatro horas del día y que parecía que el ritmo de las comidas se rompía deliberadamente.[75] Los soldados obligaron a muchos de los prisioneros a llevar mantas sobre la cabeza, para que no pudieran ni ver ni oír con normalidad, una práctica incomprensible puesto que todos los prisioneros sabían que estaban en el estadio. El efecto de las manipulaciones, informaron los prisioneros, fue que perdieron el sentido de cuándo era de noche y de día y que aumentó la conmoción y el pánico desencadenados por el golpe y los subsiguientes arrestos. Fue casi como si el estadio se hubiera convertido en un laboratorio gigante y ellos en cobayas de un extraño experimento de manipulación sensorial.

Una aplicación más fiel de los experimentos de la CIA pudo verse en la prisión chilena de Villa Grimaldi, «conocida por sus "cuartos chilenos", compartimentos de aislamiento hechos de madera y tan pequeños que los presos no podían arrodillarse» ni estirarse en el suelo.[76] Los prisioneros de la prisión uruguaya Libertad eran enviados a «la isla»: pequeñas celdas sin ventanas en las que sólo había una bombilla, que siempre estaba encendida. Los prisioneros más importantes fueron mantenidos aislados durante más de una década. «Empezamos a pensar que estábamos muertos, que nuestras celdas no eran celdas sino más bien tumbas, que el mundo exterior no existía y que el sol era sólo un mito», recordó Mauricio Rosencof, uno de esos prisioneros. Vio el sol durante un total de ocho horas

durante once años y medio. A tal extremo llegó el embotamiento de sus sentidos durante el tiempo de reclusión que «olvidé los colores: los colores no existían».*[77]

<!--[if !supportLists]-->* <!--[endif]-->La administración de la prisión de Libertad trabajaba codo con codo con psicólogos conductistas para diseñar técnicas de tortura a medida del perfil psicológico de cada individuo, un método que hoy se aplica en la base de Guantánamo.

En la Escuela Mecánica de la Armada, uno de los mayores centros de tortura de Buenos Aires la cámara de aislamiento se conocía como la «capucha». Juan Miranda, que pasó tres meses en la capucha, me contó cómo era ese lugar oscuro. «Te mantenían con los ojos vendados v encapuchado y con las manos y las piernas esposadas, tumbado boca abajo en un colchón de espuma durante todo el día, en el ático de la prisión. No podía ver a los demás prisioneros, me separaban de ellos planchas de contrachapado. Cuando los guardias traían la comida, me ponían de cara a la pared y luego me levantaban la capucha para que pudiera comer. Era la única ocasión en la que nos permitían sentarnos: por lo demás siempre teníamos que estar tendidos». Otros prisioneros argentinos padecieron la desnutrición sensorial en celdas del tamaño de un ataúd, llamadas «tubos».

Lo único que aliviaba el aislamiento era el todavía peor destino de la sala de interrogatorios. La técnica más extendida, usada en cámaras de tortura de los régimenes militares de toda la región, era el *electroshock.* Existían docenas de variantes sobre cómo se aplicaba la corriente al cuerpo del prisionero: con cables al descubierto, con teléfonos militares, con agujas bajo las uñas, mediante pinzas colocadas en las encías, pezones, genitales, orejas, bocas, heridas abiertas; en cuerpos remojados con agua para aumentar la intensidad de la carga o en cuerpos atados a mesas o a la «silla dragón» metálica de Brasil. La

Junta argentina, formada en buena parte por rancheros, se enorgullecía de su particular contribución: los prisioneros eran atados a una cama de metal a la que se llamaba «la parrilla» y se les aplicaba la «picana».*

<!--[if !supportLists]-->* <!--[endif]-->Una vara a través de la que se descargaba corriente eléctrica sobre la víctima. Su origen está en el instrumento usado en los mataderos para el sacrificio de reses. (N. de la T.)

El número exacto de personas que pasaron por la maquinaria de torturas del Cono Sur es imposible de calcular, pero probablemente está entre 100.000 y 150.000, decenas de miles de las cuales fueron asesinadas.[78]

TESTIMONIO EN TIEMPOS DIFÍCILES

Ser de izquierdas en esos años significaba ser perseguido. Los que no escaparon al exilio se vieron en una lucha minuto a minuto para mantenerse un paso por delante de la policía secreta, llevando una existencia de pisos francos, códigos telefónicos e identidades falsas. Una de las personas que vivió de ese período en Argentina fue el legendario periodista de investigación Rodolfo Walsh. Hombre renacentista y muy sociable, escritor de novela policíaca y de relatos premiados, Walsh fue también un superdetective capaz de descifrar códigos militares y espiar a los espías. Obtuvo su mayor triunfo trabajando como periodista en Cuba, al interceptar y descifrar un telegrama de la CIA que demolía la coartada de la invasión de Bahía de Cochinos. Esa información fue la que permitió a Castro prepararse para la invasión y defenderse de ella con éxito.

Cuando la anterior Junta Militar argentina prohibió el peronismo y estranguló la democracia, Walsh decidió unirse a los montoneros, como su experto en inteligencia.* Eso le convirtió en el hombre más buscado por los generales, y cada nueva desaparición conllevaba el temor de que la información que éstos obtenían a través de la picana llevara

a la policía al piso franco que compartía con su pareja, Lilia Ferreyra, en un pequeño pueblo a las afueras de Buenos Aires.

<!--[if !supportLists]-->* <!--[endif]-->Los montoneros se formaron como respuesta a la anterior dictadura. El peronismo fue prohibido y Juan Perón, desde el exilio, pidió a sus jóvenes partidarios que tomaran las armas y lucharan por la vuelta de la democracia. Lo hicieron, y los montoneros —aunque tomaron parte en ataques armados y en secuestros— tuvieron un papel importante en conseguir que en 1973 hubiera elecciones democráticas con un candidato peronista. Pero cuando Perón regresó al poder vio una amenaza en el apoyo popular que concitaban los montoneros y animó a los escuadrones de la muerte de la derecha a que fueran a por ellos, por lo que el grupo —objeto de gran controversia— ya estaba seriamente debilitado cuando se produjo el golpe de 1976.

A través de su gran red de contactos, Walsh se dedicó a rastrear los muchos crímenes de la Junta. Compiló listados de los muertos y desaparecidos, así como de la localización de las fosas comunes y de los centros de tortura secretos. Se enorgullecía de conocer a su enemigo, pero hasta él quedó conmocionado en 1977 por la cruel brutalidad que la Junta argentina desencadenó contra su propio pueblo. Durante el primer año de gobierno militar docenas de sus amigos íntimos y de sus colegas desaparecieron en los campos de concentración y su hija de veintiséis años, Vicki, falleció también, lo que hizo que Walsh enloqueciera de dolor.

Pero con los Ford Falcon patrullando constantemente la calle, Walsh no podía contar con una vida dedicada al luto por su pérdida. Sabiendo que no contaba con mucho tiempo, tomó una decisión sobre cómo señalaría el venidero primer aniversario del gobierno juntista: mientras los periódicos del régimen se deshacían en elogios hacia los generales por haber salvado a la nación, él escribiría su

propia versión, sin censuras, de la depravación en la que su país había caído. Se titularía «Carta abierta de un escritor a la Junta Militar» y estaba escrita con la característica valerosa claridad de Walsh. La escribió «sin esperanza de ser escuchado, con la certeza de ser perseguido, pero fiel al compromiso que asumí hace mucho tiempo de dar testimonio en momentos difíciles».[79]

La carta sería una decidida condena tanto de los métodos del terrorismo de Estado como del sistema económico al cual servían. Walsh planeaba distribuir su «Carta abierta» del mismo modo que había distribuido sus anteriores comunicados clandestinos: haciendo diez copias y luego enviándolas desde diez buzones distintos dirigidas a diez contactos cuidadosamente escogidos que se encargarían de seguir distribuyéndolas. «Quiero que esos cabrones sepan que todavía estoy aquí, vivo y escribiendo», le dijo a Lilia al sentarse frente a su máquina de escribir Olympia.[80]

La carta empieza con una descripción de la campaña terrorista de los generales, mencionando su utilización de la «tortura absoluta, intemporal, metafísica», así como la participación de la CIA en la formación de la policía argentina. Después de enumerar los métodos de tortura y las fosas de forma dolorosamente detallada, Walsh cambia súbitamente de marcha: «Estos hechos, que sacuden la conciencia del mundo civilizado, no son sin embargo los que mayores sufrimientos han traído al pueblo argentino ni las peores violaciones de los derechos humanos en que ustedes incurren. En la política económica de ese gobierno debe buscarse no sólo la explicación de sus crímenes sino una atrocidad mayor que castiga a millones de seres humanos con la miseria planificada. [...] Basta andar unas horas por el Gran Buenos Aires para comprobar la rapidez con que semejante política la convirtió en una villa miseria de diez millones de habitantes».[80]

El sistema que describía Walsh era el neoliberalismo de la Escuela de Chicago, el modelo económico que se iba a hacer con el mundo. Conforme sus raíces se adentraran en

la sociedad argentina durante las décadas siguientes, acabaría por empujar a más de la mitad de la población bajo el umbral de la pobreza. Walsh no creía que se tratara de un resultado accidental, sino de la cuidadosa ejecución de un plan, una «miseria planificada».

Firmó la carta el 24 de marzo de 1977, exactamente un año después del golpe. A la mañana siguiente, Walsh y Lilia Ferreyra viajaron a Buenos Aires. Se repartieron las diez copias de la carta y las dejaron en buzones de diversos puntos de la ciudad. Unas pocas horas después Walsh asistió a una reunión que había organizado con la familia de un colega desaparecido. Era una trampa: alguien había hablado bajo tortura y diez hombres armados con órdenes de capturarle esperaban fuera de la casa para tenderle una emboscada. «Traedme a ese bastardo vivo: es mío», se dice que ordenó a los soldados el almirante Massera, uno de los tres líderes de la Junta. Walsh, cuyo lema era «no es un crimen hablar; el crimen es ser arrestados», desenfundó su pistola al instante y empezó a disparar. Hirió a uno de los soldados, que respondieron a su fuego. Para cuando llegó a la Escuela Mecánica de la Armada estaba muerto. Quemaron su cadáver y lo arrojaron a un río.[82]

LA TAPADERA DE «LA GUERRA CONTRA EL TERROR»

Las juntas del Cono Sur no ocultaron sus ambiciones revolucionarias de cambiar sus respectivas sociedades, pero fueron lo bastante astutas como para negar aquello de lo que Walsh les acusaba públicamente: usar la violencia masiva para conseguir objetivos económicos que, sin un sistema que mantuviera al pueblo aterrorizado y eliminara todos los demás obstáculos, con certeza habrían provocado una revuelta popular.

En el grado en el que se admitían asesinatos de Estado, las juntas los justificaban con el argumento de que estaban librando una guerra contra peligrosos terroristas marxistas financiados y controlados por el KGB. Si las juntas utilizaban tácticas «sucias» era porque su enemigo era

monstruoso. Con un lenguaje que hoy nos suena inquietantemente familiar, el almirante Massera calificó la situación de «una guerra por la libertad y contra la tiranía [...] una guerra contra aquellos que están a favor de la muerte librada por aquellos que estamos a favor de la vida. [...] Combatimos contra nihilistas, contra agentes de la destrucción cuyo único objetivo es la destrucción misma, aunque lo quieran ocultar bajo la máscara de cruzadas sociales».[83]

En los prolegómenos del golpe chileno, la CIA financió una gran campaña propagandística que retrataba a Salvador Allende como un dictador camuflado, como un maquiavélico conspirador que se había servido de la democracia constitucional para hacerse con el poder, pero que se proponía instaurar un Estado policial al estilo soviético del que los chilenos jamás podrían escapar. En Argentina y Uruguay se presentó a los principales movimientos guerrilleros de izquierdas —los montoneros y los tupamaros — como amenazas tan graves para la seguridad nacional que no dejaron otra opción a los generales que suspender la democracia, hacerse con el Estado y usar los medios que fueran necesarios para aplastarlos.

En todos los casos, la amenaza fue o bien brutalmente exagerada, o bien totalmente inventada por las juntas. Entre muchas otras revelaciones, la Investigación que llevó a cabo en 1975 el Senado de Estados Unidos descubrió que los propios informes de los servicios de inteligencia estadounidenses mostraban que Allende no suponía ninguna amenaza para la democracia.[84] Por lo que se refiere a los montoneros argentinos y los tupamaros uruguayos, eran grupos armados con un importante apoyo popular, capaces de lanzar atrevidos ataques contra objetivos militares y empresariales. Pero los tupamaros uruguayos estaban totalmente desarticulados para cuando el ejército tomó el poder absoluto y los montoneros, argentinos desaparecieron en los primeros seis meses de una dictadura que se alargó durante siete años (por eso

Walsh tuvo que esconderse). Documentos desclasificados por el Departamento de Estado estadounidense demuestran que César Augusto Guzzetti, el ministro de Exteriores de la Junta, le dijo a Henry Kissinger el 7 de octubre de 1976 que «las organizaciones terroristas han sido desmanteladas» y a pesar de ello la Junta seguiría haciendo desaparecer a decenas de miles de ciudadanos después de esa fecha.[85]

Durante muchos años el Departamento de Estado también presentó las «guerras sucias» del Cono Sur como igualadas batallas entre los militares y peligrosas guerrillas, una lucha que a veces se les iba de las manos a las juntas pero que aun así valía la pena apoyar militar y económicamente. Cada vez hay más pruebas de que en Argentina, al igual que en Chile, Washington sabía que estaba apoyando un tipo de operación militar muy distinta.

En marzo de 2006 el Archivo de Seguridad Nacional de Washington publicó las actas recién desclasificadas de una reunión del Departamento de Estado que tuvo lugar sólo dos días después de que la Junta argentina perpetrase su golpe de Estado en 1976. En la reunión, William Rogers, subsecretario de Estado para América Latina, le dice a Kissinger que «es de esperar que haya bastante represión, probablemente mucha sangre, en Argentina muy pronto. Creo que van a tener que dar muy duro no sólo a los terroristas sino también a los disidentes de los sindicatos y a sus partidos».[86]

Y así fue. La inmensa mayoría de las víctimas del aparato del terror del Cono Sur no eran miembros de grupos armados sino activistas no violentos que trabajaban en fábricas, granjas, arrabales y universidades. Eran economistas, artistas, psicólogos y gente leal a partidos de izquierdas. Les mataron no por sus armas (que no tenían) sino por sus creencias. En el Cono Sur, donde nació el capitalismo contemporáneo, la «guerra contra el terror» fue una guerra contra todos los obstáculos que se oponían al nuevo orden.

NOTAS

capítulo 3

Estados de *shock:* el sangriento nacimiento de la contrarrevolución

1. Nicolás Maquiavelo, *The Prince,* trad. W. K. Marriott, Toronto, Alfred A. Knopf, 1992, pág. 42 (trad. cast.: *El príncipe,* Pozuelo de Alarcón, Espasa-Calpe, 2006).

2. Milton Friedman y Rose D. Friedman, *Two Lucky People: Memoirs,* Chicago, University of Chicago Press, 1998, pág. 592.

3. *Batalla de Chile* [documental en tres partes] compilado por Patricia Guzmán, producido originalmente en 1975-1979, Nueva York, First Run/Icarus Films, 1993.

4. John Dinges y Saúl Landau, *Assassination on Embassy Row,* Nueva York, Pantheon Books, 1980, pág. 64.

5. *Report of the Chilean National Commission on Truth and Reconciliation,* vol. 1 , trad. De Phillip E. Berryman, Notre Dame, University of Notre Dame Press, 1993, pág. 153; Peter Kornbluh, *The Pinochet File: A Declassified Dossier on Atrocity and Accountability,* Nueva York, New Press, 2003, págs. 153-154.

6. Kornbluh, *The Pinochet File, op. cit.,* págs. 155-156.

7. Estos números son objeto de debate porque el gobierno militar era famoso por encubrir y negar sus crímenes. Jonathan Kandell, «Augusto Pinochet, 91, Dictator Who Ruled by Terror in Chile, Dies», *New York Times,* 11 de diciembre de 2006; Leslie Bethell (comp.), *Chile Since Independence,* Nueva York, Cambridge University Press, 1993, pág. 178; Rupert Cornwell, «The General Willing to Kill His People to Win the Battle against Communism», *Independent* (Londres), 11 de diciembre de 2006.

8. Juan Gabriel Valdés, *Pinochet's Economists: The Chicago*

School in Chile, Cambridge, Cambridge University Press, 1995, pág. 252.

9. Pamela Constable y Arturo Valenzuela, *A Nation of Enemies: Chile Under Pinochet,* Nueva York, W. W. Norton & Company, 1991, pág. 187.

10. Robert Harvey, «Chile's Counter-Revolution», *The Economist, 2* de febrero de 1980.

11. José Piñera, «How the Power of Ideas Can Transform a Country», sepinera.com>.

12. Constable y Valenzuela, *A Nation of Enemies, op. cit.,* págs. 74-75.

13. Ibídem, pág. 69.

14. Valdés, *Pinochet's Economists, op. cit.,* pág. 31.

15. Constable y Valenzuela, *A Nation of Enemies, op. cit.,* pág. 70.

16. El único arancel de Pinochet fue una tarifa de un 10% a las importaciones, cosa que no constituye una barrera al comercio sino un impuesto de importación de poca monta. André Gunder Frank, *Economic Genocide in Chile: Monetarist Theory Versus Humanity,* Nottingham, Reino Unido, Spokesman Books, 1976, pág. 81.

17. Es una estimación conservadora. Gunder Frank escribe que durante el primer año de gobierno de la Junta la inflación alcanzó el 508 % y puede que se acercara al 1.000 % en lo relativo a las «necesidades básicas». En 1972, el último año del gobierno Allende, la inflación fue del 163 %. Constable y Valenzuela, *A Nation of Enemies, op. cit.,* pág. 170; Gunder Frank, *Economic Genocide in Chile, op. cit.,* pág. 62.

18. *Qué Pasa* (Santiago), 16 de enero de 1975, citado en Gunder Frank, *Economic Genocide in Chile,* pág. 26.

19. *La Tercera* (Santiago), 9 de abril de 1975, citado en

Orlando Letelier, «The Chicago Boys in Chile», *The Nation,* 28 de agosto de 1976.

20. *El Mercurio* (Santiago), 23 de marzo de 1976, citado en ibídem.

21. *Qué Pasa* (Santiago), 3 de abril de 1975, citado en ibídem.

22. Friedman y Friedman, *Two Lucky People, op. cit.,* pág. 399.

23. Ibídem, págs. 593-594.

24. Ibídem, págs. 592-594.

25. Ibídem, pág. 594.

26. Gunder Frank, *Economic Genocide in Chile, op. cit.,* pág. 34.

27. Constable y Valenzuela, *A Nation of Enemies, op. cit.,* págs. 172-173.

28. «En 1980 la inversión pública en sanidad había descendido un 17,6% comparándola con la de 1970 y la de educación en un 11,3 %». Valdés, *Pinochet's Economists, op. cit.,* págs. 23 y 26; Constable y Valenzuela, *A Nation of Enemies, op. cit.,* págs. 172-173; Robert Harvey, «Chile's Counter-Revolution», *The Economist, 2* de febrero de 1980.

29. Valdés, *Pinocbet's Economists, op. cit.,* pág. 22.

30. Albert O. Hirschman, «The Political Economy of Latin American Development: Seven Exercises in Retrospection», *Latin American Research Review,* vol. 12, n°3, 1987, pág. 15.

31. Public Citizen, «The Uses of Chile: How Politics Trumped Truth in the Neo-Liberal Revisión of Chile's Development», proposición de debate, septiembre de 2006, .

32. «A Draconian Cure for Chile's Economic Ills?», *Business Week,* 12 de enero de 1976.

33. Peter Dworkin, «Chile's Brave New World of Reaganomics», *Fortune, 2* de noviembre de 1981; Valdés, *Pinochet's Economists, op. cit.,* pág. 23; Letelier, «The Chicago Boys in Chile», op. *cit.*

34. Hirschman, «The Political Economy of Latin American Development», *op. cit.,* pág. 15.

35. La declaración fue del ministro de Finanzas de la Junta, Jorge Cauas. Constable y Valenzuela, *Nation of Enemies, op. cit.,* pág. 173.

36. Ann Crittenden, «Loans from Abroad Flow to Chile's Rightist Junta», *New York Times,* 20 de febrero de 1976.

37. «A Draconian Cure for Chile's Economic Ills?», *Business Week*, 12 de enero de 1976.

38. Gunder Frank, *Economic Genocide in Chile, op. cit.,* pág. 58.

39. Ibídem, págs. 65-66.

40. Harvey, «Chile's Counter-Revolution», *op. cit.,* Letelier, «The Chicago Boys ir. Chile», *op. cit.*

41. Gunder Frank, *Economic Genocide in Chile, op. cit.,* pág. 42.

42. Piñera, «How the Power of Ideas Can Transform a Country», *op. cit.*

43. Roben M. Bleiberg, «Why Attack Chile?, *Barron's*, 22 de junio de 1987.

44. Jonathan Kandell, «Chile, Lab Test for a Theorist», *New York Times,* 21 de marzo de 1976.

45. Kandell, «Augusto Pinochet, 91, Dictator Who Ruled by Terror in Chile, Dies»; «A Dictator's Double Standard»,

Washington Post, 12 de diciembre de 2006.

46. Greg Grandin, *Empire's Workshop: Latin America and the Roots of U.S. Imperialism,* Nueva York, Metropolitan Books, 2006, pág. 171.

47. Ibídem, pág. 171.

48. Constable y Valenzuela, *A Nation of Enemies,* págs. 197-198.

49. José Piñera, «Wealth through Ownership: Creating Property Rights in Chilean Mining», *Cato Journal,* vol. 24, n ° 3, otoño de 2004, pág. 296.

50. Entrevista con Alejandro Foxley realizada el 26 de marzo de 2001 para *Commanding Heights: The Battle for the World Economy,* .

51. Constable y Valenzuela, *A Nation of Enemies, op. cit.,* pág. 219.

52. Central Intelligence Agency, «Field Listing-Distribution of family income-Gini Index», *World Factbook 2007,* .

53. Letelier, «The Chicago Boys in Chile», *op. cit.*

54. Milton Friedman, «Economic Miracles», *Newsweek,* 21 de enero de 1974.

55. Glen Biglaiser, «The Internationalization of Chicago's Economics in Latin America», *Economic Development and Cultural Change,* vol. 50, 2002, pág. 280.

56. Lawrence Weschler, *A Miracle, a Universe: Settling Accounts with Torturers,* Nueva York,-Pantheon Books, 1990, pág. 149.

57. La cita procede de las notas tomadas por el embajador de Brasil en Argentina en aquellos tiempos, Joao Baptista Pinheiro. Reuters, «Argentine Military Warned Brazil, Chile of '76 Coup», CNN, 21 de marzo de 2007.

58. Mario I. Blejer fue el secretario de Finanzas de Argentina durante la dictadura. Recibió un doctorado en la Universidad de Chicago el año antes del golpe. Adolfo Diz, doctor por la Universidad de Chicago, fue presidente del Banco Central durante la dictadura. Fernando De Santibáñes, doctor por la Universidad de Chicago, trabajó en el Banco Central durante la dictadura. Ricardo López Murphy, máster por la Uniersidad de Chicago, fue director nacional de la Oficina de Investigaciones Económicas y Análisis Fiscal en el Departamento del Tesoro del Ministerio de Finanzas (1974-1983). Muchos otros graduados de la Universidad de Chicago ocuparon posiciones económicas de menor importancia en la dictadura como consultores y asesores.

59. Michael McCaughan, *True Crimes: Rodolfo Walsh,* Londres, Latin America Bureau, 2002, págs. 284-290; «The Province of Buenos Aires: Vibrant Growth and Opportunity», *Business Week,* 14 de julio de 1980, sección especial de publicidad.

60. Henry Kissinger y César Augusto Guzzetti, memorando de conversación, 10 de junio de 1976, desclasificado, .

61. «The Province of Buenos Aires». Nota a pie de página: ibídem.

62. McCaughan, *True Crimes, op. cit.,* pág. 299.

63. Reuters, «Argentine Military Warned Brazil, Chile of '76 Coup».

64. *Report of the Chilean National Commission on Truth and Reconciliation,* vol. 2, trad. de Phillip E. Berryman, Notre Dame, University of Notre Dame Press, 1993, pág. 501.

65. Marguerite Feitlowitz, *A Lexicon of Terror: Argentina and the Legacies of Torture,* Nueva York, Oxford University Press, 1998, pág. IX.

66. Ibídem, págs. 149 y 175.

67. Ibídem, pág. 165.

68. Weschler, *A Miracle, a Universe, op. cit.,* pág. 170.

69. Amnistía Internacional, *Report on an Amnesty International Mission to Argentina 6-15 November 1976,* Londres, Amnesty International Publications, 1977, pág. 35; Feitlowitz, *A Lexicon of Terror, op. cit.,* pág. 158.

70. Alex Sánchez, Council on Hemispheric Affairs, «Uruguay: Keeping the Military in Check», 20 de noviembre de 2006, .

71. Gunder Frank, *Economic Genocide in Chile, op. cit.,* pág. 43; *Batalla de Chile,* documental citado.

72. Comité Selecto para el Estudio de las Operaciones Gubernamentales relativas a las Actividades de Inteligencia, Senado de Estados Unidos, *Covert Action in Chile 1963-1973,* Washington, D.C., U.S. Government Printing Office, 18 de diciembre de 1975, pág. 40.

73. Archidiócesis de Sao Paulo, *Brasil, Nunca Mais / Torture in Brazil: A Shocking Report on the Pervasive Use of Torture by Brazilian Military Governments, 1964-1979,* Joan Dassin (comp.), trad. de Jaime Wright, Austin, University of Texas Press, 1986, págs. 13-14.

74. Eduardo Galeano, «A Century of Wind», *Memory of Fire,* vol. 3, trad. de Cedric Belfrage, Londres, Quartet Books, 1989, pág. 208 (ed. original: *Memoria del fuego* (1982-1986), Madrid, Siglo XXI, 2006).

75. *Report of the Chilean National Commission on Truth and Reconciliation,* vol. 1, pág. 153.

76. Kornbluh, *The Pinochet File, op. cit.,* pág. 162.

77. Weschler, *A Miracle, a Universe, op. cit.,* pág. 145. Nota a pie de página: Jane Mayer, «The Experiment», *The New Yorker,* 11 de julio de 2005.

78. Esta estimación se basa en que Brasil tenía 8.400

presos políticos en este período y miles de ellos fueron torturados. Uruguay tenía 60.000 presos políticos y, según la Cruz Roja, la tortura en las cárceles era sistemática. Se estima que unos 50.000 chilenos y al menos 30.000 argentinos fueron torturados, lo que convierte a la cifra general de 100.000 en muy conservadora. Larry Rohter, «Brazil Rights Group Hopes to Bar Doctors Linked to Torture», *New York Times,* 11 de marzo de 1999; Organización de Estados Americanos, Comisión Interamericana sobre Derechos Humanos, *Report on the Situation of Human Rights in Uruguay,* 31 de enero de 1978, ; Duncan Campbell y Jonathan Franklin, «Last Chance to Clean the Slate of the Pinochet Era», *Guardian* (Londres), 1 de septiembre de 2003; Feitlowitz, *A Lexicon of Terror, op. cit.,* pág. IX.

79. McCaughan, *True Crimes, op. cit.,* pág. 290.

80. Ibídem, pág. 274.

81. Ibídem, págs. 285-289.

82. Ibídem, págs. 280-282.

83. Feitlowitz, *A Lexicon of Terror, op. cit.,* págs. 25-26.

84. «Covert Action in Chile 1963-1973», *op. cit.,* pág. 45.

85. Weschler, *A Miracle, a Universe, op. cit.,* pág. 110; Departamento de Estado, «Subject: Secretary's Meeting with Argentine Foreign Minister Guzzetti», memorando de conversación, 7 de octubre de 1976, desclasificado, .

86. «Presente: viernes 26 de marzo de 1976», documento desclasificado disponible en el Archivo de Seguridad Nacional, .

Capítulo 4

TABLA RASA

El terror cumple su función

Un veterano de varios golpes de Estado argentinos explicó cuál era la opinión dentro del ejército: «En 1955 creíamos que el problema era [Juan] Perón, así que lo eliminamos; pero en 1976 ya sabíamos que el problema era la clase trabajadora».[19] En toda la región sucedió lo mismo: el problema era amplio y profundo. Eso quería decir que si la revolución neoliberal quería triunfar, las juntas tenían que lograr lo que Allende consideraba imposible: segar definitivamente la semilla que se sembró durante el auge de las izquierdas latinoamericanas

El exterminio en Argentina no es espontáneo, no es casual, no es irracional: es la destrucción sistemática de una «parte sustancial» del grupo nacional argentino con la intención de transformar dicho grupo, de redefinir su forma de ser, sus relaciones sociales, su destino y su futuro.

DANIEL FEIRSTEIN, sociólogo argentino, 2004[1]

Sólo tenía un objetivo: llegar vivo al día siguiente... Pero no se trataba sólo de sobrevivir, sino de sobrevivir siendo yo.

MARIO VILLANI, superviviente tras cuatro años en los campos de tortura de Argentina[2]

En 1976 Orlando Letelier estaba de vuelta en Washington, D.C., ya no como embajador sino como activista trabajando para un think tank progresista, el Institute for Policy Studies. Destrozado al pensar en los colegas y amigos que seguían enfrentándose a torturas en los campos de la Junta, Letelier utilizó su recién recuperada libertad para denunciar los crímenes de Pinochet y defender el historial de Allende frente a la maquinaria propagandística de la CIA.

El activismo estaba consiguiendo resultados y Pinochet se enfrentaba a la condena de todo el mundo por su desprecio de los derechos humanos. Lo que frustraba a Letelier, que era economista, era que a pesar de que el mundo contemplaba horrorizado los informes de ejecuciones sumarias y *electroshocks* en las cárceles, no decía nada sóbre la terapia económica de *shock*; o en el caso de los bancos internacionales no sólo no decían nada sino que seguían concediendo una cascada de créditos a la Junta y estaban encantados con que hubiera adoptado los «fundamentos del libre mercado». Letelier rechazó la noción a menudo repetida de que la Junta tenía dos proyectos distintos y claramente separados: uno, un atrevido experimento de transformación económica y el otro un

malvado sistema de crueles torturas y terror. El ex embajador insistió en que sólo había un proyecto, en el que el terror era la herramienta fundamental de la transformación hacia el libre mercado.

«La violación de los derechos humanos, el sistema de brutalidad institucionalizada, el control drástico y la supresión de toda forma de disenso significativo se discuten —y a menudo condenan— como un fenómeno sólo indirectamente vinculado, o en verdad completamente desvinculado, de las políticas clásicas de absoluto "libre mercado" que han sido puestas en práctica por la Junta Militar», escribió Letelier en un desgarrador ensayo para *The Nation*. Señaló que «este concepto particularmente conveniente de un sistema social en el cual la "libertad económica" y el terror político coexisten sin interferirse, permite a estos voceros financieros sostener su idea de "libertad" mientras ejercitan sus músculos verbales en defensa de los derechos humanos».[3]

Letelier llegó al extremo de escribir que Milton Friedman como «arquitecto intelectual y consejero no oficial del equipo de economistas ahora a cargo de la economía chilena» era corresponsable de los crímenes de Pinochet. No concedía valor a la defensa de Friedman de que el cabildeo a favor del tratamiento de choque se limitaba a ofrecer consejos «técnicos». El «establecimiento de una "economía privada" libre y el control de la inflación "a la Friedman"» dijo Letelier, no se podían llevar a cabo de forma pacífica. «El plan económico ha tenido que ser impuesto, y en el contexto chileno ello podía hacerse sólo mediante el asesinato de miles de personas, el establecimiento de campos de concentración a través de todo el país, el encarcelamiento de más de cien mil personas en tres años, el cierre de los sindicatos y organizaciones vecinales y la prohibición de todas las actividades políticas y de todas las formas de expresión. [...] Represión para las mayorías y "libertad económica" para pequeños grupos privilegiados son en Chile dos caras

de la misma moneda.» Había, escribió, «una armonía interna» entre el «libre mercado» y el terror ilimitado.[4]

El controvertido artículo de Letelier se publicó a fines de agosto de 1976. Menos de un mes después, el 21 de septiembre, el economista de cuarenta y cuatro años de edad conducía hacia su trabajo en el centro de Washington, D.C. Al pasar por el corazón del barrio de las embajadas detonó una bomba a control remoto colocada bajo el asiento del conductor, haciendo que el coche saliera volando y volándole las dos piernas. Dejando abandonado su pie seccionado en el asfalto, Letelier fue llevado a toda velocidad al hospital George Washington. Entró cadáver. El ex embajador iba en el coche con una colega americana de veinticinco años, Ronni Moffit, que también perdió la vida en el atentado.[5] Fue el crimen más ultrajante y atrevido de Pinochet desde el propio golpe.

Una investigación del FBI reveló que la bomba había sido cosa de Michael Townley, miembro de la policía secreta de Pinochet, que después fue condenado en un tribunal estadounidense por ese crimen. Los asesinos habían sido admitidos en el país con pasaportes falsos con el conocimiento de la CIA.[6]

Cuando Pinochet murió en diciembre de 2006 a la edad de noventa y un años, se enfrentaba a múltiples intentos de llevarlo a juicio por los crímenes cometidos bajo su mandato: desde asesinato, secuestro y tortura a corrupción y evasión de impuestos. La familia de Orlando Letelier llevaba décadas tratando de llevar a Pinochet ante la justicia por el atentado de Washington y de reabrir el caso en Estados Unidos. Pero la muerte le dio al dictador la última palabra. Le permitió escapar a todos los juicios y que se publicase una carta postuma en la que defendía el golpe y el uso del «máximo rigor» para impedir una «dictadura del proletariado [...] ¡Cómo quisiera que no hubiese sido necesaria la acción del 11 de septiembre de 1973!», escribió Pinochet. «¡Cómo hubiera querido que la ideología marxista-leninista no se hubiera interpuesto en nuestra

vida patria!»[7]

No todos los criminales de los años del terror en Latinoamérica han tenido tanta suerte. En septiembre de 2006, veintitrés años después del final de la dictadura militar argentina, uno de los principales responsables del terror fue finalmente sentenciado a cadena perpetua. El condenado fue Miguel Osvaldo Etchecolatz, que había sido comisario de policía de la provincia de Buenos Aires durante los años de la Junta.

Durante el histórico juicio, Jorge Julio López, un testigo clave, se desvaneció. Despareció. López ya había sido uno de los desaparecidos durante la década de 1970, cuando fue brutalmente torturado y luego liberado. Ahora todo volvía a empezar. En Argentina, López se hizo famoso como la primera persona que «desapareció dos veces».[8] A mediados de 2007 seguía desaparecido y la policía está prácticamente segura de que fue secuestrado como un aviso a los otros posibles testigos: las mismas viejas tácticas de los años del terror.

El juez del caso, Carlos Rozanski, de cincuenta y cinco años y miembro de la Corte Federal argentina, falló que Etchecolatz era culpable de seis cargos de homicidio, seis cargos de encarcelamiento ilegal y siete casos de tortura. Cuando pronunció su veredicto, dio un paso extraordinario. Dijo que la condena que pronunciaba no estaba a la altura de la auténtica naturaleza del crimen y que, en interés de la «construcción de la memoria colectiva» tenía que añadir que todos esos crímenes «lo fueron contra la humanidad, en el contexto del genocidio que tuvo lugar en la República de Argentina entre 1976 y 1983».[9]

Con esa frase, el juez interpretó su papel en la reescritura de la historia de Argentina: los asesinatos de gente de izquierda en la década de 1970 no formaron parte de una «guerra sucia en la que se enfrentaron dos partes y durante la cual se cometieron varios crímenes en ambos bandos, como ha repetido la historia oficial durante

décadas. No fueron tampoco los desaparecidos meramente víctimas de dictadores locos ebrios de sádismo y de poder. Lo que sucedió fue algo más científico, más aterradoramente racional. Tal y como expresó el juez, existió un «plan de exterminio llevado a cabo por aquellos que gobernaban el país».[10]

Explicó que los asesinatos formaban parte de un sistema, planificado de antemano, que se aplicó de igual forma en todo el país y diseñado con la intención de atacar no a personas individuales sino a destruir las partes de la sociedad que esas personas representaban. El genocidio es un intento de asesinar a un grupo, no a una serie de personas individuales; así pues, argumentó el juez, fue genocidio.[11]

Rozanski reconoció que la forma en que usaba la palabra «genocidio» era controvertida, y escribió una extensa sentencia para fundamentar su elección. Reconoció que la Convención de Naciones Unidas sobre el Genocidio define el crimen como un «intento de destruir, en todo o en parte, un grupo nacional, étnico, religioso o racial»; la Convención no incluyó en la definición la eliminación de un grupo unido por sus ideas políticas —que es lo que había sucedido en Argentina—, pero Rozanski dijo que no le parecía que esa exclusión fuera legalmente válida.[12] Señalando un capítulo poco conocido de la historia de Naciones Unidas, explicó que el 11 de diciembre de 1946, en respuesta directa al Holocausto nazi, la Asamblea General de la ONU aprobó una resolución de forma unánime prohibiendo los actos de genocidio «en los que grupos raciales, religiosos, *políticos* o de otro tipo han sido destruidos en su totalidad o en parte».[13] La palabra «políticos» fue eliminada en la Convención dos años después porque Stalin así lo exigió. Sabía que si destruir un «grupo político» era considerado genocidio, sus sangrientas purgas y sus encarcelamientos masivos de opositores políticos entrarían dentro de la definición. Stalin contó con el apoyo de otros líderes que también querían reservarse el derecho de exterminar a sus

oponentes políticos, así que la palabra se eliminó.[14]

Rozanski escribió que consideraba la definición original de la ONU como la más legítima, pues no había sido producto de ese compromiso interesado.* También citó una sentencia de un tribunal español que había juzgado a uno de los torturadores argentinos más conocidos en 1998. Ese tribunal había afirmado que la Junta argentina había cometido un «crimen de genocidio». Definió el grupo que la Junta había tratado de eliminar como «aquellos ciudadanos que no encajaban en el modelo que los represores habían decidido el adecuado para el nuevo orden que estaban estableciendo en el país».[15] El año siguiente, en 1999, el juez español Baltasar Garzón, célebre por haber emitido una orden internacional de arresto contra Augusto Pinochet, argumentó también que Argentina sufrió un genocidio. Intentó definir qué grupo en concreto se había tratado de exterminar. El objetivo de la Junta, escribió, era «establecer un nuevo orden —como en Alemania pretendía Hitler— en el que no cabían aquellas personas que no encajaban en el cliché establecido». Quien no encajaba en el nuevo orden eran «las personas ubicadas en aquellos sectores que estorbaban a la configuración ideal de la nueva nación argentina».[16]

<!--[if !supportLists]-->* <!--[endif]-->Los códigos penales de muchos países, entre ellos Portugal, Perú y Costa Rica, prohíben los actos de genocidio y lo definen de forma que claramente incluye los ataques contra agrupaciones políticas o «sectores sociales». La ley francesa va incluso más allá y define el genocidio como un plan diseñado para destruir en todo o en parte «a un grupo definido por cualquier criterio arbitrario».

Por supuesto, no se puede comparar la escala de lo sucedido bajo los nazis o en Ruanda en 1994 con los crímenes de los dictadores corporativistas de América Latina en la década de 1970. Si el genocidio comporta un holocausto, estos crímenes no pertenecen a esa categoría.

Si el genocidio, sin embargo, se entiende, tal y como lo definen estos tribunales, como un intento deliberado de exterminar a los grupos que suponen un obstáculo para un determinado proyecto político, entonces se trata de un proceso que puede verse no sólo en Argentina sino, con mayor o menor intensidad, a lo largo y ancho de toda la región que se había convertido en el laboratorio de la Escuela de Chicago. En estos países las personas que «estorbaban a la configuración ideal» eran gente de izquierda de todo tipo: economistas, trabajadores de caridades, sindicalistas, músicos, organizadores campesinos, políticos... Miembros de todos estos grupos fueron objeto de una clara y deliberada estrategia, que abarcaba toda la región y estaba coordinada internacionalmente a través de la Operación Cóndor, con objeto de erradicar y exterminar a la izquierda.

Desde la caída del comunismo el libre mercado y la libertad de los pueblos se han presentado como una única ideología que pretende ser la mejor y única defensa de la humanidad para no repetir una historia plagada de fosas comunes, masacres y cámaras de tortura. En el Cono Sur, sin embargo, el primer lugar en el que la religión contemporánea del libre mercado desbocado escapó de los sótanos y seminarios de la Universidad de Chicago y se aplicó en el mundo real, no trajo consigo la democracia; país tras país, se predicó precisamente al derrocar la democracia. No trajo la paz, sino que requirió el asesinato sistemático de decenas de miles y la tortura de entre 100.000 y 150.000 personas.

Existía, escribió Letelier, una «armonía interna» entre el impulso de extirpar algunos sectores de la sociedad y la ideología fundamental del proyecto. Los de Chicago y sus profesores, que ofrecieron asesoramiento a los regímenes militares del Cono Sur y ocuparon puestos en sus gobiernos, creían en una forma de capitalismo esencialmente purista. El suyo es un sistema basado enteramente en la fe en el «equilibrio» y el «orden», un

sistema que, para funcionar, exigía que no existieran «distorsiones». Debido a estas características, un régimen decidido a aplicar fielmente este ideal no puede aceptar la presencia de puntos de vista alternativos o que aporten matices. Para alcanzar el ideal buscado es imprescindible un monopolio sobre la ideología pues, de otro modo, según la tesis principal de la teoría, las señales económicas se distorsionan y el sistema entero se desequilibra.

Los de Chicago difícilmente podrían haber escogido una parte del mundo menos hospitalaria para su experimento absolutista que el Cono Sur de Latinoamérica en la década de 1970. El extraordinario ascenso del desarrollismo implicaba que el área era una cacofonía precisamente de esas políticas que la Escuela de Chicago consideraba distorsiones o «ideas aeconómicas». Más importante todavía, la región hervía de movimientos populares e intelectuales que habían surgido en oposición directa al capitalismo de *laissez-faire*. Este punto de vista no era marginal, sino el típico de la mayoría de los ciudadanos, y así se reflejaba en las sucesivas elecciones de los distintos países. Una transformación según los parámetros de la Escuela de Chicago tenía tantas posibilidades de ser bien recibida en el Cono Sur como una revolución proletaria en Beverly Hills.

Antes de que la campaña de terror alcanzase Argentina, Rodolfo Walsh había escrito: «Nada puede detenernos, ni la cárcel ni la muerte. Porque no se puede encarcelar ni matar a todo un pueblo y puesto que la gran mayoría de los argentinos [...] saben que sólo el pueblo salvará al pueblo».[17] Salvador Allende, mientras veía cómo los tanques avanzaban para poner cerco al palacio presidencial, pronunció un último discurso radiofónico, imbuido de la misma actitud desafiante: «Y les digo que tengo la certeza de que la semilla que hemos entregado a la conciencia digna de miles y miles de chilenos, no podrá ser segada definitivamente», afirmó en sus últimas palabras dirigidas al público. «Tienen la fuerza, podrán

avasallarnos, pero no se detienen los procesos sociales ni con el crimen ni con la fuerza. La historia es nuestra y la hacen los pueblos».[18]

Los comandantes de la Junta en la región y sus cómplices económicos eran perfectamente conscientes de esas verdades. Un veterano de varios golpes de Estado argentinos explicó cuál era la opinión dentro del ejército: «En 1955 creíamos que el problema era [Juan] Perón, así que lo eliminamos; pero en 1976 ya sabíamos que el problema era la clase trabajadora».[19] En toda la región sucedió lo mismo: el problema era amplio y profundo. Eso quería decir que si la revolución neoliberal quería triunfar, las juntas tenían que lograr lo que Allende consideraba imposible: segar definitivamente la semilla que se sembró durante el auge de las izquierdas latinoamericanas. En su declaración de principios, publicada después del golpe, la dictadura de Pinochet afirmó que su misión era «una acción profunda y prolongada [para] cambiar la mentalidad de los chilenos», un eco de la idea que Albion Patterson, de USAID, padrino del Proyecto Chile, había hecho veinte años antes: «Lo que tenemos que hacer es cambiar la formación de los hombres».[20]

Pero ¿cómo se consigue eso? La semilla a la que Allende se refería no consistía en una sola idea ni en un grupo de partidos políticos y sindicatos. En los años sesenta y principios de los setenta, la izquierda era la cultura popular dominante en América Latina. Era la poesía de Pablo Neruda, la música de Víctor Jara y Mercedes Sosa, la teología de la liberación de Sacerdotes para el Tercer Mundo, el teatro emancipador de Augusto Boal, la pedagogía radical de Paulo Freiré, el periodismo revolucionario de Eduardo Galeano y el mismo Walsh. Eran los héroes y mártires legendarios del pasado y la historia reciente desde José Gervasio Artigas, pasando por Simón Bolívar hasta el Che Guevara. Cuando las juntas trataron de desafiar la profecía de Allende y arrancar de raíz el socialismo, estaban declarando la guerra a toda esta

cultura.

El imperativo se reflejó en las metáforas habituales de los regímenes militares en Brasil, Chile, Uruguay y Argentina: los eufemismos fascistas que hablaban de limpiar, barrer, erradicar y curar. En Brasil las detenciones de gente de izquierda se bautizaron con el código Operacao Limpeza. El día del golpe, Pinochet se refirió a Allende y su gobierno como «escoria que iba a arruinar el país».[21] Un mes después se comprometió a «extirpar el mal de raíz de Chile», a conseguir una «depuración moral» de la patria, «purificada de los vicios y malos hábitos», un objetivo muy parecido al de Alfred Rosenberg, escritor del Tercer Reich, cuando exigía «una limpieza despiadada con una escoba de hierro».[22]

PURIFICADORES DE CULTURAS

En Chile, Argentina y Uruguay las juntas llevaron a cabo operaciones masivas de limpieza, quemando libros de Freud, Marx y Neruda, cerrando cientos de periódicos y revistas, ocupando universidades, prohibiendo huelgas y reuniones políticas...

Algunos de los ataques más brutales los reservaron para los economistas «rosas» a los que los de Chicago no consiguieron derrotar antes de los golpes. En la Universidad de Chile, la rival de la base local de los de Chicago, la Universidad Católica, cientos de profesores fueron despedidos por «no observar los deberes morales» (entre ellos André Gunder Frank, el disidente de Chicago que escribió airadas cartas a sus ex profesores).[23] Durante el golpe, Gunder Frank informó que «se disparó a seis estudiantes a la vista de todos en la entrada principal de la Facultad de Económicas para dar una lección a todos los demás».[24] Cuando la Junta se hizo con el poder en Argentina, grupos de soldados entraron en la Universidad Nacional del Sur en Bahía Blanca y arrestaron a diecisiete miembros del claustro acusados de «enseñanzas subversivas»; también en este caso la mayoría fueron del Departamento de

Economía.[25] «Es necesario destruir las fuentes que alimentan, forman y adoctrinan a los delincuentes subversivos», anunció uno de los generales en una rueda de prensa.[26] Un total de ocho mil educadores de izquierdistas, «de ideología sospechosa», fueron purgados como parte de la Operación Claridad.[27] En los institutos se prohibieron las presentaciones en grupo, que eran muestra de un espíritu colectivo latente peligroso para la «libertad individual».[28]

En Santiago, el legendario cantante de izquierdas Víctor Jara estaba entre los que fueron llevados al Estadio de Chile. La forma en que le trataron encarna la decidida furia con la que se emprendió el silenciamiento de una cultura. Primero los soldados le rompieron ambas manos para que no pudiera tocar la guitarra y luego le dispararon cuarenta y cuatro veces, según los hechos desvelados por la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación.[29] Para asegurarse de que no se convirtiera en una inspiración más allá de su muerte, el régimen ordenó que se destruyeran las grabaciones originales de sus discos. Mercedes Sosa, también música, se vio obligada a exiliarse de Argentina; el dramaturgo revolucionario Augusto Boal fue torturado en Brasil y forzado a exiliarse; Eduardo Galeano fue expulsado de Uruguay y Walsh asesinado en las calles de Buenos Aires. Era el exterminio deliberado de toda una cultura.

En paralelo otra cultura aséptica y purificada ocupaba su lugar. Al inicio de las dictaduras de Chile, Argentina y Uruguay las únicas reuniones públicas aceptadas fueron las demostraciones de poderío militar y los partidos de fútbol. En Chile, si eras una mujer, llevar pantalones era motivo suficiente para un arresto; si eras un hombre, lo era el pelo largo. «En toda la República se está produciendo una profunda purificación», afirmaba un editorial de un periódico argentino controlado por la Junta. Exigía la limpieza total e inmediata de los graffiti de izquierdas: «Pronto las superficies relucirán, liberadas de esa pesadilla por la acción del jabón y el agua».[30]

En Chile, Pinochet estaba decidido a quitar a su pueblo la costumbre de echarse a la calle. Hasta las reuniones más pequeñas eran dispersadas con cañones de agua, el arma favorita de Pinochet para el control de las masas. La Junta tenía cientos de ellos, lo bastante pequeños para ir por las aceras y lanzar su chorro contra los grupos de escolares que repartían panfletos; la represión alcanzaba incluso a los funerales, si eran demasiado movidos. Bautizados como «guanacos», por una llama famosa por su costumbre de escupir, los omnipresentes cañones de agua limpiaban la gente tomo si tratara de basura humana, dejando las calles relucientes, limpias y vacías.

Poco después del golpe, la Junta chilena publicó un edicto apremiando a los ciudadanos para que «contribuyeran a limpiar la patria» informando sobre los «extremistas» extranjeros y los «chilenos fanatizados».[31]

QUIÉN FUE ASESINADO Y POR QUÉ

La mayoría de la gente contra la que se arremetió en las redadas no fueron «terroristas», como proclamaba la retórica oficial, sino más bien las personas a las que las juntas habían identificado como los mayores obstáculos a su programa económico. Algunos de verdad eran opositores, pero a muchos se los veía como simplemente representantes de valores contrarios a la revolución del libre mercado.

La naturaleza sistemática de esta campaña de limpieza queda patente al cotejar las fechas y horas de las desapariciones documentadas en los informes de la Comisión de Derechos Humanos y de la Comisión de la Verdad. En Brasil, la Junta no empezó la represión en masa hasta finales de la década de 1960, pero hizo una excepción: tan pronto como se lanzó el golpe, los soldados rodearon a los líderes de los sindicatos activos en las fábricas y en los grandes ranchos. Según *Brasil: Nunca Mais*, fueron enviados a la cárcel, donde muchos fueron torturados «por la sola razón de tener una filosofía política

opuesta a la de las autoridades». Este informe de la Comisión de la Verdad, basado en las actas judiciales de los propios militares, destaca que la Confederación General del Trabajo (CGT), la principal asociación de sindicatos, aparece en los procedimientos judiciales de la Junta «como un demonio omnipresente que debe ser exorcizado». El informe concluye claramente que el motivo por el que «las autoridades que tomaron el poder en 1964 tuvieron especial cuidado en "limpiar" este sector» es porque «temían la generalización de la [...] resistencia desde los sindicatos a sus programas económicos, que estaban basados en la austeridad en los salarios y en la privatización de la economía».[32]

Tanto en Chile como en Argentina los gobiernos militares utilizaron el caos inicial del golpe para lanzar con éxito su ataque contra el movimiento sindical. Claramente se trató de operaciones planeadas con mucha antelación, pues las redadas sistemáticas empezaron el mismo día del golpe. En Chile, mientras todas las miradas se dirigían al asediado palacio presidencial, otros batallones fueron enviados a «fábricas en lo que se conocía como "cinturones industriales", donde las tropas llevaron a cabo redadas y arrestaron a gente. Durante los días siguientes», según el informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación, hubo redadas en varias fábricas más, «lo que llevó a arrestos masivos de personas, muchas de las cuales fueron luego asesinadas o desaparecieron».[33] En 1976, el 80 % de los prisioneros políticos de Chile eran obreros y campesinos.[34]

El informe de la Comisión de la Verdad de Argentina, *Nunca Más*, documenta una intervención quirúrgica similar contra los sindicatos: «Hemos visto que una gran parte de las operaciones [contra los trabajadores] se llevaron a cabo el mismo día del golpe o inmediatamente a continuación».[35] Entre la lista de ataques a las fábricas, un testimonio es particularmente revelador de cómo el «terrorismo» se usó como pantalla de humo para perseguir a activistas pro obreros no violentos. Graciela Geuna, prisionera política en

el campo de tortura conocido como La Perla, describió cómo los soldados que la vigilaban empezaron a ponerse nerviosos con una huelga que iba a tener lugar en una central eléctrica. La huelga iba a ser «un ejemplo importante de resistencia a la dictadura militar» y la Junta no quería que tuviera lugar. Así que, recordó Geuna, los «soldados de la unidad decidieron convertirla en ilegal o, como ellos dijeron, "montonerizarla"» (los montoneros eran un grupo guerrillero que el gobierno ya había derrotado). Los huelguistas no tenían nada que ver con los montoneros, pero eso no importaba. Los «mismos soldados que había en La Perla imprimieron panfletos que firmaron como "montoneros", panfletos en los que incitaban a los trabajadores a la huelga». Los panfletos se convirtieron entonces en la «prueba» necesaria para secuestrar y asesinar a los líderes sindicalistas.[36]

tortura patrocinada por las empresas

En ocasiones los ataques a los líderes sindicales estaban coordinados con los propietarios de los lugares de trabajo. Demandas interpuestas en los últimos años han aportado algunos de los ejemplos mejor documentados de intervención directa de filiales locales de multinacionales extranjeras.

En los años previos al golpe en Argentina, el ascenso de la militancia de izquierdas había afectado a las empresas extranjeras tanto económica como personalmente: entre 1972 y 1976 fueron asesinados cinco ejecutivos de la compañía automovilística Fiat.[37] La suerte de tales empresas cambió radicalmente cuando la Junta tomó el poder y aplicó las políticas de la Escuela de Chicago; ahora podían inundar el mercado local de importaciones, pagar salarios más bajos, despedir a trabajadores libremente y enviar los beneficios a casa sin trabas legales.

Varias multinacionales expresaron efusivamente su agradecimiento. En el primer Año Nuevo del gobierno militar en Argentina, Ford Motor Company publicó en los

periódicos un anunció de felicitación en el que abiertamente se alienaba con el régimen: «1976: Argentina encuentra de nuevo el camino. 1977: año nuevo de fe y esperanza para todos los argentinos de buena voluntad. Ford Motor de Argentina y su gente se comprometen en la lucha para conseguir el gran destino de la patria».[38] Las empresas extranjeras hicieron más que dar las gracias a las juntas por un trabajo bien hecho: algunas participaron activamente en las campañas de terror. En Brasil, varias multinacionales se unieron y financiaron escuadrones de tortura privados. A mediados de 1969, justo cuando la Junta entraba en su fase más brutal, se lanzó una fuerza policial extralegal llamada Operación Bandeirantes, conocida por sus siglas, OBAN. Formada por oficiales del ejército, OBAN fue fundada, según *Brasil: Nunca Mais*, «gracias a contribuciones de varias corporaciones multinacionales, entre ellas Ford y General Motors». Al estar fuera de las estructuras militares y policiales oficiales, OBAN disfrutaba de «flexibilidad e impunidad respecto a los métodos de interrogatorio», afirma el informe, y pronto su sadismo sin igual se hizo tristemente célebre.[39]

Fue en Argentina, no obstante, donde la implicación de la filial local de Ford con el aparato del terror se hizo más obvia. La empresa suministraba vehículos a los militares, de modo que el Ford Falcon fue el automóvil utilizado en miles de secuestros y desapariciones. El psicólogo y dramaturgo argentino Eduardo Pavlovsky describió el coche como «lo terrorífico como expresión simbólica. El coche de la muerte».[40]

Mientras Ford suministraba coches a la Junta, la Junta le correspondió con un favor: eliminar las cadenas de producción de problemáticos sindicalistas. Antes del golpe, Ford se había visto obligada a realizar importantes concesiones a sus trabajadores: una hora libre para comer en lugar de veinte minutos y un 1 % de lo obtenido por la venta de cada coche para dedicarlo a programas de servicios sociales. Todo eso cambió abruptamente cuando

empezó la contrarrevolución, el día del golpe. La fábrica de Ford en las afueras de Buenos Aires se convirtió en una fortaleza armada; en las semanas siguientes se llenó de vehículos militares, tanques incluidos, y sobre ella se oían constantemente los rotores de los helicópteros. Los obreros han testificado que hubo un batallón de cien soldados destinado permanentemente a la fábrica.[41] «En Ford parecía como si estuviéramos en guerra. Y todo estaba dirigido contra nosotros, los trabajadores», recordó Pedro Troiani, uno de los delegados sindicales.[42]

Los soldados rondaban por las instalaciones, agarrando y encapuchando a los sindicalistas más activos, a los que el capataz de la fábrica tenía la amabilidad de señalar. Troiani se contó entre los que fueron sacados de la cadena de montaje. Recuerda que «antes de detenerme me pasearon por la fábrica, lo hicieron al descubierto para que la gente pudiera verlo: Ford lo utilizó para acabar con los sindicatos en la fábrica».[43] Más sorprendente fue lo que pasó a continuación: en lugar de llevarlos rápidamente a alguna cárcel cercana, Troiani y los demás dicen que los soldados les llevaron a unas instalaciones de detención que habían sido construidas dentro del perímetro de la fábrica. En su lugar de trabajo, en el mismo lugar en el que tan sólo unos días atrás habían estado negociando contratos, esos trabajadores fueron golpeados, pateados y, en dos casos, sometidos a *electroshocks*.[44] Fueron conducidos luego a prisiones fuera de la fábrica donde las torturas continuaron durante semanas y, en algunos casos, durante meses.[45] Según los abogados de los trabajadores, al menos veinticinco representantes sindicales en Ford fueron secuestrados en este período, la mitad de ellos detenidos en la misma empresa en unas instalaciones que los grupos de defensa de los derechos humanos en Argentina están presionando para que se incluya en una lista oficial de antiguos centros clandestinos de detención.[46]

En 2002, fiscales federales presentaron una acusación penal contra Ford Argentina en nombre de Troiani y otros

catorce trabajadores, alegando que la empresa era legalmente responsable por la represión que tuvo lugar en su propiedad. «Ford [Argentina] y sus ejecutivos colaboraron en el secuestro de sus propios trabajadores y creo que deben ser considerados responsables de él», dice Troiani.[47] Mercedes-Benz (una filial de DaimlerChrysler) se enfrenta a una investigación similar a causa de alegaciones de que la empresa colaboró con el ejército en la década de 1970 para purgar una de sus fábricas de sindicalistas, supuestamente dando nombres y direcciones de dieciséis trabajadores que luego desparecieron, catorce de ellos para siempre.[48]

Según la historiadora Karen Robert, experta en Latinoamérica, hacia el final de la dictadura «prácticamente habían desaparecido todos los delegados de a pie de las fábricas de las principales empresas del país [...] como Mercedes-Benz, Chrysler y Fiat Concord».[49] Tanto Ford como Mercedes-Benz niegan que sus ejecutivos tomaran parte en la represión. Los juicios siguen abiertos.

No fueron sólo los sindicalistas los que sufrieron un ataque preventivo: lo sufrió cualquiera que representase una visión de la sociedad construida sobre cualquier valor que no fuera el puro beneficio.

Particularmente brutales a lo largo y ancho de la región fueron los ataques a los granjeros que se habían implicado en la lucha por la reforma agraria. Los líderes de las Ligas Agrarias Argentinas —que habían difundido ideas incendiarias sobre el derecho de los campesinos a poseer tierras— fueron perseguidos y torturados, a menudo en los mismos campos que trabajaban, a la vista de toda la comunidad. Los soldados utilizaban las baterías de los camiones para dar electricidad a sus picanas, volviendo aquel ubicuo utensilio campesino contra los propios granjeros.

Mientras tanto, las políticas económicas de la Junta fueron un auténtico regalo para los terratenientes y

ganaderos. En Argentina, Martínez de Hoz eliminó los controles sobre el precio de la carne, con lo que éste subió más de un 700 %, provocando un récord de beneficios.[50]

En los barrios pobres, el objetivo de los ataques preventivos fueron los trabajadores comunitarios, muchos de ellos asociados a la Iglesia, que organizaban a los sectores más desfavorecidos de la sociedad para que exigieran sanidad, vivienda y educación públicas o, en otras palabras, para que pidieran el «Estado del bienestar», que era precisamente lo que los de Chicago estaban desmantelando. «¡Los pobres no van a tener más santurrones que cuiden de ellos!», le dijeron a Norberto Liwsky, un doctor argentino, mientras «aplicaban descargas eléctricas en mis encías, pezones, genitales, abdomen y orejas».[51]

Un sacerdote argentino que colaboró con la Junta explicó cuál era la filosofía que les guiaba: «El enemigo era el marxismo. El marxismo en la Iglesia, digamos, y en la patria. El peligro de una nación nueva».[52] Ese «peligro de una nación nueva» ayuda a explicar por qué tantas de las víctimas de las juntas fueron jóvenes. En Argentina, el 81 % de los treinta mil desaparecidos tenían entre dieciséis y treinta años.[53] «Estamos trabajando ahora para los siguientes veinte años», le dijo un conocido torturador argentino a una de sus víctimas.[54]

Entre los más jóvenes estaban un grupo de estudiantes de instituto que, en septiembre de 1976, se agruparon para pedir una bajada del billete de autobús. Para la Junta, aquella acción colectiva demostraba que los adolescentes estaban contagiados del virus del marxismo, y respondió con furia genocida, torturando y matando a seis de los estudiantes que se habían atrevido a plantear aquella subversiva demanda.[55] Miguel Osvaldo Etchecolatz, el comisario de policía finalmente sentenciado en 2006, fue uno de los personajes clave de aquella operación.

La pauta de las desapariciones estaba clara: mientras los terapeutas del *shock* eliminaban todos los resquicios de colectivismo de la economía, las tropas de *shock* debían eliminar a los representantes de ese *ethos* de las calles, las universidades y las fábricas.

En algunos momentos distendidos, algunos de los que estuvieron en la línea del frente de la transformación económica han reconocido que para lograr sus objetivos era necesario el uso generalizado de la represión. Víctor Emmanuel, el ejecutivo de relaciones públicas de Burson-Marsteller encargado de vender al resto del mundo el nuevo régimen favorable a las empresas instaurado por las juntas, explicó a un investigador que la violencia era necesaria para abrir la economía «proteccionista y estatalista» de Argentina. «Nadie, pero nadie, invierte en un país que está en guerra civil», dijo, pero admitió que no sólo se mataba a las guerrillas. «Probablemente se mató también a mucha gente inocente», le dijo a la escritora Marguerite Feitlowitz, pero, «dada la situación era necesario aplicar una fuerza inmensa».[56]

Sergio de Castro, el ministro de Economía de Pinochet de la Escuela de Chicago que supervisó la aplicación del tratamiento de choque, dijo que nunca podría haberlo hecho sin el apoyo del puño de hierro de Pinochet. «Teníamos a la opinión pública muy en contra, así que necesitábamos una personalidad fuerte para mantener la política. Tuvimos suerte de que el presidente Pinochet lo entendiera y tuviera el valor de resistir a las críticas.» De Castro también ha dicho que un «gobierno autoritario» es el más capacitado para salvaguardar la libertad económica gracias a su uso «impersonal» del poder.[57]

Como sucede casi siempre con el terrorismo de Estado, los objetivos seleccionados servían a un doble propósito.

<!--[if !supportLists]--> <!--[endif]-->En primer lugar, eliminarlos quitaba de en medio obstáculos reales al proyecto, pues desaparecían aquellos

que era más probable que contraatacasen.

<!--[if !supportLists]--> <!--[endif]-->En segundo lugar, el hecho de que todo el mundo viera que los «problemáticos» desaparecían servía de aviso a aquellos que podrían considerar resistir, eliminando también, por tanto, obstáculos futuros.

Y funcionó. «Estábamos confundidos y angustiados, aguardábamos dóciles a seguir las órdenes [...] la gente sufrió una regresión; se volvió más dependiente y temerosa», recordó el psiquiatra chileno Marco Antonio de la Parra.[58] Estaban, en otras palabras, en estado de *shock*. Así que cuando los *shocks* económicos hicieron que los precios se dispararan y los salarios se hundiesen, las calles de Chile, Argentina y Uruguay siguieron despejadas y en calma. No hubo disturbios por la falta de comida ni huelgas generales. Las familias sobrellevaron la penuria saltándose en silencio algunas comidas, alimentando a sus bebés con mate, un té tradicional que quita el apetito, y despertándose antes del amanecer para caminar durante horas hasta su puesto de trabajo y así ahorrarse el billete de autobús. Los que morían de malnutrición o de fiebre tifoidea eran enterrados discretamente.

Sólo una década antes, los países del Cono Sur —con sus sectores industriales en alza, sus clases medias creciendo rápidamente y sus sólidos sistemas de sanidad y educación— habían sido la esperanza del mundo en vías de desarrollo. Ahora los ricos y los pobres se movían en mundos económicos totalmente distintos, con los ricos accediendo a la ciudadanía honorífica en el estado de Florida y el resto empujados hacia el subdesarrollo en un proceso que se agudizaría durante las «reestructuraciones» neoliberales de la era posterior a las dictaduras. Si no ya ejemplos a seguir, estos países se convirtieron en ejemplos aterradores de lo que les sucede a las naciones pobres que creen que pueden prosperar por sus propios medios hasta salir del Tercer Mundo. Fue una conversión paralela a la

que sufrieron los prisioneros en los centros de tortura de la Junta: no bastaba con hablar, se les exigía además que abjuraran de sus creencias más queridas, que traicionaran a sus amantes e hijos. A los que se rendían se les llamaba «quebrados». Eso fue lo que le sucedió al Cono Sur. La región no sólo fue derrotada: fue quebrada.

la TORTURA COMO «CURA»

Mientras se trataba de extirpar el colectivismo de la cultura mediante medidas políticas, dentro de las prisiones la tortura intentaba extirparlo de la mente y el espíritu. Como un editorial de la Junta argentina subrayó en 1976, «también las mentes deben limpiarse, pues es allí donde nació el error».[59]

Muchos torturadores adoptaban el papel de un doctor o un cirujano. Igual que los economistas de Chicago con sus *shocks* dolorosos pero necesarios, estos interrogadores imaginaban que sus *electroshocks* y demás tormentos eran terapéuticos, que administraban una especie de medicina a sus presos, a los que muchas veces se referían dentro de los campos como «apestosos», es decir, como los sucios o enfermos. Les iban a curar de la enfermedad del socialismo, del impulso hacia la acción colectiva.* Sus «tratamientos» eran atroces, cierto, puede que incluso letales, pero eran por el bien de los pacientes. «Si tienes gangrena en un brazo, tienes que cortártelo, ¿verdad?», dijo Pinochet, impaciente ante las críticas a su historial de ataques a los derechos humanos.[60]

<!--[if !supportLists]-->* <!--[endif]-->Con ello, la electroterapia regresaba a su anterior encarnación como técnica de exorcismo. El primer uso registrado de la electrocución médica fue por un médico suizo que ejerció en el siglo XVIII. Ese médico creía que las enfermedades mentales las causaba el diablo, así que hacía que el paciente sujetara un cable al que daba potencia con una máquina de electricidad estática. Administraba una descarga de electricidad por cada

demonio que habitaba en el cuerpo del paciente y luego lo declaraba curado.

En testimonios que aparecen en los informes de las comisiones de la verdad por toda la región, los prisioneros describen un sistema diseñado para obligarles a traicionar el principio más fundamental de su sentido del yo**. Para la mayor parte de los latinoamericanos de izquierdas, ese principio fundamental era lo que el historiador radical argentino Osvaldo Bayer llamó «la única ideología trascendental: la solidaridad».[61] Los torturadores entendían perfectamente la importancia de la solidaridad y se aplicaron a destruir ese impulso de interconexión social entre sus prisioneros.** Se da por supuesto que todo interrogatorio consiste en obtener información valiosa y, por lo tanto, forzar una traición, pero muchos prisioneros informan que sus torturadores estaban bastante poco interesados en la información, que ya solían tener de antemano, y mucho más interesados en conseguir el acto de traición en sí. Lo importante del ejercicio era lograr que los prisioneros sufrieran una lesión irreparable en aquella parte de ellos que creía que ayudar a los demás era el valor supremo, la parte que les hacía activistas, y reemplazarla por una sensación de vergüenza y humillación.

A veces el preso no podía controlar estas traiciones. El prisionero argentino Mario Villani, por ejemplo, llevaba su agenda encima cuando fue secuestrado. En ella estaban las señas de una reunión que había acordado con un amigo. Los soldados se presentaron en su lugar y otro activista desapareció en la maquinaría del terror. En la mesa de interrogación, los interrogadores de Villani le torturaron con el dato de que «habían capturado a Jorge porque se había presentado a la cita conmigo. Sabían que para mí eso era un tormento peor que 220 voltios. El remordimiento era casi insoportable».[62]

Los actos de rebelión más extremos en este contexto consistían en pequeños gestos de bondad entre prisioneros,

como tratar de curar las heridas de los demás o compartir la escasa comida. Cuando se descubría alguno de esos gestos, el castigo era durísimo. Se machacaba a los prisioneros para que fueran lo más individualistas posible y se les ofrecían constantemente tratos fáusticos, como escoger entre más torturas insoportables para ellos mismos o más torturas para otro de sus compañeros de celda. En algunos casos los prisioneros fueron quebrados hasta tal punto que aceptaron aplicar la picana a sus compañeros presidiarios o abjurar por televisión de sus creencias anteriores. Estos prisioneros representaban el triunfo final de sus torturadores: no sólo los prisioneros habían abandonado cualquier idea de solidaridad sino que, para sobrevivir, habían sucumbido al *ethos* despiadado que era el núcleo del capitalismo de *laissez-faire*, «estar pendiente del número 1», en palabras de un directivo de ITT.*[63]

<!--[if !supportLists]-->* <!--[endif]-->La manifestación contemporánea de este proceso de destrucción de la personalidad se halla en la forma en que se utiliza el islam como arma contra los prisioneros musulmanes en las prisiones dirigidas por Estados Unidos. De entre el alud de pruebas que se han filtrado de Abu Ghraib y de la bahía de Guantánamo, dos formas concretas de maltrato a los prisioneros aparecen una y otra vez: el desnudo y la interferencia deliberada con las prácticas islámicas, sea obligando a los prisioneros a afeitarse la barba, dando patadas a un Corán, envolviendo a los prisioneros en banderas israelíes, forzándoles a adoptar posturas homosexuales o incluso tocando a los hombres con sangre de menstruación simulada. Moazzam Begg, que estuvo recluido en Guantánamo, dice que le obligaron a afeitarse con frecuencia y que un guardián le decía: «Esto es lo que de verdad os molesta a los musulmanes, ¿verdad?». Se profana el islam no porque los guardianes lo odien (aunque bien puede ser así) sino porque los prisioneros lo aman. Puesto que el objetivo de la tortura es destruir la personalidad, todo lo que comprende la personalidad

de un prisionero debe ser sistemáticamente robado: desde su ropa hasta sus creencias más queridas. En la década de 1970 eso llevaba a atacar la solidaridad social; hoy conduce a agredir al islam.

Los dos grupos de «doctores» del *shock* que trabajaban en el Cono Sur —los generales y los economistas— recurrieron a metáforas prácticamente idénticas en su trabajo. Friedman comparó su trabajo en Chile al de un médico que ofrecía «consejos médicos técnicos al gobierno chileno para ayudar a curar una epidemia médica», la «epidemia de la inflación».[64] Arnold Harberger, director del programa sobre Latinoamérica en la Universidad de Chicago, fue incluso más allá. En una conferencia que pronunció en Argentina frente a un público formado por jóvenes economistas, mucho después de que la dictadura hubiera terminado, dijo que los buenos economistas son en sí mismos el tratamiento, pues funcionan «como anticuerpos que combaten las ideas y políticas antieconómicas».[65] El ministro de Exteriores de la Junta argentina, César Augusto Guzzetti, dijo que «cuando el cuerpo social del país ha sido contaminado por una enfermedad que corroe sus entrañas, forma anticuerpos. Estos anticuerpos no pueden considerarse del mismo modo que los microbios. Conforme el gobierno controle y destruya a la guerrilla, la acción de los anticuerpos desaparecerá, como ya está sucediendo. Se trata tan sólo de una reacción natural de un cuerpo enfermo».[66]

Este lenguaje tiene, por supuesto, el mismo andamiaje intelectual que permitía a los nazis afirmar que al asesinar a los miembros «enfermos» de la sociedad estaban curando «el cuerpo de la nación». Como dijo el doctor nazi Fritz Klein: «Quiero preservar la vida. Y por respeto a la vida humana, amputaré un apéndice gangrenado de un cuerpo enfermo. El judío es el apéndice gangrenado del cuerpo de la humanidad». Los jemeres rojos utilizaron el mismo lenguaje para justificar su masacre en Camboya: «Hay que amputar lo que está infectado».[67]

NIÑOS «NORMALES»

Los paralelismos más escalofriantes se encuentran en la forma en que la Junta argentina trató a los niños dentro de su red de centros de tortura. La Convención de las Naciones Unidas sobre el Genocidio declara que entre las prácticas genocidas más habituales está «imponer medidas tendentes a evitar nacimientos dentro del grupo» y «transferir a la fuerza a niños de un grupo a otro grupo».[68]

Se estima que nacieron unos quinientos niños en los centros de tortura argentinos. Esos bebés fueron alistados inmediatamente en el plan para rediseñar la sociedad y crear una nueva raza de ciudadanos modelo. Tras un breve período de guardería, cientos de bebés fueron vendidos o entregados a parejas, la mayor parte de ellas con vínculos directos con la dictadura. Según el grupo de defensa de los derechos humanos Abuelas de la Plaza de Mayo, que con gran esfuerzo ha localizado a docenas de aquellos bebés, los niños fueron criados según los valores del capitalismo y el cristianismo que la Junta consideraba «normales» y saludables.[69] Los padres de los bebés, considerados demasiado enfermos como para poder ser salvados, fueron casi siempre asesinados en los campos. El robo de bebés no fue producto de excesos de personas individuales, sino parte de una operación estatal organizada. En un caso llevado a los tribunales se presentó como prueba un documento oficial del Departamento del Interior titulado «Instrucciones sobre procedimientos a seguir con los niños menores de edad de líderes políticos o sindicales cuando sus padres son detenidos o desaparecen».[70]

Este capítulo de la historia de Argentina guarda un sorprendente paralelismo con el robo masivo de niños indígenas en Estados Unidos, Canadá y Australia, donde se les enviaba a internados, se les prohibía hablar sus lenguas nativas y se les coaccionaba para que fueran más «blancos». En la Argentina de la década de 1970 operaba una lógica supremacista similar, pero no basada en la raza sino en las creencias políticas, la cultura y la clase social.

Uno de los vínculos más gráficos entre los asesinatos políticos y la revolución del libre mercado no se descubrió hasta cuatro años después del final de la dictadura argentina. En 1987 un equipo de rodaje estaba filmando en el sótano de Galerías Pacífico, uno de los centros comerciales más lujosos del centro de Buenos Aires, cuando descubrieron horrorizados un centro de tortura abandonado. Resultó ser que durante la dictadura, el Primer Cuerpo del Ejército escondió a algunos de sus desaparecidos en las tripas del centro comercial. En las paredes de las mazmorras todavía se podían ver las marcas desesperadas que habían hecho los prisioneros muertos hacía tiempo: nombres, fechas, súplicas de ayuda.[71]

Hoy, Galerías Pacífico es la joya de la corona de la zona comercial de Buenos Aires, la prueba de su consolidación como una capital consumista globalizada. Techos abovedados y suntuosos frescos sirven de marco a una larga serie de tiendas de marca, desde Christian Dior a Ralph Lauren pasando por Nike, con precios inalcanzables para la gran mayoría de los habitantes del país pero que parecen una ganga a los extranjeros que acuden a la ciudad atraídos por las ventajas de su devaluada divisa.

Para los argentinos que conocen su historia, el centro comercial constituye un escalofriante recordatorio de que igual que una forma más antigua de conquista capitalista se edificó sobre las tumbas de los pueblos indígenas, el proyecto de la Escuela de Chicago en América Latina se construyó literalmente sobre los centros de tortura secretos en los que desaparecieron miles de personas que creían en un país diferente.

NOTAS

1. Daniel Feierstein y Guillermo Levy, *Hasta que la muerte nos separe: Prácticas sociales genocidas en América Latina*, Buenos Aires, Ediciones al margen, 2004, pág. 76.

2. Marguerite Feitlowitz, *A Lexicon of Terror: Argentina and*

the Legacies Of Torture, Nueva York, Oxford University Press, 1998, pág. XII.

3. Orlando Letelier, «The Chicago Boys in Chile», *The Nation*, 28 de agosto de 1976.

4. Ibídem.

5. John Dinges y Saúl Landau, *Assassination on Embassy Row*, Nueva York, Pantheon Books, 1980, págs. 207-210.

6. Pamela Constable y Arturo Valenzuela, *A Nation of Enemies: Chile Under Pinochet*, Nueva York, W. W. Norton & Company, 1991, págs. 103-107; Peter Kornbluh, *The Pinochet File: A Declassified Dossier on Atrocity and Accountability*, Nueva York, New Press, 2003, pág. 167.

7. Eduardo Gallardo, «In Posthumous Letter, Lonely Ex-Dictator Justifies 1973 Chile Coup», Associated Press, 24 de diciembre de 2006.

8. «Dos Veces Desaparecido», Página 12, 21 de septiembre de 2006.

9. Carlos Rozanski fue el ponente de la sentencia, apoyada por los jueces Norberto Lorenzo y Horacio A. Insaurralde. Audiencia de la Corte Federal n° 1, caso NE 2251/06, septiembre de 2006, .

10. Audiencia de la Corte Federal n° 1, caso NE 2251/06, septiembre de 2006. .

11. Ibídem.

12. Oficina del Alto Comisionado para los Derechos Humanos de Naciones Unidas, «Convención sobre la prevención y castigo del crimen de genocidio», aprobada el 9 de diciembre de 1948, .

13. Leo Kuper, «Genocide: Its Political Use in the Twentieth Centurv», en Alexander Laban Hielen (comp.), Genocide: *An Anthropoligical Reader*, Malden, Massachusets, Blackwell, 2002, pág. 56.

14. Beta Van Schaack. «The Crime of Political Genocide: Repairing the Genocide Convention's Blind Spot», *Yale Law Journal*, n°7, mayo de 1997.

15. «Auto de la Sala de lo Penal de la Audiencia Nacional confirmando la jurisdicción de España para conocer de los crímenes de genocidio y terrorismo cometidos durante la dictadura argentina», Madrid, 4 de noviembre de 1998, >. Nota a pie de página: Van Schaack, «The Crime of Political Genocide», *op. cit.*

16. Baltasar Garzón, «Auto de procesamiento a militares argentinos», Madrid, 2 de noviembre de 1999, .

17. Michael McCaughan, *True Crimes: Rodolfo Walsh*, Londres, Latín American Bureau, 2002, pág. 182.

18. Constable y Valenzuela, *A Nation of Enemies*, *op. cit.*, pág. 16.

19. Guillermo Levy, «Considerations on the Connections between Race, Politics. Economics, and Genocide», *Journal of Genocide Research*, vol. 8, n° 2, junio de 2006. pág. 142.

20. Juan Gabriel Valdés, *Pinochet's Economists: The Chicago School in Chile*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995, págs. 7-8 y 113.

21. Constable y Valenzuela, *A Nation of Enemies*, *op. cit.*, pág. 16.

22. Ibídem, 39; Alfred Rosenberg, *Myth ofthe Ttventieth Century: An Evaluación of the Spirítual-lntellectual Confrontations of Our Age* (1930), reimp. Newport Beach, California, Noontide Press, 1993, pág. 333.

23. André Gunder Frank, *Economic Genocide in Chile: Monetarist Theory Versus Humanity*, Nottingham, Reino Unido, Spokesman Books, 1976, pág. 41.

24. Ibídem.

25. Amnistía Internacional, *Report on an Amnesty International Mission to Argentina 6-15 November 1976*, Londres, Amnesty International Publications, 1977, pág. 65.

26. Ibídem.

27. Marguerite Feitlowitz, *A Lexicon of Terror: Argentina and the Legacies of Torture*, Nueva York, Oxford University Press, 1998, pág. 159.

28. Diana Taylor, *Disappearing Acts: Spectacles of Gender and Nationalism in Argentina's «Dirty War»,* Durham, NC, Duke University Press, 1997, pág. 105.

29. *Report of the Chilean National Commission on Truth and Reconciliation*, vol. 1, trad. de Phillip E. Berryman, Notre Dame, University of Notre Dame Press, 1993, pág. 140.

30. Editorial de *La Prensa* (Buenos Aires), citado en Feitlowitz, *A Lexicon of Terror*, *op. cit.*, pág. 153.

31. Constable y Valenzuela, *A Nation of Enemies*, *op. cit.*, pág. 153.

32. Archidiócesis de Sao Paulo, *Brasil: Nunca Mais / Torture in Brazil: A Shocking Report on the Pervasive Use of Torture by Brazilian Military Governments, 1964-1979*, Joan Dassin (comp.), trad. de Jaime Wright, Austin, University of Texas Press, 1986, págs. 106-110.

33. *Report of the Chilean National Commission on Truth and Reconciliation*, vol. 1, pág. 149.

34. Letelier, «The Chicago Boys in Chile», *op. cit.*

35. *Nunca Más: The Report of the Argentine National Commission ofthe Disappeared*, Nueva York, Parrar Straus Giroux, 1986, pág. 369.

36. Ibídem, pág. 371.

37. Amnistía Internacional, *Report on an Amnesty International Mission to Argentina 6-15 November 1976*, *op. cit.*, pág. 9.

38. Taylor, *Disappearing Acts*, *op. cit.*, pág. 111.

39. Archidiócesis de Sao Paulo, *Torture in Brazil*, *op. cit.*, pág. 64.

40. Karen Robert, «The Falcon Remembered», *NACLA Report on the Americas*, vol. 39, n° 3, noviembre-diciembre de 2005, pág. 12.

41. Victoria Basualdo, «Complicidad patronal-militar en la última dictadura argentina», Engranajes: Boletín de FETIA, n° 5, edición especial, marzo de 2006.

42. Transcripción de entrevistas realizadas por Rodrigo Gutiérrez con Pedro Troiani y Carlos Alberto Propato, ambos ex trabajadores de Ford y sindicalistas, para un próximo documental sobre el Ford Falcon, *Falcon*.

43. «Demandan a la Ford por el secuestro de gremialistas durante la dictadura», *Página 12*, 24 de febrero de 2006.

44. Robert, «The Falcon Remembered», *op. cit.*, págs. 13-15; transcripción de las entrevistas de Gutiérrez con Troiani y Propato.

45. «Demandan a la Ford por el secuestro de gremialistas durante la dictadura», *op. cit.*

46. Ibídem.

47. Larry Rohter, «Ford Motor Is Linked to Argentina's "Dirty War"», *New York Times*, 27 de noviembre de 2002.

48. Ibídem; Sergio Correa, «Los desaparecidos de Mercedes-Benz», *BBC Mundo*, 5 de noviembre de 2002.

49. Robert, «The Falcon Remembered», *op. cit.*, pág. 14.

50. McCaughan, *True Crimes*, *op. cit.*, pág. 290.

51. *Nunca Más: The Repon of the Argentine National Commission ofthe Disappeared*, *op. cit.*, pág. 22.

52. Citando al padre Santano. Patricia Marchak, *God's Assassins: State Terrorism in Argentina in the 1970s*, Montreal, McGill-Queen's University Press, 1999, pág. 241.

53. Marchak, *God's Assassins*, *op. cit.*, pág. 155.

54. Levy, «Considerations on the Connections between Race, Politics, Economics, and Genocide», *op. cit.*, pág. 142.

55. Marchak, *God's Assassins*, *op. cit.*, pág. 161.

56. Feitlowitz, *A Lexicon of Terror*, op. cit., pág. 42.

57. Constable y Valenzuela, *A Nation of Enemies*, *op. cit.*, págs. 171, 188.

58. Ibídem, pág. 147.

59. Editorial de *La Prensa* (Buenos Aires), citado en Feitlowitz, *A Lexicon of Terror*, *op. cit.*, pág. 153.

60. Constable y Valenzuela, *A Nation of Enemies*, *op. cit.*, pág. 78. Nota a pie de página: L. M. Shirlaw, «A Cure for Devils», *Medical World*, vol. 94, enero de 1961, pág. 56, citado en Leonard Roy Frank (comp.), *History of Shock Treattnent*, San Francisco, Frank, septiembre de 1978, pág. 2.

61. McCaughan, *True Crimes*, *op. cit.*, pág. 295.

62. Feitlowitz, *A Lexicon of Terror*, *op. cit.*, pág. 77.

63. Nota a pie de página: David Rose, «Guantanamo Briton "in Handcuff Torture"», *Observer* (Londres), 2 de enero de 2005.

64. Milton Friedman y Rose D. Friedman, *Two Lucky People: Memoirs*, Chicago, University of Chicago Press, 1998, pág. 596.

65. Arnold C. Harberger, «Letter to a Younger Generation», Journal of Applied Economics, vol. 1, n° 1, 1998, pág. 4.

66. Amnistía Internacional, *Report on an Amnesty International Mission to Argentina 6-15 November 1976*, *op. cit.*, págs. 34-35.

67. Robert Jay Lifton, *The Nazi Doctors: Medical Killing and the Psychology of Genocide*, 1986, reimp. Nueva York, Basic Books, 2000, pág. 16; Franc.ois Ponchaud, Cambodia Year Zero, trad. de Nancy Amphoux (1977), reimp. Nueva York, Rinehart and Winston, 1978, pág. 50.

68. Oficina del Alto Comisionado para los Derechos Humanos de Naciones Unidas, «Convención sobre la prevención y castigo del crimen de genocidio», aprobada el 9 de diciembre de 1948, .

69. HIJOS (una organización de derechos humanos de los hijos de los desaparecidos) estima más de quinientos niños. HIJOS, «Lineamientos», ; la cifra de doscientos casos está sacada de Human Rights Watch, *Annual Report 2001*, .

70. Silvana Boschi, «Desaparición de menores durante la dictadura militar: presentan un documento clave», *Clarín* (Buenos Aires), 14 de septiembre de 1997.

71. Feitlowitz, *A Lexicon of Terror*, *op. cit.*, pág. 89.

Capítulo 5

«NINGUNA RELACIÓN»

Cómo una ideología fue absuelta de sus crímenes

Milton [Friedman] es la encarnación del aforismo que reza que «las ideas tienen consecuencias».

DONALD RUMSFELD, secretario de Defensa de Estados Unidos, mayo de 2002[1]

Se metía a la gente en la cárcel para que los precios pudieran ser libres.

EDUARDO GALEANO, 1990[2]

Durante un breve período pareció que el movimiento neoliberal no podría desentenderse de los crímenes que había cometido en el Cono Sur y que éstos le desacreditarían por completo antes que pudiera expandir su primer laboratorio. Después del trascendental viaje de Milton Friedman a Chile en 1975, el columnista del *New York Times* Anthony Lewis formuló una pregunta tan sencilla como incendiaria: «Si la teoría económica pura de Chicago sólo se puede poner en práctica en Chile mediante el recurso a la represión, ¿tienen sus autores algún tipo de responsabilidad por ello?».[3]

Después del asesinato de Orlando Letelier, los activistas de base respondieron a su llamamiento para exigir responsabilidades por el coste humano de sus políticas al «arquitecto intelectual» de la revolución económica chilena. Durante aquellos años Milton Friedman no podía dar una conferencia sin que alguien le interrumpiera citando a Letelier y se vio obligado a entrar por la puerta de la cocina en varios eventos celebrados en su honor.

Los estudiantes de la Universidad de Chicago se preocuparon tanto al saber de la colaboración de sus profesores con la Junta que exigieron una investigación

académica. Algunos profesores les apoyaron, entre ellos el economista austríaco Gerhard Tintner, que había huido del fascismo en Europa y llegado a Estados Unidos en la década de 1930.

Tintner comparó Chile bajo Pinochet con Alemania bajo los nazis y dibujó un paralelismo entre el apoyo de Friedman a Pinochet y el de los tecnócratas que colaboraron con el Tercer Reich. (Friedman, a su vez, acusó a su críticos de «nazismo».)[4]

Tanto Friedman como Arnold Harberger se atribuyeron con placer el mérito de los milagros económicos conseguidos por sus Chicago Boys latinoamericanos. Como un padre orgulloso, Friedman alardeó en *Newsweek* en 1982 de que «los Chicago Boys [...] combinaban una extraordinaria habilidad intelectual y ejecutiva con el valor para sostener sus convicciones y la dedicación necesaria para ponerlas en práctica». Harberger dijo: «Me siento más orgulloso de mis estudiantes que de cualquier cosa que haya escrito; de hecho, el grupo latino es mucho más mío que mis contribuciones a la literatura».[5] Ninguno de los dos, sin embargo, alcanzaba a ver relación alguna entre los «milagros» que sus estudiantes habían realizado y el coste humano que habían tenido.

«A pesar de que estoy profundamente en desacuerdo con el sistema político autoritario de Chile», escribió Friedman en su columna de *Newsweek*, «no creo que sea algo malo que un economista ofrezca asesoría técnica al gobierno chileno».[6]

En sus memorias, Friedman afirmó que Pinochet trató, durante los primeros dos años, de llevar la economía él solo y que no fue hasta «1975, cuando la inflación seguía disparada y una recesión mundial provocó una depresión en Chile, cuando el general Pinochet acudió a los Chicago Boys».[7] Se trata de un caso descarado de revisionismo: los Chicago Boys trabajaron con los militares incluso desde antes de que tuviera lugar el golpe y la transformación

económica empezó el mismo día en que la Junta llegó al poder. En otros momentos Friedman llegó a afirmar que todo el reinado de Pinochet —diecisiete años de dictadura con decenas de miles de víctimas de tortura— no fue un violento intento de destruir la democracia, sino todo lo contrario. «Lo verdaderamente importante del tema chileno es que al final el libre mercado cumplió su labor en la creación de una sociedad libre», dijo Friedman.[8]

Tres semanas después de que Letelier fuera asesinado, sucedió algo que acabó con el debate sobre la relación entre los crímenes de Pinochet y el movimiento de la Escuela de Chicago. Milton Friedman fue galardonado en 1976 con el premio Nobel de Economía por su «original e influyente» trabajo sobre la relación entre la inflación y el desempleo.[9] Friedman utilizó su discurso de aceptación para defender que la economía era una disciplina científica tan rigurosa y objetiva como la física, la química o la medicina, y que se basaba en el examen imparcial de los hechos disponibles. Ignoró convenientemente el hecho de que las hipótesis fundamentales por las que estaba recibiendo el Premio Nobel se estaban demostrando falsas de manera muy gráfica en las colas para comprar pan, los brotes de tifus y los cierres de fábricas de Chile, el régimen que había sido lo bastante despiadado como para poner sus ideas en práctica.[10]

Un año más tarde sucedió algo más que definió los parámetros del debate sobre el Cono Sur: Amnistía Internacional ganó el premio Nobel de la Paz, en buena parte por su valerosa cruzada para poner al descubierto los abusos a los derechos humanos cometidos en Chile y Argentina.

El premio Nobel de Economía es independiente del premio Nobel de la Paz, lo otorga un comité distinto en una ciudad diferente.

Desde la distancia, sin embargo, parecía como si con ambos nóbeles el jurado más prestigioso del mundo

hubiera pronunciado su veredicto:

<!--[if !supportLists]--> <!--[endif]-->**había que condenar el *shock* de las cámaras de tortura,**

<!--[if !supportLists]--> <!--[endif]-->**pero el tratamiento de *shock* económico debía aplaudirse;**

<!--[if !supportLists]--> <!--[endif]-->**y las dos formas de *shock* no tenían, como había escrito Letelier con punzante ironía, «ninguna relación».**[11]

LA ANTEOJERA DE LOS «DERECHOS HUMANOS»

Este cortafuegos intelectual no se levantó sólo porque los economistas de la Escuela de Chicago no reconocieran ninguna conexión entre sus políticas y el uso del terror. Contribuyó a afianzarlo la forma particular en que estos actos de terror se calificaron como actos «contra los derechos humanos» en lugar de como herramientas con fines claramente políticos y económicos. En parte fue así porque el Cono Sur en los años setenta no fue sólo un laboratorio para un nuevo modelo económico, sino también para un nuevo modelo de activismo: el movimiento de base internacional por los derechos humanos. Ese movimiento fue indudablemente decisivo para obligar a la Junta a poner fin a sus peores abusos. Pero al centrarse puramente en los crímenes y no en las razones que los motivaron, el movimiento de defensa de los derechos humanos también ayudó a la Escuela de Chicago a escapar de su primer sangriento laboratorio prácticamente sin un rasguño.

El dilema se remonta al nacimiento del moderno movimiento de defensa de los derechos humanos, con la adopción en 1948 por Naciones Unidas de la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Tan pronto se escribió, ese documento se convirtió en un ariete partidista utilizado por ambos bandos de la Guerra Fría para acusar al otro de

ser el próximo Hitler. En 1967, investigaciones periodísticas desvelaron que la Comisión Internacional de Juristas, el grupo más importante que investigaba las violaciones soviéticas de los derechos humanos, no era el arbitro imparcial que proclamaba ser, sino que recibía financiación secreta de la CIA.[12]

Fue en este contexto tan politizado en el que Amnistía Internacional desarrolló su doctrina de estricta imparcialidad: se financiaría exclusivamente a través de las donaciones de sus miembros y sería siempre rigurosamente «independiente de cualquier gobierno, facción política, ideología, interés económico o credo religioso». Para demostrar que no usaba los derechos humanos con ningún fin político, cada grupo local de Amnistía Internacional fue instruido para que «adoptara» a la vez tres presos de conciencia, «uno de países comunistas, otro de países occidentales y un tercero de países del Tercer Mundo».[13] La posición de Amnistía Internacional, emblemática de la de todo el movimiento de defensa de los derechos humanos en aquellos tiempos, fue que puesto que las violaciones de estos derechos eran algo universalmente reconocido como pernicioso, malas en sí y por sí mismas, no era necesario determinar por qué se estaban produciendo, sino documentarlas tan meticulosa y fiablemente como fuera posible.

Este principio se refleja en la forma en que se investigó la campaña de terror en el Cono Sur. Constantemente vigilados y acosados por la policía secreta, los grupos pro derechos humanos enviaron delegaciones a Argentina, Uruguay y Chile para entrevistar a cientos de víctimas de torturas y a sus familias; también consiguieron acceder en la medida de lo posible a las prisiones. Puesto que los medios de comunicación independientes estaban prohibidos y las juntas negaban sus crímenes, estos testimonios formaron la documentación primaria de un relato que los gobiernos de la zona hubieran deseado que nunca se escribiera. Fue un trabajo muy importante, pero limitado:

los informes son listas jurídicas de los métodos más horribles de represión cruzados con los artículos de los tratados de Naciones Unidas que esos métodos violan.

Esta estrechez de miras es muy problemática en el informe de Amnistía Internacional de 1976 sobre Argentina, un relato de las atrocidades de la Junta que supuso un enorme paso adelante e hizo a la organización merecedora del Premio Nobel. A pesar de su meticulosidad, el informe no aporta ninguna idea sobre por qué se cometieron esos abusos. Sí formula la pregunta de «hasta qué punto son las violaciones explicables o necesarias» para garantizar «la seguridad», exactamente el motivo oficial con el que la Junta justificó la «guerra sucia».[14] Después de examinar las pruebas, el informe concluyó que la amenaza que suponían las guerrillas de izquierdas no se correspondía en absoluto con el nivel de represión utilizado por el Estado.

Pero ¿existía algún otro objetivo que hiciera la violencia «explicable o necesaria»? Amnistía no dijo nada al respecto. De hecho, en su informe de noventa y dos páginas no hizo ninguna mención al hecho de que la Junta había emprendido un proceso para rehacer el país sobre unos parámetros radicalmente capitalistas. No manifestaba ninguna opinión sobre la cada vez más extendida pobreza ni sobre la dramática reversión de los programas de redistribución de riqueza, aunque fueran las piedras de toque del gobierno de la Junta. El informe enumera cuidadosamente todas las leyes y decretos de la Junta que redujeron los sueldos y aumentaron los precios, violando así el derecho a comida y techo, que está reconocido en la Declaración de Naciones Unidas. Hubiera bastado un examen superficial del proyecto económico revolucionario de la Junta para evidenciar por qué fue necesaria aquella extraordinaria represión, así como para explicar por qué tantos de los presos de conciencia registrados por Amnistía eran pacíficos sindicalistas y trabajadores sociales.

Otra de las principales omisiones del informe de Amnistía es que presentó el conflicto como un enfrentamiento

limitado entre militares y extremistas de izquierdas locales. No se menciona a otros implicados, ni al gobierno de Estados Unidos ni a la CIA ni a los terratenientes locales ni a las corporaciones multinacionales. Sin un estudio del plan general para imponer el capitalismo «puro» en América Latina y de los poderosos intereses que impulsaban el proyecto, los actos de sadismo documentados en el informe no tienen sentido: son sólo actos malvados aleatorios y exentos de contexto a la deriva en el éter político, actos que deben ser condenados por todas las personas de buena voluntad pero que resultan imposibles de comprender.

Todas las facetas del movimiento de defensa de los derechos humanos operaban bajo circunstancias extremadamente restringidas, aunque por motivos distintos. En los países afectados, los primeros que hicieron sonar las alarmas sobre el terror fueron los amigos y parientes de las víctimas, pero existían severos límites a lo que se les permitía decir. No podían hablar sobre los planes políticos o económicos que había tras las desapariciones porque hacerlo significaba arriesgarse a que ellos también les desaparecieran. Las activistas más famosas que emergieron en estas circunstancias fueron las Madres de la Plaza de Mayo, conocidas en Argentina como las Madres. En sus manifestaciones semanales frente a la sede del gobierno en Buenos Aires, las Madres no se atrevían a llevar pancartas, sino que mostraban las fotografías de sus hijos desaparecidos sobre una leyenda que rezaba «¿Dónde están?». En lugar de cantar consignas, desfilaban en silencio, con la cabeza cubierta por pañuelos blancos con el nombre de sus hijos bordados. Muchas de las Madres tenían firmes convicciones políticas, pero se cuidaban mucho de presentarse como nada que no fuera madres angustiadas, desesperadas por conocer el paradero de sus inocentes hijos.*

<!--[if !supportLists]-->* <!--[endif]-->Al terminar la dictadura, las Madres se convirtieron en uno de los grupos más críticos con el nuevo orden económico en

Argentina y hoy en día lo siguen siendo.

En Chile el principal grupo de defensa de los derechos humanos fue el Comité para la Paz, formado por políticos opositores, abogados y dirigentes de la Iglesia. Se trataba de veteranos activistas políticos que sabían que el intento de detener las torturas y liberar a los prisioneros políticos era sólo un frente en una guerra mucho mayor en la que estaba en juego quién controlaría la riqueza de Chile. Para no convertirse en las siguientes víctimas del régimen abandonaron las consignas habituales de la vieja izquierda contra la burguesía y aprendieron a utilizar el nuevo lenguaje de los «derechos humanos universales». Despojada de toda referencia a ricos y pobres, a débiles y fuertes, al Norte y al Sur, esta forma de explicar el mundo, tan popular en América del Norte y Europa, simplemente afirmaba que todo el mundo tiene derecho a un juicio justo y a no ser tratado de forma cruel, inhumana o degradante. No se preguntaba por qué, sólo afirmaba. En la mezcla de lenguaje jurídico e historia de interés humano que caracteriza el léxico de los derechos humanos, aprendieron que sus compañeros encarcelados eran en realidad presos de conciencia cuyos derechos a la libertad de pensamiento y expresión, protegidos por los artículos 18 y 19 de la Declaración Universal de Derechos Humanos, habían sido violados.

Para los que vivían bajo una dictadura, el nuevo lenguaje era esencialmente un código; igual que los músicos enmascaraban el izquierdismo de las letras de sus canciones mediante astutas metáforas, ellos lo escondían utilizando ese lenguaje legal. Era para ellos una forma de comprometerse políticamente sin mencionar la política.*

<!--[if !supportLists]-->* <!--[endif]-->Incluso a pesar de estas precauciones, los defensores de los derechos humanos no estaban a salvo del terror. Las cárceles chilenas estaban llenas de abogados de los grupos de defensa de los derechos humanos. En Argentina la Junta envió a uno de sus más infames torturadores

para que se infiltrara entre las Madres fingiendo ser un pariente de una de las víctimas. En diciembre de 1977 el grupo sufrió un ataque. Doce madres desaparecieron para siempre, entre ellas la líder del grupo, Azucena de Vicenti, junto con dos monjas francesas.

Cuando la campaña del terror en Latinoamérica captó la atención del pujante movimiento internacional de defensa de los derechos humanos, aquellos activistas tenían también sus motivos particulares para no hablar de política, muy distintos de los del movimiento en general.

ford sobre ford

La negativa a establecer una conexión entre el aparato de terror de Estado y el proyecto ideológico al que servía es una característica común a casi toda la literatura de derechos humanos de este período. Aunque se puede interpretar la reticencia de Amnistía como un esfuerzo por mantener la imparcialidad entre las tensiones de la Guerra Fría, hubo, para muchos otros grupos, otro factor en juego: el dinero. La principal fuente de financiación de su trabajo, con gran diferencia, era la Fundación Ford, entonces la mayor organización filantrópica del mundo. En la década de 1960, la organización gastaba sólo una pequeña parte de su presupuesto en derechos humanos, pero en las décadas de 1970 y 1980 la fundación gastó la sorprendente cifra de 30 millones de dólares en la defensa de los derechos humanos en Latinoamérica. Con esos fondos la fundación apoyó a grupos latinoamericanos como el Comité de la Paz chileno así como a otros grupos con sede en Estados Unidos, entre ellos Americas Watch.[15]

Antes de los golpes militares, la principal tarea de la Fundación Ford en el Cono Sur había sido financiar la formación de profesores, principalmente de económicas y ciencias agrarias, en estrecha colaboración con el

Departamento de Estado de Estados Unidos.[16] Frank Sutton, vicepresidente segundo de la división internacional de Ford, explicó la filosofía de la organización: «No se puede conseguir un país modernizador sin una élite modernizadora».[17] Aunque totalmente en sintonía con la lógica de la Guerra Fría de intentar fomentar una alternativa al marxismo revolucionario, la mayoría de las becas académicas de Ford no mostraban una tendencia a la derecha. Se enviaron estudiantes latinoamericanos a un amplio abanico de universidades de Estados Unidos, entre ellas grandes universidades públicas con reputación progresista.

Hubo, no obstante, varias excepciones significativas. Como se ha visto antes, la Fundación Ford fue la principal fuente de financiación del Programa de Investigación y Formación económica para Latinoamérica de la Universidad de Chicago, que produjo cientos de Chicago Boys latinos. Ford también financió un programa paralelo en la Universidad Católica de Santiago, diseñado para atraer estudiantes universitarios de economía de los países vecinos para que estudiaran con los Chicago Boys. Eso hizo que la Fundación Ford, conscientemente o no, se convirtiera en la principal fuente de financiación de la difusión de la ideología de la Escuela de Chicago por toda América Latina, superando incluso al gobierno de Estados Unidos.[18]

La llegada al poder de los Chicago Boys mediante las metralletas de Pinochet no hizo quedar nada bien a la Fundación Ford. Los Chicago Boys habían sido becados como parte de la misión de la Fundación de «mejorar las instituciones económicas para así impulsar la consecución de objetivos democráticos».[19] Ahora las instituciones económicas que Ford había ayudado a construir tanto en Chicago como en Santiago estaban jugando un papel central en el derrocamiento de la democracia chilena y sus ex estudiantes estaban procediendo a aplicar su educación obtenida en Estados Unidos en un contexto descarnadamente brutal. Todavía peor para la fundación es que

aquélla era la segunda vez en pocos años que sus protegidos escogían hacerse con el poder de forma violenta, como ya había sucedido con el meteórico ascenso de la mafia de Berkeley en Indonesia después del sangriento golpe de Suharto.

Ford había construido el Departamento de Economía de la Universidad de Indonesia desde la nada, pero cuando Suharto llegó al poder «casi todos los economistas que el programa producía eran reclutados por el gobierno», apunta un documento de la propia Ford. Prácticamente no quedó nadie para enseñar a las nuevas hornadas de estudiantes.[20] En 1974 se produjo en Indonesia una revuelta nacionalista contra la «subversión extranjera» de la economía y la Fundación Ford se convirtió en objetivo de la ira popular. Fue la fundación, recordaron muchos, la que había instruido a los economistas de Suharto que habían vendido la riqueza petrolera y minera de Indonesia a las multinacionales extranjeras.

Entre los Chicago Boys de Chile y la mafia de Berkeley en Indonesia, Ford se estaba labrando una reputación bastante desafortunada: licenciados de sus dos programas insignia dominaban ahora las más infames dictaduras de derechas del mundo. Aunque Ford no podía haber sabido que las ideas en las que formaba a sus graduados se llevarían a la práctica con aquel salvajismo, se vio objeto de preguntas incómodas sobre por qué una fundación dedicada a la paz y a la democracia estaba metida hasta el cuello en dictaduras y violencia.

Fuera consecuencia del pánico, de su conciencia social o de una combinación de ambos factores, la Fundación Ford se enfrentó a su problema con las dictaduras de la misma forma en que lo hubiera hecho cualquier buena empresa: proactivamente. A mediados de los años setenta, Ford se transformó de una productora de «asesoría técnica» para el llamado Tercer Mundo en la principal financiadora del activismo en defensa de los derechos humanos. Ese cambio radical fue particularmente dramático en Chile e Indonesia.

Después de que la izquierda hubiera sido arrasada en esos países por regímenes que Ford había ayudado a formar, fue la misma Ford la que financió a una nueva generación de abogados idealistas que se entregaron a fondo para liberar a los cientos de miles de prisioneros políticos que esos mismos regímenes habían encarcelado.

Dada su comprometedora historia, no es sorprendente que cuando Ford entró en el campo de los derechos humanos los definiera de la .forma más limitada posible. La fundación favoreció decididamente a los grupos que presentaban sus trabajos como una lucha legal por el «imperio de la ley», la «transparencia» y el «buen gobierno». Como dijo un alto cargo de la Fundación Ford, la actitud de la organización en Chile fue «¿cómo podemos hacer esto sin meternos en política?».[21] No se trataba solamente de que Ford fuera una institución intrínsecamente conservadora, acostumbrada a trabajar codo con codo, no frente a frente, con la política exterior oficial de Estados Unidos.* Sucedía además que cualquier investigación seria de los objetivos a los que servía la represión en Chile conduciría inevitable y directamente hasta la Fundación Ford y revelaría el papel fundamental que había jugado la fundación en el adoctrinamiento de los dirigentes de aquel país en una secta económica fundamentalista.

<!--[if !supportLists]-->* <!--[endif]-->En la década de 1950 la Fundación Ford actuó muchas veces como tapadera para la CIA, permitiendo a la agencia canalizar fondos a académicos y artistas antimarxistas que no sabían de dónde procedía el dinero, un proceso documentado con detalle en La *CIA y la guerra fría cultural*, de Francés Stonor Saunders. Amnistía no recibió financiación de la Fundación Ford, así como tampoco la recibieron las defensoras más radicales de los derechos humanos en Latinoamérica, las Madres de la Plaza de Mayo.

También estaba la cuestión de la inevitable asociación de la fundación con la Ford Motor Company, una relación muy

complicada, especialmente para los activistas sobre el terreno. Hoy la Fundación Ford es completamente independiente de la empresa de automoción y sus herederos, pero en las décadas de 1950 y 1960, cuando financiaba proyectos educativos en Asia y América Latina, no era así. La fundación empezó en 1936 con una donación de acciones de tres ejecutivos de Ford Motor, entre ellos Henry y Edsel Ford. Al aumentar su patrimonio, la fundación empezó a operar independientemente, pero su independencia de las acciones de Ford Motor no se completó hasta 1974, el año siguiente al golpe en Chile y varios años después del golpe en Indonesia, y en su consejo de administración siguió habiendo miembros de la familia Ford hasta 1976.[22]

En el Cono Sur las contradicciones eran surrealistas: el legado filantrópico de la empresa que estaba más íntimamente relacionada con el aparato del terror —una empresa acusada de tener un centro de tortura secreto en sus propiedades y de ayudar a hacer desaparecer a sus propios trabajadores— era la mejor, y a menudo la única, posibilidad de poner fin a los peores abusos. A través de su financiación de las campañas a favor de los derechos humanos, la Fundación Ford salvó muchas vidas esos años. Y merece al menos que se le conceda parte del mérito de persuadir al Congreso de Estados Unidos para que interrumpiera la ayuda militar a Argentina y Chile, lo que gradualmente obligó a las juntas del Cono Sur a abandonar algunas de sus tácticas de represión más agresivas. Pero Ford no acudió al rescate gratuitamente. Su ayuda, conscientemente o no, tuvo un precio: la honestidad intelectual del movimiento de defensa de los derechos humanos. La decisión de la fundación de implicarse en la defensa de los derechos humanos «sin meterse en política» creó un contexto en el que era prácticamente imposible formular la pregunta que subyacía a la violencia que estaban documentando: ¿por qué había sucedido todo aquello? ¿A quién beneficiaba?

Esa omisión ha desfigurado la forma en que se ha contado la historia de la revolución del libre mercado, eliminando casi por completo cualquier mención de las circunstancias extraordinariamente violentas en las que nació. Igual que los economistas de Chicago no tenían nada que decir sobre la tortura (no estaba relacionada con las áreas en las que asesoraban), los grupos de derechos humanos tenían poco que decir sobre las transformaciones radicales que estaban teniendo lugar en la esfera económica (estaban más allá del limitado ámbito legal en el que habían decidido trabajar).

La idea de que la represión y la economía formaban parte de un único proyecto se refleja sólo en uno de los principales informes sobre derechos humanos de este período: *Brasil: Nunca Mais*. Significativamente, ésta es la única Comisión de la Verdad que publicó un informe independiente tanto del Estado como de fundaciones extranjeras. Está basado en los registros de los tribunales militares, fotocopiados en secreto a lo largo de los años por abogados y activistas de la Iglesia tremendamente valientes mientras el país estaba todavía bajo la dictadura. Tras detallar algunos de los crímenes más horrendos, los autores plantean la cuestión fundamental que otros se habían tomado tanto trabajo en eludir: ¿por qué? Su respuesta es directa: «Puesto que la política económica era extremadamente impopular entre la mayoría de los sectores de la población, tuvo que recurrirse a la fuerza para implementarla».[23]

El modelo económico radical que echó raíces durante la dictadura se demostraría más resistente que los generales que lo habían puesto en práctica. Mucho después de que los soldados hubieran regresado a sus barracones y los latinoamericanos pudieran elegir de nuevo a sus gobiernos, la lógica de la Escuela de Chicago seguía firmemente atrincherada en los países de la zona.

Claudia Acuña, una periodista y educadora argentina, me contó lo difícil que fue en los años setenta y ochenta comprender que la violencia no era el objetivo de la Junta,

sino sólo un medio. «Las violaciones de los derechos humanos eran tan aberrantes, tan increíbles, que detenerlas se convirtió, por supuesto, en lo más importante. Pero aunque pudimos destruir los centros de tortura secretos, lo que no pudimos destruir fue el programa económico que los militares empezaron y que todavía continúa en la actualidad.»

Al final, como predijo Rodolfo Walsh, muchas más vidas serían arrebatadas por la «miseria planificada» que por las balas. En cierta manera, lo que sucedió en América Latina en los años setenta es que fue tratada como la escena de un asesinato cuando, en realidad, era la escena de un robo a mano armada extraordinariamente violento. «Era como si esa sangre, la sangre de los desaparecidos, hubiera tapado el coste del programa económico», me dijo Acuña.

El debate sobre si los «derechos humanos» pueden de verdad separarse de la política y la economía no es exclusivo de América Latina; éstas son cuestiones que emergen a la superficie siempre que un Estado utiliza la tortura como instrumento político. A pesar de la mística que rodea la tortura, y a pesar del comprensible impulso de tratarla como una conducta aberrante que está más allá de la política, no se trata de algo particularmente complicado o misterioso. Es una herramienta de la coerción más despiadada y es fácil predecir que se utilizará siempre que un déspota local o un ocupante extranjero carece del consenso "social necesario para gobernar: Marcos en Filipinas, el sha en Irán, Sadam en Irak, los franceses en Argelia, los israelíes en los territorios ocupados o Estados Unidos en Irak y Afganistán. Se podrían añadir muchos más ejemplos a la lista. Los abusos generalizados a los presos son la prueba del algodón de que los políticos tratan de imponer un sistema —sea político, religioso o económico— que un enorme número de sus gobernados rechaza. Del mismo modo que los ecologistas definen los ecosistemas por la presencia de ciertas «especies indicadoras» de plantas y pájaros, la tortura es un indicador de que un régimen

está sumido en un proyecto profundamente antidemocrático, aunque ese régimen haya llegado al poder mediante las urnas.

Como medio de extraer información durante un interrogatorio, la tortura es notoriamente poco fiable, pero como medio de aterrorizar y controlar a la población, nada resulta más efectivo. Fue por este motivo por el que, en los años cincuenta y sesenta, muchos argelinos se impacientaron con los liberales franceses que expresaban su indignación ante las noticias de que sus soldados estaban electrocutando y ahogando a los que luchaban por la liberación y que, sin embargo, no hacían nada por acabar con la ocupación que era la razón de esos abusos.

En 1962 Giséle Halimi, una abogada francesa de varios argelinos que habían sido brutalmente violados y torturados en prisión, escribió exasperada: «Las palabras eran los mismos clichés rancios: desde que la tortura se usa en Argelia se han usado esas mismas palabras, la misma expresión de indignación, las mismas firmas de protestas públicas, las mismas promesas. Esta rutina automática no ha destruido ni un solo juego de electrodos ni una sola manguera; tampoco ha disminuido ni de forma remotamente efectiva el poder de aquellos que los usan». Simone de Beauvoir, escribiendo sobre el mismo tema, se mostró de acuerdo: «Protestar en nombre de la moral contra "excesos" o "abusos" es un error que sugiere complicidad activa. No hay "abusos" o "excesos" aquí, simplemente un sistema que lo abarca todo».[24]

Lo que quería decir es que la ocupación no podía realizarse de una forma humanitaria. No hay ninguna forma humanitaria de gobernar a la gente contra su voluntad. Hay solo dos opciones, escribió Beauvoir: aceptar la ocupación y todos los métodos necesarios para implementarla, «a menos que se rechacen no meramente algunas prácticas específicas, sino el objetivo superior que las ampara y para el que resultan esenciales». Hoy esa dura elección se produce en Irak y en Israel/Palestina, y esa dura elección

era la única opción en el Cono Sur en los años setenta. Igual que no existe ningún modo amable y bondadoso de ocupar un país contra la voluntad de su pueblo, no hay ninguna forma pacífica de arrebatarles a miles de ciudadanos lo que necesitan para vivir con dignidad, que es exactamente lo que los Chicago Boys estaban decididos a hacer. El robo, fuera de tierras o de modo de vida, requiere el uso de la fuerza o al menos una amenaza creíble de violencia. Es por eso por lo que los ladrones llevan armas y a menudo las usan. La tortura es asquerosa, pero muchas veces es un medio racional de conseguir un objetivo específico, quizá incluso el único medio de conseguirlo. Se plantea entonces una cuestión más profunda, una pregunta que muchos en aquellos tiempos en América Latina no podían formular. ¿Es el neoliberalismo una ideología inherentemente violenta, hay algo en sus objetivos que exija el ciclo de brutal purificación política seguida por las operaciones de limpieza de las organizaciones de derechos humanos?

Uno de los testimonios más conmovedores sobre esta cuestión procede de Sergio Tomasella, un cultivador de tabaco que fue secretario general de las Ligas Agrarias de Argentina y fue torturado y encarcelado durante cinco años, igual que su mujer y muchos de sus amigos y familiares.* En mayo de 1990, Tomasella subió al autocar nocturno que iba de la provincia rural de Corrientes hasta Buenos Aires para aportar su voz al Tribunal contra la Impunidad, que escuchaba los testimonios sobre abusos a los derechos humanos durante la dictadura. El testimonio de Tomasella fue distinto del de las demás víctimas. Se presentó ante el público urbano con sus ropas de granjero y sus botas de trabajo y explicó que él era una víctima de una larga guerra, una guerra entre los campesinos pobres que querían trozos de tierra para formar cooperativas y los todopoderosos rancheros que poseían todas las tierras de su provincia. «Es una línea continua: aquellos que arrebataron la tierra a los indios siguen oprimiéndonos con sus estructuras feudales.»[25]

<!--[if !supportLists]-->* <!--[endif]-->Por este relato estoy en deuda con el excelente libro de Marguerite Feitlowitz, *A Lexicon of Terror*.

Insistió en que los abusos que habían sufrido tanto él como los demás miembros de las Ligas Agrarias no podían aislarse de los grandes intereses económicos a los que benefició que se torturaran sus cuerpos y se disolvieran sus redes de activismo. Así que en lugar de dar los nombres de los soldados que le torturaron, prefirió dar los de las empresas, nacionales y extranjeras, que se habían beneficiado de la prolongada dependencia económica de Argentina. «Los monopolios extranjeros nos imponen cosechas, nos imponen productos químicos que contaminan la tierra, nos imponen su tecnología y su ideología. Todo eso a través de la oligarquía que es dueña de la tierra y controla a los políticos. Pero debemos recordar que esa oligarquía está también controlada por esos mismos monopolios, por esos mismos Ford Motor, Monsanto o Philip Morris. Es la estructura lo que debemos cambiar. Eso es lo que he venido a denunciar. Eso es todo.»

El público rompió a aplaudir. Tomasella concluyó su testimonio con las siguientes palabras: «Creo que la verdad y la justicia triunfarán al final. Llevará generaciones. Si debo morir en esta lucha, que así sea. Pero un día triunfaremos. Mientras tanto, sé quién es el enemigo, y el enemigo también sabe quién soy yo».[26]

La primera aventura de los Chicago Boys en la década de 1970 debió haber servido de aviso a la humanidad: sus ideas eran peligrosas. Al no hacer responsable a la ideología de los crímenes cometidos en su primer laboratorio, se dio inmunidad a esta subcultura de ideólogos impenitentes y se les liberó para que recorrieran el mundo en busca de su próxima conquista. Hoy vivimos de nuevo en una era de masacres corporativas, con países que son víctima de una tremenda violencia militar combinada con intentos de rehacerlos como economías de «libre mercado» modélicas; vemos cómo las desapariciones

y las torturas han vuelto con mayor intensidad que nunca. Y también ahora parece que no se sepa ver ninguna relación entre el objetivo de conseguir crear nuevos mercados libres y la necesidad de utilizar la violencia para lograrlo.

NOTAS

1. Donald Rumsfeld, *Secretary Of Defense Donald H. Rumsfeld Speaking at Tribute to Milton Friedman*, Casa Blanca, Washington, D.C., 9 de mayo de 2002, fenselink.mil>.

2. Lawrence Weschler, *A Miracle, a Universe: Settling Accounts with Torturers*, Nueva York, Pantheon Books, 1990, pág. 147.

3. Anthony Lewis, «For Which We Stand: II», *New York Times*, 2 de octubre de 1975.

4. «A Draconian Cure for Chile's Economic Ills?», *Business Week*, 12 de enero de 1976; Milton Friedman y Rose D. Friedman, *Two Lucky People: Memoirs*, Chicago, University of Chicago Press, 1998, pág. 601.

5. Milton Friedman, «Free Markets and the Generals», *Newsweek*, 25 de enero de 1982; Juan Gabriel Valdés, *Pinochet's Economists: The Chicago School in Chile*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995, pág. 156.

6. Friedman y Friedman, *Two Lucky People*, *op. cit.*, pág. 596.

7. Ibídem, pág. 398.

8. Entrevista a Milton Friedman el 1 de octubre de 2000, para *Commanding Heights: The Battle for the World Economy*, .

9. El Premio Nobel de Economía está separado de los demás premios otorgados por el Comité Nobel. El nombre completo del premio es Premio Sveriges Riksbank en

Ciencias Económicas en memoria de Alfred Nobel.

10. Milton Friedman, «Inflation and Unemployrnent», Discurso pronunciado en la ceremonia del Premio Nobel, 13 de diciembre de 1976, .

11. Orlando Letelier, «The Chicago Boys in Chile», *The Nation*, 28 de agosto de 1976.

12. Neil Sheehan, «Aid by CIA Groups Put in the Millions», *New York Times*, 19 de febrero de 1967.

13. Amnistía Internacional, *Report on an Amnesty International Mission to Argentina 6-15 November 1976*, Londres, Amnesty International Publications, 1977, pág. de copyright; Yves Dezalay y Bryant G. Garth, *The Internationalization of Palace Wars: Lawyers, Economists, and the Contest to Transform Latín American States*, Chicago. University of Chicago Press, 2002, pág. 71.

14. Amnistía Internacional, *Report on an Amnesty International Mission to Argentina 6-15 November 1976*, *op. cit.,* pág. 48.

15. El Comité de la Paz fue rebautizado por el vicariado para cuando Ford empezó a financiarlo. Americas Watch formaba parte de Human Rights Watch, que empezó bajo el nombre de Helsinki Watch con una donación de 500.000 dólares de la Fundación Ford. La cifra de 30 millones de dólares procede de una entrevista con Alfred Ironside en la Oficina de Comunicación de la Fundación Ford. Según Ironside, la mayor parte del dinero se gastó en la década de 1980. Dijo que «prácticamente no se gastó nada de dinero en derechos humanos en América Latina en los años cincuenta» y que «hubo una serie de donaciones en los sesenta orientadas a los derechos humanos que estuvieron alrededor de los 700.000 dólares en total».

16. Dezalay y Garth, *The Internationalization of Palace Wars*, *op. cit.*, pág. 69.

17. David Ransom, «Ford Country: Building an Élite for

Indonesia», en Steve Weissman (comp.), *The Trojan Horse: A Radical Look at Foreign Aid*, Palo Alto, California, Ramparts Press, 1975, pág. 96.

18. Valdés, *Pinochet's Economists*, *op. cit.*, págs. 158, 186 y 308.

19. Fundación Ford, «History», 2006, .

20. Goenawan Mohamad, *Celebrating Indonesia: Fifty Years with the Ford Foundation 1953-2003*, Yakarta, Fundación Ford, 2003, pág. 56.

21. Dezalay y Garth, *The Internationalization of Palace Wars*, *op. cit.*, pág. 148.

22. Fundación Ford, «History», 2006, . Nota a pie de página: Frances Stonor Saunders, *The Cultural Cold War: The CIA and the World of Art and Letters*, Nueva York, New Press, 2000.

23. Archidiócesis de Sao Paulo, *Brasil: Nunca Mais / Torture in Brazil: A Shocking Report on the Pervasive Use of Torture by Brazilian Military Govemments, 1964-1979*, Joan Dassin (comp.), trad. de Jaime Wright, Austin, University of Texas Press, 1986, pág. 50.

24. Simone de Beauvoir y Giséle Halimi, *Djamila Boupacha*, trad. de Peter Green. Nueva York, MacMillan, 1962, págs. 19, 21 y 31.

25. Marguerit de Feitlowitz, *A Lexicon of Terror: Argentina and the Legacies of Torture*, Nueva York, Oxford University Press, 1998, pág. 113.

26. He realizado unos pequeños cambios en la traducción de Feitlowitz por mor de la claridad. Feitlowitz, *A Lexicon of Terror*, *op. cit.*, pág. 113-115. Cursiva en el original.